



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE HUMANIDADES

TRABAJO DOMÉSTICO REMUNERADO: DINÁMICAS Y TRAYECTORIAS
FAMILIARES DE MUJERES RACIALIZADAS EN RECIFE, BRASIL

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTORA EN HUMANIDADES: **ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

PRESENTA:

SANDRA GARCÍA GUTIÉRREZ

DRA. NORMA BACA TAVIRA

DIRECTORA DE TESIS

DRA. MARÍA VERÓNICA IBARRA GARCÍA

CO-DIRECTORA DE TESIS

DR. MIGUEL ÁNGEL SOBRINO ORDÓÑEZ

TUTOR INTERNO DE TESIS



MAYO 2026

Índice

INTRODUCCIÓN.....	5
1 CAPÍTULO PRIMERO.....	12
1.1 INTRODUCCIÓN	13
1.2 TRABAJO DOMÉSTICO REMUNERADO: DISCUSIÓN CONCEPTUAL	15
1.2.1 <i>Sobre el trabajo doméstico</i>	16
1.2.2 <i>Sobre el trabajo doméstico remunerado</i>	20
1.3 DINÁMICAS Y TRAYECTORIAS FAMILIARES: EL CURSO DE VIDA COMO PERSPECTIVA DE INTERPRETACIÓN 24	
1.3.1 <i>El Curso de la Vida como un bote</i>	25
1.3.2 <i>Las dinámicas y trayectorias como resultados del sendero de vida</i>	29
1.4 MUJERES RACIALIZADAS	31
1.4.1 <i>La construcción del cuerpo racializado</i>	36
1.4.2 <i>La precariedad en el mercado de trabajo</i>	37
1.4.3 <i>Subjetividades negras: cuidados y resistencias</i>	39
1.5 DISEÑO METODOLÓGICO	41
1.5.1 <i>Enfoque epistémico y posicionamiento de investigación</i>	41
1.5.2 <i>Metodología cualitativa y tipo de estudio</i>	43
1.5.3 <i>Selección y caracterización de participantes</i>	43
1.5.4 <i>Técnicas e instrumentos metodológicos</i>	45
1.5.5 <i>Reflexión crítica</i>	47
1.6 REFLEXIONES DEL CAPÍTULO.....	48
2 CAPÍTULO SEGUNDO	53
2.1 INTRODUCCIÓN	54
2.2 RECIFE, ENTRE LA DESIGUALDAD Y EL LEGADO DE TRABAJO DOMÉSTICO REMUNERADO	55
2.2.1 <i>Segregación socioespacial</i>	56
2.2.2 <i>Infraestructura y movilidad</i>	58
2.2.3 <i>Contexto histórico</i>	61
2.2.4 <i>La economía</i>	62
2.2.5 <i>Instituciones y políticas públicas</i>	64

2.3	TRABAJO DOMÉSTICO REMUNERADO GENERALIDADES EN BRASIL Y EN RECIFE	65
2.3.1	<i>El trabajo doméstico remunerado en números</i>	66
2.3.2	<i>Trabajo doméstico remunerado en Recife</i>	67
2.3.3	<i>La legislación vigente</i>	71
2.3.4	<i>Cultura y trabajo doméstico remunerado</i>	74
2.4	REFLEXIONES DEL CAPÍTULO	79
3	CAPÍTULO TERCERO	82
3.1	MUJERES RACIALIZADAS: RELATOS DE VIDA	84
3.1.1	<i>Las trabajadoras</i>	86
3.2	EL ORIGEN, CONDICIONES ESTRUCTURALES QUE DETERMINAN LAS TRAYECTORIAS	106
3.2.1	<i>Pobreza y desigualdades</i>	106
3.2.2	<i>La migración como forma de sobrevivencia</i>	109
3.2.3	<i>Influencias del estado y la política pública</i>	114
3.2.4	<i>Habitar Recife, de las periferias a los barrios centrales</i>	117
3.3	LA VINCULACIÓN DE VIDAS: FAMILIA Y REDES DE LAS TRABAJADORAS	121
3.3.1	<i>Dinámicas familiares</i>	122
3.3.2	<i>El trabajo doméstico en las redes de parentesco: ¿ herencia generacional?</i>	127
3.4	REFLEXIONES DEL CAPÍTULO	131
4	CAPÍTULO CUARTO	133
4.1	INTRODUCCIÓN	134
4.2	LA MAQUINARIA DE LAS OPRESIONES: RACIALIZACIÓN Y TRABAJO	135
4.2.1	<i>El trabajo doméstico como dispositivo de control</i>	136
4.2.2	<i>Colonialidad del espacio y humillación cotidiana</i>	138
4.2.3	<i>La trampa de la ayuda y la experiencia capitalista</i>	140
4.3	CURSOS DE VIDA Y AGENCIA	143
4.3.1	<i>La gestión de la supervivencia y la unidad doméstica</i>	143
4.3.2	<i>Agencia en el oficio: cuerpo y límites</i>	145
4.3.3	<i>Rupturas intergeneracionales y producción de futuro</i>	146
4.4	REFLEXIONES DEL CAPÍTULO	147

CONCLUSIONES	149
FUENTES CITADAS.....	158
ANEXOS.....	167

INTRODUCCIÓN

Ante la compleja discusión sobre el trabajo doméstico remunerado, la presente investigación lo aborda desde la interdependencia entre la práctica social y las trayectorias concretas de mujeres que dedican su vida a esta ocupación; mujeres que se desplazan entre el cuidado y la precariedad. Esta labor en América Latina es tan extensa como heterogénea. Por ello, el análisis se centra en la zona metropolitana de Recife, en la región Nordeste de Brasil, con una delimitación temporal situada en el contexto actual, cuyos antecedentes remiten a finales del siglo XX.

Recife es una ciudad capital que pertenece al estado de Pernambuco. Una de las características de este estado y de la región es su menor desarrollo económico y social en comparación con otras regiones de dicho país, como el Sudeste, donde se concentran centros urbanos como São Paulo y Río de Janeiro. Este rezago es evidente en la educación, la economía y la infraestructura. En consecuencia, el trabajo doméstico remunerado es atravesado por estos rezagos, lo cual afecta tanto el mercado laboral como las relaciones sociales.

Esta investigación se enfoca, específicamente, en cómo el trabajo doméstico remunerado impacta las dinámicas y trayectorias familiares de mujeres racializadas, visibilizando cómo las jerarquías —raciales, de género, entre otras— atraviesan el curso de vida y la esfera laboral de quienes realizan esta labor.

La construcción del tema de estudio tiene su origen en la observación de un elemento; los análisis han privilegiado históricamente el análisis de las relaciones entre la familia empleadora y la trabajadora. En contraste, los vínculos entre las trabajadoras y sus núcleos familiares han sido poco explorados. Como referente está Rita Segato (2013), quien señala la presencia de las nodrizas en las familias de la realeza colonial y del Brasil imperial, cuestionando el contraste entre su representación popular y la escasez de abordajes rigurosos sobre su papel fundante en la nación. Tras dicho cuestionamiento, la autora señala que las familias blancas —y privilegiadas— han transferido sistemáticamente tareas maternas hacia mujeres con menor jerarquía social, mientras se normalizó que niños blancos hayan sido criados por mujeres negras. Luego, ha surgido una contradicción: algunos de esos hombres, paradójicamente, articularon argumentos científicos y políticos para fomentar el desprecio social hacia las mujeres que los criaron (Segato, 2013). Las antiguas nodrizas —así como las niñeras de hoy— siguen presentes en las familias que las emplean silenciosamente

e ininterrumpidamente; por ello, esta investigación propone que no basta con examinar al fenómeno desde la presencia de estas mujeres en los hogares privilegiados, sino que tiene la misma relevancia considerar las implicaciones de su función en sus propios hogares, en donde se afectan por las ausencias.

Hablar de ausencias es, de algún modo, hablar de desigualdad, por la polarización entre quienes tienen acceso a un cuidado digno –familias empleadoras– y quienes lidian con cuidados precarizados –como suele ser en las familias de las trabajadoras–, lo que es una expresión directa de las relaciones de poder entre grupos sociales.

Un episodio en la historia reciente de Recife ilustra cómo las dinámicas familiares de las trabajadoras pueden ponerse a merced del vínculo laboral. Tal es el caso del fallecimiento de Miguel, un niño de seis años, hijo de Mirtes, una mujer negra y trabajadora doméstica.

En junio de 2020, durante la pandemia por COVID-19, Mirtes fue obligada a trabajar; tras el cierre de escuelas, tuvo que llevar a su hijo con ella. Mientras ella paseaba al perro de la familia empleadora, dejó a Miguel al cuidado de Sari, su patrona. Ella fue negligente descuidándolo en el elevador. Poco después, Miguel cayó de uno de los balcones en el noveno piso y perdió la vida.

El caso, más que ser un hecho aislado, es evidencia de cómo las familias de las trabajadoras son afectadas por las desventajas inherentes a esta ocupación. Una realidad polarizada entre los privilegios de las familias que han gozado del derecho al cuidado y las que viven en constante vulnerabilidad por las “obligaciones” que demanda esta ocupación y por la falta de protección estatal. En este escenario, no solamente las trabajadoras, sino sus familias son afectadas por esta práctica social.

Acontecimientos como este son claves para entender por qué las mujeres negras cuestionan los prejuicios contra ellas, incluso la negación de su humanidad en el rol como trabajadoras domésticas. Por ejemplo, Preta-Rara —mujer negra, rapera, profesora y activista—, quien fue empleada doméstica durante su juventud. Ella habla abiertamente sobre sus vivencias, exponiendo las actitudes de deshumanización que, cotidianamente, son experimentadas por millones de trabajadoras.

La artista reconoce el trabajo doméstico remunerado como medio de supervivencia, pero también de opresión: “Las jerarquías sociales se han reformulado, manteniendo a las mujeres negras en la base piramidal social y

siendo objeto de tratos mediocres” (Preta-Rara, 2019, s. p.) Además, denuncia la vigencia de la herencia colonial en prácticas como la segregación espacial del cuarto de servicio, la inferiorización del trabajo y las violencias (Preta-Rara, 2019).

Preta-Rara ilustra esta problemática con su propia historia: a pesar de contar con estudios a nivel licenciatura, se vio obligada a ingresar a esta ocupación tras encarar que el mercado laboral dificultaba el acceso a empleos mejor remunerados a mujeres negras. Lo que la lleva a señalar que el trabajo doméstico siempre tiene las “puertas abiertas” para las mujeres negras (Preta Rara, 2019). En otras palabras, el racismo estructural se vincula con el trabajo doméstico remunerado porque en el imaginario social, las mujeres negras “son más aptas” para el trabajo manual de limpieza y cuidados.

La lectura sobre el racismo y el colonialismo en el trabajo doméstico remunerado influyó en la elección de un concepto clave de esta investigación: mujeres racializadas. El concepto hace referencia a mujeres que, por sus características (físicas o de identidad), han sido significadas por la sociedad como inferiores. Este enfoque sostiene que la identidad del sujeto —lo inherente a él— no es nodo de conflicto, sino la proyección de prejuicios desplegados sobre esa identidad. La racialización es un proceso que opera por la intersección de opresiones; trasciende el género, articulándose con la raza y la clase. En otras palabras, el término se aplica a mujeres excluidas o señaladas como 'otras'. Lo cual se evidencia en la inferiorización frente al modelo hegemónico de mujer, comúnmente blanca y burguesa.

Por otro lado, el racismo no se refiere a una separación tajante entre personas blancas y negras —en tanto que quienes emplean pueden tener piel oscura, y quienes trabajan, pieles claras—; en otras palabras, no se puede afirmar que la dinámica responde a un binomio de color. Sin embargo, una constante estructural permite afirmar que las trabajadoras domésticas siguen siendo, mayoritariamente, mujeres racializadas.

De hecho, la existencia de trabajadoras con tonos de piel clara permite cuestionar si su presencia es indicio de la transformación en la relación jerárquica empleadora/trabajadora, o si se está dando un proceso de democratización del vínculo. Quizá la estructura del empleo doméstico impone una lógica de subordinación que trasciende el fenotipo. Estos cuestionamientos destacan la invisibilidad y la falta de poder como carga estructural de la ocupación. Dicho de otro modo, se racializa a quien ejerce, independientemente de su tono de piel.

A su vez, el término mujeres racializadas incluye a las mujeres negras, pero no se reduce a ellas. Existen mujeres empobrecidas, rurales, periféricas o con baja escolaridad que han sido racializadas, aunque ellas mismas no se identifiquen con la categoría mujeres negras. Es decir, la categoría permite identificar jerarquías que conjugan y determinan las experiencias de vida. Así, se reconoce tanto al problema racial como a otras desigualdades presentes en él.

Sumado a ello, el trabajo doméstico remunerado ha sido estudiado como un fenómeno que modifica las dinámicas de las familias empleadoras (Kofes, 2001). No obstante, aquí se propone que dicho impacto no es exclusivo de este grupo; también repercute en las relaciones familiares de las propias trabajadoras. Ante esto, se cuestiona cómo se gestionan los vínculos frente a las largas ausencias, la precariedad salarial o la informalidad laboral.

A partir de la contextualización previa del fenómeno, se propone el siguiente objetivo general: analizar cómo el trabajo doméstico remunerado tiene una relación de interdependencia con las dinámicas y trayectorias familiares de las mujeres racializadas en Recife. Específicamente, se explica cómo las condiciones de este mercado laboral moldean vínculos con padres e hijos, formas de cuidado y decisiones biográficas de quienes se emplean en este sector.

En cuanto a los objetivos secundarios, estos consisten en: primero, sistematizar la base teórico-metodológica de la investigación para fundamentar críticamente las categorías de trabajo doméstico remunerado, mujeres racializadas y trayectorias familiares; segundo, caracterizar las dinámicas socioespaciales del trabajo doméstico remunerado en la zona metropolitana de Recife para situar las condiciones estructurales del mercado laboral local; y tercero, correlacionar las desigualdades estructurales —género, raza, clase y territorio— en la configuración de los cursos de vida de las participantes y los aspectos que delimitan su agencia.

A partir de estos objetivos, las preguntas clave de la investigación son: ¿Cómo se configuran las trayectorias familiares de las mujeres racializadas frente al trabajo doméstico remunerado? A su vez, las preguntas secundarias son: ¿Qué mecanismos de continuidad o ruptura existen respecto a sus familias de origen? ¿Cómo el contexto de la familia de origen determina el ingreso al trabajo doméstico remunerado? ¿Y cómo la trayectoria laboral modifica la dinámica familiar?

El concepto de dinámica familiar remite a la organización en el seno de la familia, entre roles e interacciones que definen cómo es la vida cotidiana; por ejemplo, las responsabilidades de sus integrantes, los ajustes y arreglos familiares

en torno al cuidado, entre otros. Concretamente, en el contexto del trabajo doméstico, las dinámicas familiares tienen que ver con explicar los ajustes que tienen que hacer frente a la ausencia física de las mujeres y la reconfiguración de las responsabilidades entre el resto de los integrantes. Asimismo, se analiza cómo las condiciones económicas determinan las funciones que cada uno tiene al interior del hogar. Por su parte, la trayectoria se relaciona con un elemento de temporalidad, específicamente considerando los cursos de vida de las mujeres en sus diferentes etapas, como hijas pertenecientes a una familia de origen, como madres o como mujeres solteras, incluso como abuelas. Además, el análisis de las trayectorias permite situar los momentos de inflexión en sus vidas, para identificar los acontecimientos que rompen o dan continuidad a trayectorias individuales y familiares, entre ellos el inicio en el trabajo doméstico o la maternidad.

Bajo el enfoque propuesto, la agencia surge como un elemento sustancial que subraya las decisiones, las acciones de autonomía y el poder. Precizando cómo surge, inclusive bajo las condiciones de opresión que caracterizan al trabajo doméstico remunerado. En este sentido, tanto las dinámicas como las trayectorias familiares están afectadas por dicha agencia; de hecho, se manifiestan los arreglos estratégicos para la organización del hogar y los puntos de inflexión que modifican los cursos de vida, así como los momentos en los que está más limitada. Así, se propone comprender estos elementos como un tejido donde las mujeres racializadas han ido construyendo mejores condiciones de vida para ellas y para sus familias.

Respecto al diseño metodológico, la investigación no podría limitarse a un estudio documental. Por lo tanto, se priorizan las narraciones en primera persona de las propias trabajadoras, identificando las percepciones sobre su experiencia laboral y trayectoria de vida y familia.

En suma, la investigación se centró en el análisis narrativo; específicamente, se realizaron 16 entrevistas a mujeres con experiencias en el trabajo doméstico remunerado en Recife. Esto ocurrió durante el trabajo de campo en dicha ciudad entre los meses de agosto a enero de 2024. La técnica principal fue la entrevista semiestructurada; más que un cuestionario, se condujo por una guía de tópicos entre los que estaban la estructura familiar de origen, las condiciones de inicio en el trabajo doméstico, las experiencias laborales, las relaciones familiares actuales y la percepción sobre racismo. Una vez recopiladas las entrevistas, comenzó el proceso de codificación por categorías; dicho paso se realizó con ayuda del software Atlas.ti.

Finalmente, el presente documento se encuentra estructurado en cuatro capítulos. El primero aborda la base conceptual y teórica de la investigación; en él se discuten tres elementos principales: el trabajo doméstico frente al sistema económico actual; aquí fueron cruciales los análisis de Silvia Federici y Maria Mies; para el abordaje de las trayectorias se utiliza la teoría sobre los cursos de vida de Glen Elder y la propuesta del feminismo negro contemporáneo sobre las mujeres racializadas, de Lelia Gonzalez y Bety Lozano.

Posteriormente, en el segundo capítulo se habla del contexto específicamente del estudio, que es la metrópoli de Recife. Se plantea el problema de la desigualdad como nodo central de las dinámicas de la ciudad que afectan a sus habitantes, especialmente las disparidades entre clases sociales y barrios. A su vez, se explica cómo funciona el trabajo doméstico remunerado, por ejemplo, los tipos, las actividades en los modelos más comunes, los salarios, las condiciones laborales, entre otros.

El tercer capítulo se dedica a las historias de vida de las mujeres colaboradoras de la investigación; presentamos a las 16 mujeres y sus trayectorias. De este modo, el análisis de los vínculos entre factores macroestructurales y trayectorias personales permite identificar en sus narrativas los elementos estructurales y comunitarios que determinan sus trayectorias.

El cuarto capítulo es la correlación de las desigualdades con sus subjetividades. Se presenta la construcción de la subjetividad ante las experiencias de vida y la intersección de opresiones cotidianas. Este capítulo presenta una realidad compleja que debate con las nociones de agencia propuestas en la teoría. Si bien ellas son atravesadas por un contexto que las limita profundamente para tomar decisiones sobre sus propios destinos, las trayectorias familiares demuestran que la agencia va más allá de lo individual, conectando la agencia personal con la de su descendencia.

Este enfoque teórico-metodológico contribuye a la ampliación del conocimiento sobre el fenómeno del trabajo doméstico remunerado debido a tres elementos: el uso de una metodología feminista permite priorizar el punto de vista de las mujeres; el planteamiento gira en torno a las familias de las trabajadoras y no de quienes las emplean. Por último, es una investigación que distingue el fenómeno desde sus características territoriales, por lo cual el contexto es un elemento central que determina el campo laboral de esta ocupación.

Es notorio que el enfoque de la investigación es desde las humanidades; si bien el tema principal –el trabajo doméstico remunerado– es cercano a la sociología

del trabajo y la economía, prevalece el sentido humanista de la investigación, principalmente en el fundamento epistemológico que se manifiesta en el marco teórico-metodológico.

Respecto a lo teórico, la interpretación está en apego a posiciones políticas de feministas latinoamericanas, quienes parten de una matriz decolonial en buena parte de sus planteamientos. Asimismo, en términos de la metodología, la construcción de fuentes directamente con los sujetos de estudio –no con fuentes secundarias– y el análisis a profundidad y cualitativo sobre las subjetividades desde su narrativa son reflejo del enfoque de esta rama.

El apego al programa específico del posgrado, los Estudios Latinoamericanos, no solamente es explícito por la elección del territorio, sino también por la influencia del tema en la región. Asimismo, el planteamiento teórico y el enfoque situado luchan por romper con los paradigmas de la teoría universal.

1 CAPÍTULO PRIMERO

**FUNDAMENTOS CONCEPTUALES Y METODOLOGÍA. EL TRABAJO
DOMÉSTICO REMUNERADO, DINÁMICAS Y TRAYECTORIAS FAMILIARES DE
MUJERES RACIALIZADAS**

1.1 Introducción

En este capítulo se abordan dos aspectos fundamentales: las bases teórico-conceptuales y el diseño metodológico. En primer lugar, se justifica el uso de las categorías: trabajo doméstico remunerado y dinámicas y trayectorias familiares de mujeres racializadas. Luego, se describen las decisiones metodológicas; para explicar el trabajo de campo en Recife y cómo contribuyó al objetivo de estudio.

Como se ha dicho, el trabajo doméstico remunerado es el tema central de la investigación; un tema de relevancia para disciplinas como la sociología, el derecho, la economía y para los feminismos, especialmente en América Latina. Su relevancia radica, entre otras cosas, en que el fenómeno está ligado a las desigualdades sociales; más aún, trayendo a discusión las jerarquías entre mujeres —ya sea por identidades o posiciones sociales—. Además de cuestionar prácticas culturales de herencia colonial.

Para abordar esta categoría se consideraron aspectos de la sociología del trabajo —uno de los campos científicos que más ampliamente ha abordado el trabajo doméstico remunerado—, así como elementos teóricos de la economía feminista.

El trabajo doméstico es una categoría amplia que abarca tanto al trabajo doméstico remunerado como al que no es remunerado; en este capítulo, se discuten las diferencias entre ellas y por qué están conectadas entre sí. Teóricas feministas como Silvia Federici y María Mies son centrales en esta discusión. Ellas analizan el trabajo doméstico en el sistema capitalista, cuestionan cómo se inserta el trabajo reproductivo en el sistema económico y discuten su naturalización¹.

A diferencia del enfoque marxista tradicional, las feministas marxistas aseguran que para el capitalismo es tan importante el trabajo reproductivo como el productivo, aunque su explotación responda a otra lógica. En tal sentido, critican que posturas tradicionales no le hayan dado importancia a la explotación del

¹ A lo largo de este informe de investigación he utilizado el concepto de naturalización para referirme a cómo las mujeres son consideradas "naturalmente" dispuestas para hacer trabajo reproductivo. De acuerdo con Benería y Grown (2015), la división sexual del trabajo no tiene un origen biológico, sino que es un proceso social e histórico que ha convertido en cualidad natural la supuesta aptitud que las mujeres poseen para las labores de cuidado y del hogar. Las posturas naturalistas pretenden hacer creer que el cambio social es prácticamente imposible, pues las modificaciones de la naturaleza no son alcanzables para las sociedades.

trabajo doméstico no remunerado; de hecho, lo consideren un premio para las mujeres.

Además, este capítulo explica en qué sentido se abordan y estudian las dinámicas y trayectorias familiares, particularmente en el marco de las mujeres racializadas. Considerando que las trabajadoras domésticas pueden dedicar muy poco tiempo a actividades fuera del trabajo porque están volcadas a la familia para la cual trabajan (Pinho y Silva, 2010).

La conceptualización de estos patrones implica estudiar a las familias como entidades sociales cambiantes y flexibles. Por ejemplo, Elizabeth Jelin (2010) analiza a la familia en relación con la sociedad, la cual la determina y modela, lo que es considerado "normal" dentro de las dinámicas familiares y lo que no.

Para abordar a la familia como concepto de estudio, nos apoyamos en posturas feministas, especialmente enfocadas en las condiciones de vida de las familias racializadas. Estas posturas abordan la composición familiar en situaciones de precariedad económica, segregación y exclusión social; aspectos históricamente vinculados a poblaciones racializadas en América Latina. Incorporamos en este capítulo planteamientos de mujeres como Lélia González (2020) y Betty Lozano (2019).

Estas autoras han problematizado, por ejemplo, los roles tradicionales en las familias nucleares y cómo son afectadas las relaciones familiares por los contextos sociales de desigualdad. Por ejemplo, las responsabilidades de cuidado y crianza no necesariamente se han centrado en las familias nucleares.

En esa misma línea, esta investigación adopta el concepto de mujeres racializadas, ubicado dentro del pensamiento feminista; es un término que subraya que las experiencias de opresión entre mujeres no son iguales, que se conjugan elementos específicos a lo largo del territorio y en el tiempo, pero reconoce la jerarquización social como elemento determinante de esas opresiones.

Los feminismos que hablan sobre las mujeres racializadas son los decoloniales, negros, del sur, entre otros. Estos coinciden en criticar a los feminismos hegemónicos por universalizar sus experiencias de opresión, señalando que no operan igual en todas las mujeres. En ese contexto, las vivencias de las mujeres racializadas son ignoradas o explicadas superficialmente.

Entonces, la metodología se diseñó de tal manera que la perspectiva de las mujeres con experiencia en el trabajo doméstico fuese el elemento central. Así, se

priorizan las subjetividades de las mujeres por encima de los planteamientos teóricos. Dicha tarea es compleja e implica una metodología situada.

Los principios metodológicos fueron: la horizontalidad, basada en el protagonismo de las subjetividades y en la palabra de las mujeres, en tanto trabajadoras domésticas y mujeres racializadas; a su vez, estuvo el reconocimiento del territorio de estudio por medio del trabajo de campo directo.

Estos principios metodológicos nos llevaron a proponer una metodología cualitativa con enfoque en la narrativa personal de las sujetas de estudio. Para ello, entrevisté a 16 mujeres que han tenido experiencias como trabajadoras domésticas en la ciudad de Recife; las entrevistas son el centro de este análisis. Para complementar, realicé un proceso de inmersión cultural en la zona de estudio: una observación participante en lugares de encuentro entre las trabajadoras domésticas, como el sindicato de trabajadoras domésticas de Recife, espacios y medios de transporte público, plazas públicas, entre otros. También hubo interacciones con las familias de las mujeres entrevistadas. Todo ello como parte del trabajo de campo.

1.2 Trabajo doméstico remunerado: discusión conceptual

El trabajo doméstico remunerado es un fenómeno social relevante para América Latina en general y para Brasil en particular. Asimismo, se vincula con las desigualdades sociales debido a una lógica de jerarquización que impera entre quienes lo requieren y quienes lo realizan y por las condiciones sociales y económicas que propician su práctica.

El término trabajo doméstico remunerado implica que actividades –como limpiar o cuidar una casa– son realizadas a cambio de una retribución. Generalmente, el trabajador o trabajadora es una persona que no comparte lazos sanguíneos con los integrantes de la familia que requiere del servicio, es decir, que no tiene una relación de parentesco. Según Mauricio Rodríguez (2017), el trabajo doméstico remunerado tiene como base el trabajo doméstico, pero mediado por una relación laboral. La categoría también está asociada a la prestación de servicios, ya sea de aseo o asistencia, entre otras actividades de manutención de los miembros del hogar realizadas en un domicilio particular.

1.2.1 Sobre el trabajo doméstico

El trabajo doméstico remunerado y el no remunerado entran en la categoría de trabajo reproductivo. Este trabajo se ha conceptualizado bajo un paradigma de separación y exclusión entre las esferas reproductivas (del espacio íntimo) y productivas (del espacio público).

El trabajo reproductivo, a pesar de ser esencial para el sostenimiento de la fuerza laboral, fue deliberadamente excluido de la esfera económica y conceptualizado como una actividad sin valor. Esta exclusión histórica lleva a que no sea reconocido como una ocupación legítima con plenos derechos.

La teoría marxista, por ejemplo, habló de la reproducción humana como una labor no productiva, sino acción natural inherente a las mujeres. Dicha teoría perpetúa la feminización del trabajo y la continuidad del vínculo entre reproducción humana, actividades realizadas por mujeres y trabajo no productivo. La explotación del trabajo doméstico no fue teorizada ni pensada como explotación; tampoco se planteó su influencia en la producción. El hogar "fue un premio" para las mujeres (Mies, 2018). Lo cual refleja el sesgo androcéntrico y patriarcal con el cual se teorizaba al respecto (Mies, 2018; Federici, 2018; Costa, 1996).

El marxismo no ha sido la única teoría que ha sostenido la naturalización del trabajo doméstico; para la teoría neoclásica, la productividad es el eje central de la explotación del sistema económico. Bajo dicha lógica, el trabajo dentro de una unidad doméstica y el trabajo de cuidado de la familia son efectos de la división sexual, llevándolo a tener un rol marginal para la economía (Sollova y Baca, 1999).

Pero en décadas recientes, el trabajo reproductivo ha sido teorizado desde otros enfoques; por ejemplo, feministas académicas como Silvia Federici (2018) y María Mies (2018) han enfatizado la importancia que tiene para la economía, principalmente bajo el modelo económico actual o la fase actual del capitalismo.

Contrario al marxismo o la postura neoclásica, en décadas recientes los feminismos han planteado otra forma de comprender al trabajo doméstico, afirmando que el trabajo reproductivo —actualizado como trabajo de cuidados— "resulta de vital importancia para toda la sociedad. Siendo así desde que el mundo existe, a pesar de que, en las sociedades contemporáneas, los intereses del mercado y la lógica del beneficio enmascaran esa realidad" (Carrasco y otros, 2011, p. 9).

La explotación del trabajo de las mujeres otorga beneficios al capital; su apropiación ocurre porque es invisible para el sistema económico, un no-trabajo en términos productivos. Dicha postura es sostenida por diversas autoras como Silvia Federici, María Mies, Dalla Costa, Françoise Vergès, entre otras.

Uno de los aportes del feminismo ha sido evidenciar que la reproducción humana no está desvinculada de la producción y explotación de la lógica capitalista. Dalla Costa afirma que el sistema capitalista dirige la reproducción humana (Dalla Costa, 1996). Luego, en el proceso de implementar una domesticidad en las familias de clase burguesa, fue incorporado el amor como elemento distintivo en este espacio; las madres y esposas fueron educadas a trabajar por amor (Mies, 2018).

Además, el sistema capitalista logró apropiarse no solamente del trabajo explotado de los hombres, sino también del trabajo de las mujeres, negando su participación en la economía (María Mies 2018). Mientras el trabajo reproductivo se mantiene invisible, la consecuencia es su desvalorización económica y política (Federici, 2018; Mies, 2018).

La postura ecofeminista, por su parte, "ha demostrado que existe una fuerte conexión entre el desdén hacia el trabajo doméstico, la devaluación de la naturaleza y la idealización de todo lo que produce la industria y la tecnología humana" (Federici, 2018, p. 66). Reafirmando el paradigma de la dualidad entre lo productivo y lo reproductivo.

Molyneux (2005) dice que el trabajo realizado en la unidad doméstica no es autónomo del modo de producción; hay influencias y relaciones directas entre la forma en la cual se organiza la economía en una sociedad y la división del trabajo al interior de la unidad doméstica.

Sobre la maternidad y la lactancia, Mies (2018) afirma que ambas necesitan ser comprendidas como algo genuinamente humano y social. Esta postura está en contraposición con la idea de que maternar sea una actividad natural. Los trabajos de cuidados son actividades que implican una reflexión deliberada, consciente y construida socialmente.

Hasta aquí hemos señalado que la lógica capitalista de apropiación del trabajo afecta la noción que se tiene sobre el propio trabajo doméstico. Esta discusión se ha actualizado con el concepto de trabajo de cuidado. Sin embargo, también se identifica la tensión entre la expansión del debate a nivel académico y político sobre los cuidados y el arraigo cultural de la división sexual del trabajo. Una

consecuencia es que la práctica del trabajo doméstico remunerado sobresale como una ocupación altamente feminizada.

Es decir, se hacen evidentes las tensiones entre la teorización y el valor que en la práctica se le da al trabajo doméstico. A pesar de los avances conceptuales que lo reconocen como un pilar en la economía, también están presentes las tensiones producidas por la idea de que es un "no-trabajo", un oficio menor o una labor "natural" para las mujeres, lo que genera baja remuneración y escaso reconocimiento.

En algunos posicionamientos teóricos sobre el cuidado (Tronto, 2020; Faur y Jelin, 2013), se suele colocar al trabajo doméstico (preparación de comida y alimentos, limpieza del hogar, entre otros) como trabajo de cuidados. Por lo tanto, el cuidado es una categoría amplia que abarca al que es remunerado como al que no, pero especialmente se suele hablar de tareas de cuidado directo con personas, comúnmente niños, enfermos, ancianos, entre otros. Circunscrito exclusivamente al cuidado directo de personas. Sin embargo, esa discusión, aunque profundamente válida, asociada a la economía del cuidado y las cadenas de cuidados, es relativamente reciente frente a la lucha de las mujeres en el trabajo doméstico remunerado.

1.2.1.1 El trabajo doméstico como trabajo

La tensión fundante de la investigación recae en si el trabajo doméstico es, de hecho, trabajo, considerando que este concepto es definido por diferentes disciplinas. Desde el punto de vista económico, el debate recae en su participación en el mercado, su valor económico, entre otras variables. Por su parte, la sociología históricamente ha relacionado el trabajo a la producción; incluso desde una perspectiva feminista, no se niega el sentido productivo, en tanto lo que se produce es vida humana, en otras palabras, fuerza de trabajo o mano de obra.

En tal sentido, el concepto de trabajo es amplio y complejo; por ejemplo, en la práctica se pueden clasificar las actividades como aquellas que sí son trabajo y aquellas que no lo son, aquellas asociadas a la reproducción humana, particularmente. Históricamente, las actividades realizadas por mujeres han sido representadas como actividades improductivas, por ejemplo, la gestación, el parto, el amamantamiento. Así, la asociación productividad/trabajo e improductividad/no trabajo ha negado que el parto, el amamantamiento, entre otros, sean trabajo.

Bajo la hegemonía de la visión productivista, la idea que prevalece, incluso actualmente, es la siguiente: el trabajo ocurre a cambio de una retribución económica. Por ejemplo, cuando una persona pregunta: "¿En qué trabajas?". La respuesta, en muchas ocasiones, dará cuenta de la actividad que aquella persona realiza por remuneración, atendiendo a una lógica de trabajador asalariado o remunerado.

Sin embargo, en el contexto de esta investigación, se considera que el trabajo son aquellas actividades que se realizan como forma de manutención y supervivencia, independientemente del reconocimiento social (Maruani, 2000) o de la retribución. El trabajo también abarca actividades de sobrevivencia y manutención que, siendo remuneradas, no son reconocidas, ni social ni jurídicamente. Por ejemplo, el trabajo doméstico en la época posabolucionista no era considerado un trabajo formal y, por lo tanto, su remuneración no era un tema de discusión. Aun así, la mayoría de las familias acostumbradas a tener "servidumbre" mantuvo a esas trabajadoras y trabajadores que realizaban tareas de cuidado del hogar. En el caso mencionado hay trabajo, pero dependiendo del contexto y las leyes de cada país, este trabajo puede o no ser considerado legítimamente como un empleo. Asimismo, el trabajo reproductivo, que incluye la crianza, el cuidado de enfermos, la limpieza, la alimentación y el soporte emocional, es trabajo.

De hecho, se habla de trabajo y de no quehacer doméstico remunerado porque todas aquellas actividades que se realizan dentro del hogar para el sostenimiento, cuidado y reproducción de sus integrantes implican esfuerzo y tiempo de vida, aunque no sean retribuidas. Reafirmando que se debe considerar como trabajo aquellas actividades que se realizan por sobrevivencia, no por salario². Este planteamiento choca con la noción unilateral sobre el trabajo como motor de la productividad; en otras palabras, el "trabajo tradicionalmente restringido al ámbito de la producción" (Dinah y Cooper, 2005, p. 9).

La distinción entre trabajo y empleo es fundamental para el argumento de la investigación. Bajo una perspectiva feminista, se puede definir al trabajo como una categoría amplia que abarca las tareas de supervivencia; entre sus

² Según López Basanta (1997), el salario se refiere a aquella retribución específica que ocurre cuando la persona que lo recibe lo hace bajo el supuesto del trabajo subordinado. Retribución es una categoría mayor aplicada al trabajo doméstico remunerado porque no siempre es retribuido con un salario.

características está el uso de energía y tiempo para su ejecución. Por su parte, el empleo es el que está relacionado con el mercado de trabajo porque implica la formalización y al mismo tiempo requiere la legitimación de la función por medio de la retribución monetaria. En tal sentido, todo empleo implica trabajo, pero no todo trabajo es un empleo, especialmente cuando su realización no está orientada a la búsqueda de retribución económica.

De acuerdo con Margaret Maruani (2000), el trabajo abarca la producción de bienes y prestación de servicios, pero también considera las circunstancias previas que propician su ejecución. En la economía feminista, Cristina Carrasco (2006) argumenta que el trabajo doméstico –aunque vital– es excluido por posturas androcéntricas que centran el estudio de la economía en el mercado.

Cabe decir que la legitimidad y validez de un empleo son definidas por su propio contexto y las leyes del país en donde se realiza. La existencia de leyes que protejan los derechos laborales de ciertas categorías de trabajadores es una forma de reconocimiento relacionado con el mercado laboral y el empleo formal. Esta distinción se ha vuelto necesaria frente al debate sobre el trabajo reproductivo y de cuidados. El desafío para los estudios económicos es repensar cómo participa el cuidado del sistema económico, qué valor tiene en términos monetarios, cómo afecta a nivel global la acumulación de riqueza, cuál es su rol en las brechas de desigualdad social y económica, entre otros.

Para esta investigación, más allá de llevar la discusión de trabajo a un debate complejo y extenso, se busca darle un sentido amplio. Establecer que es un concepto que permite observar la relación entre las actividades de reproducción humanas y el sistema económico desde la interdependencia. De manera que las tareas de cuidado dejan de ser proyectadas como "ayuda" invisible y se comiencen a pensar en su valor económico. Especialmente, se pretende visibilizar el trabajo de las mujeres en términos de poder político.

1.2.2 Sobre el trabajo doméstico remunerado

Siguiendo el argumento, cuando se opta por delegar trabajo doméstico a otra persona, especialmente en alguien con quien no se tiene una relación consanguínea, surge la pregunta: ¿cómo se va a remunerar una actividad que inicialmente no produce? Cabe recordar, que actúa como extensión del trabajo doméstico no pagado participando como trabajo reproductivo desvalorizado.

Pierrette Hondagneu-Sotelo afirma que este tipo de trabajo está caracterizado por la casi inexistente delimitación como un empleo. Aun no siendo el peor trabajo posible, no deja de ser excluido. Se realiza en el espacio privado, se organiza por medio de arreglos particulares. Históricamente, se construyó sobre una base de relaciones de servidumbre, como amo/esclavo; tiene actitudes paternalistas, favoritismos y afectos; además, las personas empleadoras no se reconocen a sí mismas como tal (2007). Por su parte, el desprecio hacia su labor hace pensar que el trabajo doméstico remunerado no requiere habilidades de entrenamiento particular, reforzando el carácter marginal de las personas que lo realizan (Durin y otros, 2014, p. 28).

Dependiendo del contexto, el trabajo doméstico remunerado ha sido considerado como trabajo informal, irregular o subempleo; lo simbólico se traduce en prácticas que justifican su irregularidad y que niegan los derechos laborales. Por ejemplo, en la década de los cuarenta en Brasil se establecieron derechos y garantías a los trabajadores en la *Consolidação das Leis do Trabalho* (CLT); donde fueron excluidos todo tipo de trabajadores domésticos, justificando la exclusión por tratarse de un trabajo de “naturaleza” no económica y porque era realizado en el ámbito residencial. Luego, en 1972 cambió el planteamiento y se reconoció como un empleo, pero no llegó a ser equiparado con otras categorías de trabajo formal (Da Silva, 2021).

De hecho, la propia remuneración es problemática porque no siempre es monetaria. El trabajo doméstico remunerado ha generado su propia lógica de retribución, es decir, la retribución ha cambiado históricamente. Actualmente, se da más por medio de un salario, pero también ha sido a cambio de casa y alimentación, por el pago de educación, por intercambio de productos, entre otros.

Por otro lado, incluso cuando hay una retribución monetaria, es posible que se complemente con donaciones, como pueden ser objetos que se van a desechar o productos que la familia empleadora no usa y que las trabajadoras domésticas reaprovechan. Este tipo de retribuciones puede ser para ellas o para otras personas de su familia, como los hijos.

En algunos casos, la persona tiene el estatus de una “criada”. El concepto habla de una niña o adolescente que una familia adoptó; le da comida, vivienda y educación a cambio de tareas de cuidado, limpieza o ambas. Esta práctica, popular en buena parte de Brasil, ocurrió principalmente entre ciudades capitales y zonas rurales. Cuando se remunera de ese modo, un empleador no se asume como tal,

sino como una persona que está 'ayudando' o haciendo un favor; menos se pone en duda si la remuneración es justa.

También, hay intercambios de trabajo doméstico en especie, un encuentro entre alguien que retribuye con algo simbólico y alguien dispuestos a aceptarlo para sobrevivir. Además, hay situaciones en las que se da un intercambio. Estas situaciones ocurren cuando una persona da trabajo doméstico —ya sea para alguien de la comunidad o una persona cercana a su familia— y luego lo recibe como recompensa. "Eso es muy común en donde yo vivo. Hoy yo me quedo con los hijos de mi vecina; mañana ella se queda con los míos. Hoy por mí, mañana por ti" (Sonia citada en Fraga, 2016, p.171).

Los casos mencionados son considerados dentro del marco de esta investigación como experiencias de trabajo doméstico realizado por retribución. En ellos hay una persona que hace trabajo doméstico, contribuyendo a la producción de vida ajena, pero no en todos estos casos se trata de trabajo subordinado y mucho menos llega a ser un empleo.

1.2.2.1 Trabajo doméstico remunerado y servidumbre

Finalmente, cabe abordar las relaciones de servidumbre dentro del trabajo doméstico remunerado. En el contexto de Brasil, hablar de servidumbre es nombrar dinámicas que tocan los márgenes de la deshumanización de la categoría "trabajadora doméstica". Las cuales están cargando con el peso de la relación amo/esclavo. Estas relaciones de servidumbre en el caso de Brasil están marcadas por diferencias raciales y de clase; aunque estas han disminuido en las últimas décadas, no es posible negar su completa desaparición entre empleadores y trabajadoras.

La servidumbre, además, está atravesada por el género, pero no necesariamente se limita a él, porque esta se nutre de la idea de que existen personas que tienen menor valor humano y, por lo tanto, se les pueden asignar trabajos considerados denigrantes. Las actitudes de servidumbre involucran a las tareas de tipo reproductivo y de cuidado, pero estas se usan como herramienta para marcar las jerarquías entre personas.

Uno de los relatos que aparecen en el libro *Eu, empregada doméstica: a senzala moderna é o quartinho da empregada* (2019) muestra cómo lo simbólico se traduce en violencia y explotación en contra de las trabajadoras: "Yo estaba obligada a dormir en una casa de madera al lado de la casa del perro, en la cual ella [la patrona] aventaba el resto de la comida en mi plato en el piso, igual que

al perro. Fueron momentos terribles; los niños me pateaban, me mordían, me golpeaban riéndose y la señora decía que el lugar de los negros era así, porque negro no es persona" (Preta-Rara, 2019, s. p.). Esta actitud marca la relación entre la persona que domina y la que "sirve".

La servidumbre no solo está presente en el trabajo doméstico remunerado, pero al darse dentro del espacio privado y en una relación con brechas de poder, especialmente cuando son niñas y adolescentes quienes lo realizan, se llega a normalizar con facilidad y es menos denunciado.

La servidumbre se expresa en actitudes como exigir la disponibilidad de la persona permanentemente, como pedir un vaso de agua a cualquier horario del día, incluyendo la medianoche, bajo el supuesto de que debe hacerlo porque para eso está. La servidumbre ha sido denunciada tanto por trabajadoras, haciendo visible la denigración humana hacia las mujeres en esta ocupación históricamente.

Es relevante la separación de servidumbre y trabajo doméstico remunerado porque, a pesar de todo, son dos lógicas distintas. En una, la violencia y la denigración son normalizadas; en la otra, se trata de una relación laboral entre dos personas con el mismo nivel de dignidad humana.

1.3 Dinámicas y trayectorias familiares: el curso de vida como perspectiva de interpretación

El trabajo doméstico remunerado ocurre al interior de la familia; su principal función es cubrir necesidades de cuidado. La contratación de una trabajadora doméstica surge como beneficio directo para la mujer de clase media (al ser la principal responsable del cuidado), quien gana tiempo libre para sí misma o para desarrollar otras habilidades personales. Contratar a otra mujer le permite escapar de las limitaciones del rol de ama de casa sin cuestionar por qué esas tareas no son distribuidas con otros integrantes de la familia, principalmente los varones (Ávila y Ferreira, 2020).

El trabajo doméstico remunerado existe y es demandado porque, dentro de la estructura de familia nuclear, es una mujer quien “tiene” que asumir el cuidado de todos los integrantes. Ante las diferentes condiciones sociales e individuales que permiten y demandan el trabajo doméstico como servicio aceptado por la sociedad y las instituciones, las mujeres racializadas afrontan esta tarea. Pero, mientras la familia “burguesa” se beneficia de su capacidad para delegar esas tareas, hay consecuencias directas en la otra familia, la familia de la trabajadora, que tiene que adaptarse a un modelo de vida en donde las mujeres están ausentes.

El objetivo de este apartado es repensar la importancia de las familias, particularmente de quienes se emplean en él, frente al trabajo doméstico remunerado, y construir un marco conceptual que permita explicar cómo son las trayectorias familiares de las mujeres racializadas de Recife. La reflexión apunta a cómo el modelo de familia nuclear niega la existencia de otros tipos de familia. Especialmente de quienes históricamente se han organizado bajo modelos de familia extensa y comunitaria, como en este caso de estudio. No hay que olvidar que la idealización de la familia nuclear burguesa y patriarcal ha sido ampliamente utilizada como fundamento de la sociedad y moldeada por el Estado, por instituciones religiosas, entre otras (Sunkel, 2006).

Para tal objetivo, definimos a la familia no como categoría universal ni estática, sino como una institución social en constante tensión con las estructuras, determinadas por el contexto temporal y espacial. Para Gutiérrez Negrete es evidente el dinamismo histórico de la familia: “El concepto de familia ha crecido, se ha adaptado y también –casi que simbólicamente– ha propiciado cambios significativos para la sociedad” (2019, p. 130). En América Latina, por ejemplo,

estos cambios se han hecho evidentes en la ampliación de la tipificación de la familia. Ahora se reconocen a las nucleares monoparentales –encabezadas por mujeres en su mayoría–, los hogares unipersonales, las familias complejas –resultantes del divorcio, viudez o la constitución de nuevos vínculos– y los arreglos residenciales que no necesariamente se forman por parentesco (Sunkel, 2006).

Esta conceptualización de la familia tiene sentido cuando se observan las transformaciones en la estructura familiar que surgen, entre otras cosas, por el aumento de las mujeres en el mercado laboral. Así, optamos por una interpretación de las trayectorias familiares y de sus dinámicas entre aspectos estructurales, relacionales e individuales. Para ello recurrimos a la perspectiva del Curso de la Vida de Glen Elder, pero con la actualización que hicieron Anette Fasang, Rob Gruijters y Zachary Van Winkle (2024), quienes utilizan la metáfora de un bote para explicar dicho curso³.

1.3.1 El Curso de la Vida como un bote

El sociólogo estadounidense Glen Elder fue el primero en teorizar el curso de vida de los individuos frente a los cambios sociales. La propuesta teórica se asentaba en cinco principios que buscaban generalidades en los senderos de desarrollo en las vidas de las personas. Los principios son: las variaciones en el tiempo y en el espacio, la agencia, la vinculación de las vidas, el desarrollo personal como un proceso de toda la vida y la definición social del tiempo (2003).

Glen Elder popularizó sus estudios gracias a su investigación sobre los cursos de vida en individuos que habían sido niños durante la Gran Depresión económica en Estados Unidos en 1929. Gracias a su investigación, el autor logró generar las bases de lo que hoy se conoce como perspectiva del curso de la vida. Esta perspectiva tiene una base interdisciplinaria; conecta elementos de la sociología, la demografía, la historia y la psicología, entre otras. Las historias de vida se

³Fasang y otros (2024) propusieron una explicación de las variaciones de los cursos de vida a través de un diagrama en forma de bote. En él están los elementos que componen su teoría: las variaciones en tiempo, espacio y posición social, luego las interacciones entre los niveles macro, meso y micro. El diagrama como tal fue tomado de la teoría sociológica de James Coleman. Este autor propuso en 1990 una interpretación de los fenómenos sociales desde las conexiones entre los niveles macro y micro a través de lo que se conoció como el "bote de Coleman". Más allá del elemento técnico, la metáfora del bote da cuenta del movimiento a través del tiempo, como el eje articulador de las trayectorias se asemeja al rumbo de un bote que se mueve a través de las estructuras sociales.

entrelazan con el cambio social y los contextos históricos. No hay una visión lineal de desarrollo de historias de vida, sino un análisis dinámico que abre paso a las transiciones y las coyunturas personales (Blanco, 2011).

Los aportes de esta teoría han sido relevantes para diferentes disciplinas, desde la sociología hasta la medicina y la historia. En esta investigación es relevante porque permite interpretar las trayectorias de vida de las trabajadoras domésticas en función de los factores sociales e individuales que las determinan, otorgando vital importancia a una delimitación temporal y espacial del estudio.

Sin embargo, la actualización hecha por Fasang y otros (2024) puntualiza elementos como la clase social y la identidad dentro del análisis del curso de vida. Como se ha dicho, el paradigma ha sido actualizado, entre otras cosas, para darle un enfoque que considere las diferencias entre grupos sociales. Esto quiere decir que aspectos como el género, la religión, la raza, la clase social, entre otros, son relevantes en la definición de grupo social. Estos aspectos juegan un papel determinante en el sendero que tomará el curso de vida de los individuos en dichos grupos (Fasang y otros, 2024).

La precisión sobre la ubicación social es una contribución en la perspectiva del curso de vida. No basta con diferenciar entre el tiempo y el espacio del grupo de estudio, sino que, para una comprensión precisa, la ubicación social de los individuos debe ser identificada y considerada como elemento clave. Por ejemplo, las trayectorias de vida de las mujeres de barrios de clase alta en la Ciudad de México no pueden ser estudiadas del mismo modo que las de mujeres indígenas en la misma ciudad, a pesar de que ambas compartan tiempo y espacio.

Así, procederemos a explicar los elementos para el análisis de los cursos de la vida y la familia desde la perspectiva del curso de vida, pero con la actualización hecha por Fasang y otros (2024).

1.3.1.1 La estructura, las relaciones y la agencia

En el estudio de los cursos de vida individuales se consideran tres niveles de influencias. Los tres niveles tienen papeles determinantes en la definición de un patrón del curso de vida. A su vez, entre cada uno de estos niveles hay interacciones que pueden determinar, reforzar o transformar los cursos de vida.

El primer nivel se refiere a los aspectos macroestructurales, el cual está compuesto por elementos que afectan de forma amplia a poblaciones completas (Fasang y otros, 2024). Por ejemplo, la feminización de la pobreza en América

Latina, fenómeno relacionado con las brechas en los ingresos entre géneros y con que las mujeres realizan mayor cantidad de trabajo no remunerado (Ferraris y Martínez, 2023).

La feminización de la pobreza es una condición de las dinámicas de las familias en vulnerabilidad económica, especialmente entre aquellas que dependen de los ingresos de las mujeres para sobrevivir. Además, necesita de más mujeres para lidiar con el déficit de trabajo de cuidados generado por esas condiciones.

Este ejemplo ayuda a mostrar que los problemas macroestructurales no afectan del mismo modo; cada grupo social está afectado por estos fenómenos de distinta manera. La feminización de la pobreza afecta en diferentes proporciones a mujeres de clases sociales más altas que a las más bajas; tampoco es igual para las mujeres indígenas, rurales, entre otras.

El segundo nivel se refiere a las relaciones directas entre los individuos. Es un nivel que surge del principio de vidas vinculadas de Elder (2003). Se fundamenta en las relaciones interpersonales de cada individuo, desde las que tiene con su familia y su comunidad, pasando por las relaciones de trabajo, relaciones amorosas, entre otras (Fasang y otros, 2024).

Los vínculos entre individuos influyen las relaciones de pareja, la fertilidad, la calidad de las relaciones familiares, así como los modelos a seguir (Fasang y otros, 2024). Por ejemplo, en la dinámica familiar no se espera lo mismo de hombres que de mujeres en la repartición de tareas domésticas, sea de cuidado de la casa, de limpieza, de preparación de alimentos, entre otros. El hogar se ha consagrado como “el espacio social legitimado de las mujeres” (Olivera y otros, 2014, p. 76). El nivel de vínculo de una mujer con los roles de cuidados y de responsabilidades familiares está atravesado por las relaciones con su propia familia y comunidad. Por ejemplo, si una niña o adolescente se ve obligada a trabajar por remuneración para contribuir al gasto familiar, tendrá consecuencias directas en su curso de vida. De igual manera, si los vínculos en las relaciones familiares permiten postergar ese momento, su rumbo puede ser distinto.

Los vínculos entre integrantes de las familias se modifican gracias a la comunidad, la familia extensa, los vecinos, las instituciones de gobierno o religiosas. Las relaciones familiares y con la comunidad están atravesadas por su entorno; por ejemplo, las familias de sectores populares o en pobreza se suelen apoyar en mecanismos de protección social para la supervivencia (Sunkel, 2006). Cabe decir que la delimitación temporal y espacial es crucial para entender cómo se configuran este tipo de relaciones.

Finalmente, a nivel individual hay factores que determinan los cursos de vida. Aquí aparecen la agencia, las características personales de la identidad, la subjetividad, entre otros. La agencia se compone de las elecciones y decisiones individuales. La cual está suscrita a las limitaciones del nivel macroestructural y de las relaciones interpersonales. El nivel individual se manifiesta en el bienestar personal, la economía personal o la trayectoria de salud (Fasang y otros, 2024).

El estudio de las trayectorias simboliza a la familia no solo como un espacio que reproduce las opresiones, sino que es escenario de cambio. La agencia es un elemento central que, a pesar de las limitaciones, puede afectar la trayectoria personal y familiar.

1.3.1.2 Las interacciones entre factores de determinación

Además de la descripción detallada de los tres niveles, cuando se aplica la perspectiva del curso de vida como un bote, se necesita identificar cómo interactúan estos niveles entre sí. Los autores reconocen al menos 5 tipos de interacciones entre los niveles. Los factores asociados a cada nivel pueden ser reforzados, preconditionados, contrarrestados, excluidos o alterados según sea el caso (Fasang y otros, 2024).

De igual manera, se plantea que estas interacciones podrían ser más, pero al menos ellos encuentran estas cinco. Por ejemplo, la interacción entre políticas de reproducción, como la legalización o la descriminalización del aborto, preconditiona la posibilidad de decisión de una persona sobre su fertilidad y reproducción.

Como ejemplo, los autores toman como grupo de estudio a mujeres con diferentes niveles de escolarización para saber los motivos por los cuales se reduce la fertilidad entre aquellas con mayor grado de estudios. La investigación ocurre en Senegal, en mujeres entre los 21 y los 29 años. Aplicando los principios del curso de la vida como un bote, confirmaron que las mujeres con mayor escolaridad se sienten obligadas a tener un menor número de hijos. Esto ocurre no por cuestiones ideológicas, sino por una expectativa de mayor calidad de educación y crianza para ellos, identificando al factor económico como la principal razón en la reducción de la fertilidad (Fasang y otros, 2024).

En la mencionada investigación, los autores habían identificado factores religiosos e ideológicos (nivel relacional y estructural) como posibles responsables de la disminución de la fertilidad. Pero, con la investigación, identificaron que el factor religioso era tan relevante para las mujeres de mayor escolaridad como lo

era para las de menor grado (Fasang y otros, 2024). Este ejemplo permite ver la interacción entre factores de determinación y cómo se modifican entre ellos.

Explicar los rumbos en el curso de vida de las mujeres racializadas de Recife es central para esta investigación; siendo necesaria la identificación de los tres niveles de análisis: el macroestructural, de las relaciones interpersonales e individual, junto con sus interacciones. A su vez, la ubicación social guía el análisis. Una tarea central es la identificación de los elementos que delimitan la ubicación social de las mujeres dentro de las jerarquías de Recife.

La propuesta teórica del curso de vida como un bote tiene potencial para esta y otras investigaciones. Además, fomenta la interpretación integrada de cómo se vive, experimenta y reproduce la desigualdad a través del dominio íntimo de la vida familiar (Fasang y otros, 2024). Mientras la vida íntima y familiar de las personas fue por mucho tiempo desestimada en los estudios sociológicos, hoy constituye un elemento central de análisis.

1.3.2 Las dinámicas y trayectorias como resultados del sendero de vida

En este apartado se explican los elementos de la perspectiva del curso de vida que se utilizan como herramientas de interpretación de las trayectorias de vida y familia. Esta perspectiva permite explicar la interconexión entre fenómenos sociales o estructuras con eventos individuales y trayectorias de vida.

1.3.2.1 Las dinámicas familiares como vidas vinculadas

Se ha señalado que la familia se define como una institución social flexible y cambiante. Parte de esos cambios responden a la interacción de factores en tres niveles: macroestructurales, de las relaciones interpersonales e individuales. Las dinámicas familiares son la manifestación cotidiana de la flexibilidad, adaptación y alteración entre los diferentes factores.

Así, las interacciones entre integrantes explican cómo funciona un grupo familiar en el reparto de responsabilidades, ya sean financieras o de cuidados, lo que les permite sobrevivir. En otras palabras, "dinámica familiar": son aquellas situaciones, formas de actuar y de sentir que pueden depender de la forma en la cual se conjugan roles, vínculos, límites, papeles, etc. (González, 1984, p. 30).

La configuración de roles y de vínculos también se encuentra ligada a las macroestructuras de opresión racial, económica, de género, entre otras. Esto

quiere decir que dentro de las propias familias se reproducen jerarquías que determinan el rol de cada integrante. Los roles y arreglos de cooperación e interacción son la manifestación directa de ellos.

Elizabeth Jelin (2010) señalaba que, en los sectores populares, el salario masculino del "jefe de familia" rara vez cubrió las necesidades básicas, lo que históricamente ha obligado a otros miembros del hogar –mujeres, hijos jóvenes u otros familiares– a complementar los ingresos (Jelin, 2010). Esto es central para la investigación porque una dinámica familiar donde el padre de familia es el único proveedor nunca empató con el modelo de familia de las mujeres racializadas.

1.3.2.2 Las trayectorias y la agencia

El curso de vida como perspectiva en Elder (2003) aborda tres aspectos: trayectoria, transición y punto de inflexión. La trayectoria es un concepto amplio que refiere a la continuidad de acontecimientos a lo largo del tiempo; la unión de elementos lleva a construir un sendero.

Las vidas individuales y familiares no tienen una sola trayectoria, sino múltiples y simultáneas. Estas abarcan desde lo laboral, familiar o reproductivo hasta lo educativo, lo migratorio, entre otros. Pero también son trayectorias interdependientes; lo que sucede en lo laboral (como el comienzo del trabajo) tiene consecuencias directas en la trayectoria familiar (cambios al nivel de la distribución de cuidados). Por otro lado, la trayectoria favorece el estudio de los acontecimientos a largo plazo, analizando patrones tanto de lo que se mantiene como de lo que va cambiando (Blanco, 2011).

Ligada a la trayectoria se encuentra la transición: son eventos o cambios de estado que componen las trayectorias. Las transiciones generan una modificación respecto a una posición anterior que a su vez altera los roles y estatus de la persona o personas afectadas. Las transiciones son diferentes a las trayectorias por su duración. Mientras las trayectorias buscan la comprensión de eventos a largo plazo, las transiciones suelen ocurrir por periodos breves, como puede ser el inicio del primer empleo, la migración a una nueva ciudad, un divorcio, entre otras. Las transiciones tienen como efecto la redefinición de la identidad y de las relaciones con los demás (Blanco, 2011).

Como tercer elemento se encuentra el punto de inflexión, que es un tipo de transición más significativa. Lleva a cambiar el rumbo o reorientar la trayectoria de vida completa. Es un evento que altera drásticamente el curso previsto de la

vida de una persona. Por ejemplo, una enfermedad grave, la muerte de un familiar cercano o un accidente (Blanco, 2011).

El libro "La odisea de las generaciones en México: de las historias de vida a los territorios" constituye un precedente teórico-metodológico de relevancia para estudiar las trayectorias de vida y cómo son conectadas a los cambios sociales a lo largo del tiempo. En este estudio se presentan las transformaciones de la sociedad mexicana durante cinco décadas, lo que llevó a identificar que "las trayectorias familiares, laborales y migratorias siguen determinadas por las desigualdades sociales" (Sebille y Zavala, 2023, p.18). Esto permite pensar en cómo las historias de vida se conectan con los contextos, en términos del tiempo y del espacio.

Uno de los argumentos del libro es que las trayectorias son heterogéneas. Los cursos de vida de la población de un mismo tiempo tienen diferencias entre quienes habitan lugares rurales, urbanos y metropolitanos. Por ejemplo, el ingreso al mercado de trabajo generalmente marca la transición de la infancia o juventud a la vida adulta, pero no es homogéneo, principalmente entre mujeres. En el caso de México, las diferencias entre la edad y la proporción de mujeres entrando al mercado de trabajo son notables entre regiones y clases sociales. Es decir, "las localidades urbanas favorecen mucho más el ingreso laboral de las mujeres que las rurales (Holm, 2023, p.362)". El libro aplica a escala macroestructural los principios fundamentales de la perspectiva del curso de vida. También, conecta movimientos políticos y económicos de la sociedad mexicana con los efectos en las trayectorias colectivas por grupos sociales, como clases medias y bajas.

Este marco teórico sienta las bases para el análisis empírico en Recife. En el caso de estudio se requiere identificar los factores de determinación en los tres niveles: los macroestructurales, los relacionales y, sobre todo, los individuales. Esto será desarrollado en los capítulos siguientes, tomando las entrevistas como fuente de información sobre la vida y el curso de vida de las mujeres racializadas.

1.4 Mujeres racializadas

En este apartado se discute el uso de la categoría: mujeres racializadas. Se trata de una categoría relacionada con la teoría interseccional; es una forma de nombrar a las mujeres que son sujetas de distintos sistemas de opresión. En el contexto de esta investigación, el uso de la categoría permite explicar que el

trabajo doméstico remunerado en Recife es atravesado principalmente por las opresiones de género, de raza y de clase, además de otras.

Una mujer racializada no es una mujer con una condición de identidad particular, sino una mujer sobre la cual se ha dado una lectura de sus características identitarias desde una mirada jerarquizadora. Además de las jerarquías centrales ya mencionadas, existen otras que son contextuales. Todas estas opresiones son resultados de procesos sociales y pueden influir en sus experiencias de vida y trabajo, como en el caso de las trabajadoras domésticas.

Una mujer no es racializada por sí sola; necesita que, a partir de la relación con los demás, se le haya aplicado un trato jerarquizado, producto de la mirada que enfatiza las diferencias. En una persona racializada se ha conjugado la discriminación de forma interseccional, es decir, no solamente por un eje de opresión, sino por la combinación de varios de ellos (Moreno y Carneiro, 2025).

El término racializadas homogeniza las particularidades e identidades que se construyen en cada grupo o individuo; sin embargo, resulta apropiado para esta tesis, ya que permite abarcar el cúmulo de opresiones que surgieron durante las entrevistas. Por ejemplo, el que algunas de ellas no sean originarias de Recife, sino de poblaciones rurales o de ciudades pequeñas, convierte esta característica en una opresión más. Estas mujeres son las que mayormente se suelen emplear en trabajos donde se requiere dormir en las casas de los empleadores⁴. También se suma la opresión por no tener grados académicos o por una baja educación formal, lo que muchas veces se conjuga con la discriminación lingüística⁵, la cual hace referencia al menosprecio que desde las clases altas se le da a una persona que usa una variante diferente del portugués culto usado por las clases sociales altas y en espacios académicos.

⁴ A las personas que no son de Recife y que vienen de localidades rurales o de ciudades pequeñas se les conoce como *matutes*, palabra que usan para identificarse ellas mismas.

⁵ La situación sociolingüística en Brasil se ha caracterizado por una polarización entre el idioma de las clases altas, que emplean lo que se ha llegado a conocer como portugués culto (el mismo que se utiliza en la educación), y el de las masas, conocido como portugués popular. Este último incluye diversas variantes del idioma y tiende a presentar una falta de concordancia nominal, verbal, entre otros elementos (O'Neill y Massini-Cagliari, 2021).

Inicialmente, esta investigación buscaba diferenciar o, mejor dicho, hablar de las experiencias de las mujeres negras en el trabajo doméstico remunerado, pero una vez realizadas las entrevistas, fue posible identificar que la categoría mujeres negras, específicamente para el contexto de este estudio y de esta investigación, no logra dar cuenta de la diversidad de opresiones que las trabajadoras domésticas viven; más aún, llega a ocultar las complejidades en el tratamiento que ellas le dan a las categorías raciales en su cotidianidad.

Esto se relaciona con que la autoidentificación como mujer negra no es extensa. Es posible que, debido a la naturalización del racismo, una buena parte de la población, al menos en Recife, no se haya posicionado críticamente para identificarse a sí misma como persona negra. A esto se suma que, bajo una cierta concepción simbólica, la única forma en la cual se puede diferenciar a una mujer negra es por el tono de piel, pero existen otros elementos además del color que afectan las experiencias de vida, por lo cual una persona negra no puede ser identificada nada más por su tono de piel⁶.

Sumado a ello, en el proceso de la investigación de campo se identificó en las narraciones, por ejemplo, que dos de ellas relacionaban la categoría mujer negra a su sentido peyorativo, habiendo padecido el uso estigmatizado que históricamente se le ha dado, por lo cual resultó necesario un trato delicado con sus propias experiencias de vida y de discriminación.

Considerando este escenario, se ha optado por el uso de la categoría mujeres racializadas, porque son mujeres que han pasado por diferentes experiencias que han evidenciado que "el proceso de racialización es externo al sujeto, es decir, termina siendo como un resultado o producto de la mirada blanca" (Moreno y Carneiro, 2025, 210). La mirada blanca es entendida como una mirada jerarquizadora de la sociedad, donde las identidades hegemónicas blancas, de una clase social alta, con un grado alto de escolarización y habitante de barrios céntricos, tienen fuertes privilegios en la sociedad y se posicionan como un ser superior frente al resto.

⁶ El 20 de noviembre se le conoce como el día de la consciencia Negra justamente porque es un día en el cual se busca evidenciar la raíz africana de la población brasileña y de cómo Brasil se conformó a partir de la llegada de un gran porcentaje de la población africana.

Los perfiles de las mujeres entrevistadas empatan con las identidades profundamente jerarquizadas en la sociedad. De hecho, la categoría trabajadora doméstica se suma a estos perfiles como una opresión más, evidenciando la conjugación interseccional de las opresiones en sus experiencias de vida, de trabajo y en su propia familia.

Finalmente, una división étnico-racial tajante entre población negra y blanca no deja de ser problemática. En parte porque históricamente Brasil se ha construido de diferentes mestizajes; el mayor ocurrió durante la colonización, y se dio entre la población originaria de América, los portugueses y las personas traídas de África. Sin embargo, a este se han ido sumando migraciones de alemanes, italianos, japoneses, venezolanos, haitianos, entre otros. Siendo una población bastante heterogénea en todo el territorio, existiendo diversidad tanto de fisiología humana como de prácticas culturales.

Además, junto con el proceso histórico del mestizaje, se dio un proceso de jerarquización racial. No podemos ignorar los legados históricos que moldearon las cuestiones raciales en Brasil. Desde la colonización hasta la esclavitud y las políticas de blanqueamiento del siglo XX, estos eventos han influido profundamente en la estructura social y las desigualdades raciales en el país” (Nascimento y otros, 2024, p. 6). Por ello, hay personas que han sido más racializadas que otras.⁷

La estructura social de Brasil opera a través de "lugares"⁸ jerárquicos, los cuales han sido establecidos en función de diferencias raciales, lo que nos lleva a considerar la herencia de la colonización. Entre el siglo XVI y hasta el XIX, existió

⁷ Tras la abolición de la esclavitud, a finales del siglo XIX, se consideraba que el 56% de la población brasileña era negra. Este porcentaje ha fluctuado desde entonces, cayendo a una cifra cercana al 40% a comienzos del siglo XX. Sin embargo, a partir del siglo XXI se viene dando un proceso que refleja un aumento significativo del número de personas negras; en 2010 eran 50.7% de la población. Este dato no refleja necesariamente un cambio demográfico, sino un proceso de reconfiguración en la identidad de gran parte de la sociedad (Gonçalves y Hoffmann, 2020). En el censo de población de 2022 el IBGE registró los siguientes datos: Pardos, 45.4%, Pretos 10.2%, blancos 43.5%, indígenas 0.83%, amarillos 0.42% (IBGE, 2022). Cabe señalar que juntando el porcentaje de pardos y pretos se suman 55.5% de la población, quienes de acuerdo con el movimiento negro en Brasil serían todas consideradas personas negras.

⁸ En esta oración se usa el término lugar como un espacio simbólico creado culturalmente en las divisiones y jerarquizaciones de la sociedad. Por ejemplo, al decir que el lugar de las mujeres está en la cocina se hace referencia a esa relación entre lugar simbólico e identidad.

el sistema esclavista que privilegió a la población blanca, mientras excluyó a los sujetos racializados, en especial a los esclavizados negros, que fueron separados de la categoría humana por considerar que eran inferiores a los blancos.

La jerarquización social se ha complejizado, surgiendo un estado diferente de racismo, el colorismo. El colorismo social establece que cuanto más oscura es la piel de una persona, mayor es el prejuicio en su contra.

El pensamiento colorista puede ser definido como un sistema imaginario que provee privilegios con base en principios colonialistas. Esto es, se concede más espacio y aceptación social a personas con pieles más claras porque han logrado distanciarse de su origen negro. El colorismo, además de ser un fenómeno basado en la raza, apuesta por el blanqueamiento ideológico. El colorismo se sustenta en la idea de que, en una sociedad racista, es posible distanciar a las personas negras de su origen, llevando a generar una ilusión de ascenso social (Lago y otros, 2023).

Además, se suma la vinculación entre las desigualdades raciales y las de clase. Como señalan investigaciones sociológicas en Brasil, es casi imposible separar los prejuicios raciales de los de clase (Nogueira, 2007). Por lo cual, en la intersección entre raza y clase, la opresión de género toma una dimensión particular, especialmente en el caso del trabajo doméstico remunerado que es realizado principalmente por mujeres.

Los siguientes apartados abordan características relacionadas con la mujer racializada. Se toman elementos del pensamiento de feministas como Lélia Gonzalez⁹, Bety Lozano, Sueli Carneiro¹⁰, entre otras. Los cuestionamientos de estas pensadoras han sido fundamentales para trazar cuatro aspectos generales: el vínculo entre la mirada blanca y el cuerpo de mujer, la precariedad en el

⁹ Lélia Gonzalez fue una mujer que habló de las experiencias compartidas y vivencias comunes a las personas negras; era hija de una empleada doméstica y un empleado de ferrocarril, siendo la penúltima de 18 hermanos. Sus reflexiones surgen no solamente del pensamiento académico con fines intelectuales; son la configuración de un pensamiento subversivo que entrecruza la experiencia académica con la experiencia de vida, especialmente en los ochenta cuando se creía que la sociedad brasileña no era una sociedad racista. Un libro recientemente publicado alberga sus ensayos escritos entre 1975 y 1990: *Por um feminismo afro-latinoamericano. Ensaíos, intervenções e diálogos* (Gonzalez, 2020).

¹⁰ Sueli Carneiro nació en 1950 en São Paulo. Ella se identifica como negra, académica y activista por los derechos de las mujeres negras. Su trabajo sigue una línea similar a la de Lélia Gonzalez, analizando cómo el racismo y las desigualdades de género se entrelazan en las relaciones sociales brasileñas.

mercado de trabajo, la composición de las familias racializadas y las experiencias de resistencia y agencia.

1.4.1 La construcción del cuerpo racializado

. La categoría de mujer racializada no está ligada a una esencia biológica ni a una identidad estática, sino que es un proceso sociopolítico. La mujer racializada, en cierta medida, tiene semejanza con el sujeto subalterno que surge durante la modernidad, quien fue concebido en el proyecto colonial bajo principios de separación humana. En este proceso, el ser civilizado representaba la superioridad, y todo aquel que no encajaba con el modelo de la civilización se le juzgaba como "bárbaro", "atrasado" o "incivilizado". De hecho, estos términos fueron instrumentos ideológicos para justificar el saqueo de tierras y de cuerpos, haciendo parecer que la explotación del sujeto subalterno era una obligación moral (Lozano, 2019). Así, en esta investigación, ser una mujer racializada implica ocupar el espacio subalterno donde género, raza y clase son determinantes en la "asignación" de una posición en la estructura social.

La explotación del sujeto subalterno, en la actualidad, no opera solamente bajo la lógica del civilizado/bárbaro. La explotación de los cuerpos responde al género, la raza, la clase social, el país de origen, entre otros. Estos elementos influyen para establecer valores desiguales. Asimismo, las categorías no actúan por separado; se articulan para perpetrar la diferencia social y entonces justificar un trato desigual o deshumanizado. El concepto de mujeres racializadas encajaría con la definición de mujeres jerarquizadas, a quienes se ha construido –desde la cultura y valores heteropatriarcales y colonialistas– como seres inferiores.

La lectura del cuerpo y la identidad es el principal mecanismo para perpetrar la jerarquía. En el contexto de América Latina, las mujeres racializadas son las mujeres negras, indígenas, viviendo en pobreza o provenientes de regiones marginadas como algunas zonas rurales o las periferias de las ciudades.

Particularmente, en el contexto brasileño, donde ha habido una mayor presencia de mujeres y hombres negros, las jerarquías se manifiestan predominantemente en el color de la piel y el fenotipo, algo que resalta desde la primera lectura del cuerpo; en ese sentido, son más favorecidas las personas de tonos de piel claros que las de tonos oscuros. A estos elementos se suman la forma de vestir, de hablar o de comportarse, que, desde una lectura

jerarquizadora, privilegian y cargan de superioridad al sujeto blanco, mientras desmerecen el valor humano de las mujeres racializadas.

La lógica racista, como la "democracia racial" y "el blanqueamiento de la población", son síntomas de esa cultura. El concepto de democracia racial, popularizado a inicios del siglo XX, pretendía definir las relaciones raciales como igualitarias y armoniosas. Sin embargo, como denuncia Sueli Carneiro, esta percepción es en sí misma una forma de racismo que niega el maltrato, la explotación y los privilegios blancos que han marcado históricamente la organización social brasileña. Esta normalización de las jerarquías raciales contribuye a invisibilizar y negar las experiencias de las mujeres negras (Carneiro, 2005).

La jerarquización se materializa en estereotipos que asignan "lugares" específicos a los cuerpos de las mujeres según su apariencia. Léila Gonzalez (2020) analiza cómo la figura de la mulata –popularizada por el carnaval– sirve al mito de la "democracia racial". En el imaginario popular, dicha mujer –deseada y valiosa– es exaltada, pero la visión sobre su cuerpo y su baile la convierten en un objeto, fuente de deseo sexual masculino. Este estereotipo contrasta con el de la mujer negra "destinada" al trabajo. La frase del habla popular brasileña que dice "blanca para casar, mulata para fornicar, preta para trabajar" (Gonzalez, 2020, p. 154) es un ejemplo de la violenta simbolización de los cuerpos y de la deshumanización con la que opera este sistema de valores.

En otras palabras, el cuerpo de una mujer racializada es aquel que ha vivido un proceso de exclusión social y de explotación bajo el argumento de la diferencia. En la lógica de las jerarquías sociales, estas mujeres ocupan espacios inferiores porque se entrecruza en su identidad la diferencia racial, de género y de clase. A modo de que se integran al mercado laboral de los cuidados, desde la experiencia de exclusión social y explotación.

1.4.2 La precariedad en el mercado de trabajo

La jerarquización racial otorga valores en función de características físicas; además, se manifiesta en acciones que afectan la vida cotidiana, como es el aspecto laboral. El hecho de que haya una mayoría de mujeres, indígenas, negras y pobres en trabajos de baja remuneración e informales no es una coincidencia; se trata de la correlación entre opresiones estructurales y el racismo en el mercado de trabajo. Mientras se beneficia a "ciudadanos modelo" (personas de pieles

claras, de clases medias o altas con acceso a educación formal), se perjudica a grandes mayorías.

Lélia Gonzalez, intelectual y política brasileña, señalaba en los años ochenta la relación entre racismo y mercado laboral (2020). Ella aseguraba que el mercado laboral era heterogéneo; la incorporación de las mujeres no era igual para blancas y negras. En los años ochenta, diversos estudios económicos y sociales celebraban la exitosa inserción de "las mujeres brasileñas" en el mercado laboral; se afirmaba que habían logrado integrarse a trabajos de mayor calificación. Sin embargo, Gonzalez (2020) cuestionó que los datos no estaban desagregados entre grupos raciales; de haberse dado esa distinción, se habría revelado que la ampliación del mercado de trabajo benefició casi exclusivamente a las mujeres blancas.

La jerarquización en el mercado de trabajo se sustenta en factores que limitan el acceso de las mujeres racializadas a mejores oportunidades, como la escolarización y los estudios formales. Ellas tienen mayor dificultad para acceder y concluir la educación superior, incluso en niveles básicos. Luego, están los factores de racismo directo; en actividades de mayor calificación, que requieren contacto con el público —como recepcionistas, personal administrativo, ventas de mostrador—, se suele solicitar "buena apariencia", que, en la práctica, es un eufemismo que busca colocar a personas del grupo racial dominante en esos puestos, excluyendo sistemáticamente a las mujeres negras.

Lélia González señalaba que las consecuencias económicas de esta exclusión afectaban fuertemente la vida cotidiana de las mujeres negras. En aquella época, las mujeres negras no solo eran mayoría entre el grupo social con menores ingresos del país, sino que su presencia era prácticamente nula en clases más altas, donde eran menos del uno por ciento de las personas con ingresos por encima de la media nacional (Gonzalez, 2020); además, concluía que "la discriminación de sexo y raza hace de las mujeres negras el segmento más explotado y oprimido de la sociedad brasileña, limitando sus posibilidades de ascenso" (2020, p. 145).

Sueli Carneiro (2011), intelectual brasileña contemporánea, asegura que las mujeres negras están confinadas a ocupaciones de menor prestigio y salario. Esto ocurre por dificultades de acceso y por rechazo activo de las mujeres negras al mercado de trabajo diversificado: incluso contando con la formación necesaria, su rechazo ocurre sistemáticamente. Además de la desigualdad material, esto genera una autoimagen desvalorizada, porque no se ven representadas en otros espacios laborales.

Lo señalado por estas autoras se relaciona directamente con el trabajo doméstico remunerado, porque persiste la idea racista de que las personas negras no son capaces de realizar tareas de mayor calificación, mientras se normaliza la asociación entre mujer negra y servicio doméstico. Las mujeres negras han sido consideradas como "adecuadas por naturaleza" para estas labores. Esta ideología perpetúa el servilismo y las jerarquías coloniales; además, refuerza la supuesta "superioridad moral" de los patrones, consolidando un ciclo de precariedad y desvalorización (Carneiro, 2011).

Las mujeres racializadas, ya sean mujeres negras o pardas, también enfrentan jerarquización por tener bajos niveles educativos o por vivir en las periferias y en las zonas rurales. Estos factores están directamente ligados a su inserción y permanencia en el mercado del trabajo doméstico remunerado. Por ello, difícilmente se separa la condición de racialización de las mujeres que se identifican como trabajadoras domésticas.

1.4.3 Subjetividades negras: cuidados y resistencias

En contraposición a la postura patriarcal y racista, se manifiestan las subjetividades de las mujeres negras, quienes reflexionan sobre su rol en la sociedad y sus resistencias comunitarias. Son subjetividades que producen tensión frente a la explotación de sus cuerpos. Así, esta sección busca analizar los significados que ellas otorgan al cuidado —especialmente en la maternidad y la crianza colectiva—, elementos que constituyen parte de las estrategias de insurgencia y de preservación de la comunidad.

Las mujeres de las comunidades negras han unido a la comunidad; así logran resistir los efectos del capitalismo y la imposición de la cultura occidental burguesa. Históricamente, el rol de las madres (reales o simbólicas) ha preservado los valores culturales afrobrasileños y ha sostenido su transmisión entre generaciones (Gonzalez, 2020). La resistencia de las mujeres negras se despliega en la vida en comunidad y en la familia, desafiando el proyecto modernizador, como el mandato de la familia nuclear burguesa.

En el caso de Colombia, por ejemplo, la crianza de las infancias ha sido responsabilidad comunitaria, no únicamente de la madre. Entre los valores de la comunidad negra se encuentra que los infantes reconocen autoridad de todas mujeres, es decir, las figuras maternas pueden ser las madres biológicas u otras mujeres de la propia familia, incluso otras mujeres dentro de la comunidad.

Sin embargo, el respeto a la maternidad sociocomunitaria se ha ido perdiendo por la violencia y por la precarización de la vida en las comunidades negras de ese país (Lozano 2019). Además, la maternidad no constituye necesariamente la esencia de la identidad femenina; es frecuente que las mujeres dejen a sus hijos e hijas con abuelas, tías, vecinas (Lozano, 2019, p. 194). Lo cual no representa una carga moral ni social contra ellas por separarse de sus hijos para ir a trabajar.

Recientemente, “como efecto de la modernización y el empobrecimiento, aparecen las niñas y niños en situación de calle” (Lozano, 2019, p. 194). Esto se debe a que los vínculos comunitarios se han afectado, desarticulando el tejido social.

Así, frente a una postura colonizadora que históricamente ha buscado el control de cuerpos y subjetividades, las mujeres racializadas han forjado un pensamiento teórico desde y para la resistencia. Lejos de asumir un rol pasivo, como señala Lélia Gonzalez, han desafiado la idea de que su camino está inevitablemente marcado por la opresión. Han demostrado que la deshumanización no es un monolito; la emancipación es una posibilidad latente. Esta constante insurgencia se enfrenta a la subordinación y ha generado herramientas no solo para sobrevivir, sino para construir marcos interpretativos propios, los que, como ellas dicen, surgen del “dolor de nuestro cuerpo de mujeres negras” (Lozano, 2019, p. 29).

La académica afrocolombiana Betty Lozano, proveniente de un territorio marcado por el cimarronaje, la exclusión y la violencia ecocida de proyectos multinacionales, afirma que las mujeres negras del Pacífico colombiano “han desplegado históricamente una ontología que reivindica la vida” (2019, p. 19). A pesar de la opresión forjada en el sistema esclavista y mantenida por el Estado-nación capitalista y patriarcal, su historia es un testimonio de las grietas que surgen como resistencia a la destrucción.

Esta filosofía de vida se manifiesta en prácticas concretas de cuidado y colectividad. Su humanidad no se vive desde la individualidad, sino desde la organización, reproducción y sobrevivencia del colectivo. Esto se materializa en resistencias constantes a niveles micro y comunitarios; por ejemplo, el comadrazgo, que permite la ampliación de los lazos de parentesco, las prácticas ancestrales que construyen comunidad –la partería, el cultivo de plantas medicinales y de autoconsumo– son elementos que les otorgan autonomía en la salud y la alimentación. Estas resistencias no empatan con la idea de bienestar conformada por la modernidad y el capitalismo, la cual privilegia intereses individuales.

La resistencia también se denota en la demanda por nuevas políticas estructurales. Sueli Carneiro subraya que la subjetividad de la resistencia emerge de la agonía histórica: la búsqueda de un "ser" negado por la esclavitud y el racismo. De esta herida surgen "combatientes, hombres y mujeres acreedores de esa deuda histórica, que exigen el conocimiento de su humanidad herida y las reparaciones" (Carneiro, 2011).

La reparación trasciende lo simbólico. Implica hacer responsable al Estado por las consecuencias de las opresiones sistemáticas. Carneiro argumenta que la desigualdad de las mujeres negras concierne a la política nacional. Por lo tanto, cualquier proyecto nacional que aspire a transformaciones profundas debe romper con "los eufemismos o silencios que históricamente vienen enmascarando las desigualdades raciales y consecuentemente postergando su enfrentamiento" (Carneiro, 2011). La reparación debe ser efectiva en la política de la insurgencia, una exigencia de justicia que busca no solo sanar el pasado, sino transformar estructuralmente el presente.

1.5 Diseño metodológico

1.5.1 Enfoque epistémico y posicionamiento de investigación

En este apartado se explican las decisiones metodológicas detrás de la investigación. Se busca explicar el planteamiento anterior al trabajo de campo y cómo este, a su vez, permitió generar nuevos elementos, desarrollados como conclusiones.

Primeramente, el enfoque metodológico surgió de elementos epistémicos y políticos de las corrientes decoloniales, feministas y feministas negras; por ejemplo, no plantear una metodología que tome a las mujeres racializadas como objetos de estudio, sino como sujetas políticas. Estas corrientes de pensamiento señalan, entre otras cosas, que una postura académica eurocéntrica y racista se posiciona frente al sujeto que estudia desde la superioridad, usando a la investigación y a su proceso como una herramienta de colonización (Segato, 2011). Por lo tanto, una forma de no caer en el eurocentrismo académico es no jerarquizar los saberes; considerar que tienen el mismo valor los conocimientos surgidos de la experiencia de las personas entrevistadas como aquellos aprendidos por quien propone la investigación.

Además, históricamente, las experiencias de las mujeres racializadas en el trabajo doméstico remunerado no han sido ampliamente estudiadas. A pesar de que el tema, tanto en Brasil como en América Latina y en otras partes del mundo, ha sido abordado en investigaciones académicas, las fuentes principales no han sido ellas como protagonistas del fenómeno social. De hecho, enfoques que priorizan sus voces por encima de las voces de otros actores sociales, como las familias empleadoras, por mencionar algunos, son menos frecuentes.

Es cierto que en el imaginario social la mujer negra se encarga de limpiar, cocinar y hacer el trabajo doméstico de los hogares del grueso de la población, pero los feminismos negros señalan que, más allá del imaginario social, las mujeres negras, sea como trabajadoras domésticas o en otros trabajos, son personas en constante proceso de resistencia, demostrando un sentido de agencia poco reconocido en el estudio de las opresiones.

De hecho, proponer un estudio que relaciona al trabajo doméstico remunerado con la familia de la trabajadora busca generar un cambio de paradigma que cuestiona las jerarquías respecto a quienes participan de este fenómeno. Es decir, no se coloca como centro de atención a la familia que paga por recibir trabajo doméstico, sino a la familia que se ve privada de uno de sus integrantes –hija, hermana, madre, esposa– por cuidar de otra familia.

Finalmente, no es que se busque posicionar esta investigación como una propuesta totalmente novedosa, sino decir que se puede ampliar nuestra visión sobre el fenómeno del trabajo doméstico remunerado a partir del uso de principios metodológicos y epistémicos donde se indaga en la agencia con la cual las personas, particularmente las familias de las mujeres racializadas, enfrentan los vaivenes de las opresiones estructurales.

Una vez dicho esto, la metodología no podía centrarse en el estudio documental, priorizando las narraciones orales en primera persona para explicar cómo es la relación entre el trabajo doméstico remunerado y las trayectorias de vida y familia en Recife desde su propia subjetividad.

En la experiencia de campo, las realidades son siempre más complejas y difíciles de analizar que las teorías; especialmente fue complicado no proyectar las teorías basadas en otras realidades a lo que se muestra que es la norma en el trabajo doméstico remunerado en Recife.

1.5.2 Metodología cualitativa y tipo de estudio

El objetivo general de la investigación busca explicar la relación de interdependencia entre las trayectorias familiares de las mujeres negras de la zona metropolitana de Recife y el trabajo doméstico remunerado. Basado en él, se propuso un estudio cualitativo centrado en las narraciones personales. Así, las subjetividades de las mujeres negras habitantes de la zona metropolitana de Recife son la fuente primaria y el eje central de este estudio.

Como premisa fundamental, se sostiene que el abordaje cualitativo permite profundizar en las subjetividades humanas. A su vez, este tipo de investigación ofrece un marco de análisis que prioriza al sujeto histórico y su comprensión profunda en relación con las dinámicas sociales y culturales (Casteel y Bridier, 2021).

En la planeación del trabajo de campo, fue evidente la necesidad de tener información primaria con las trabajadoras, específicamente entrevistar a las mujeres en su territorio, así como entender elementos culturales relacionados con ellas.

En suma, esta investigación se centró en el análisis narrativo de las trabajadoras; específicamente, se entrevistó a 16 mujeres con experiencias en el trabajo doméstico remunerado. Sus relatos ayudan a entender el sentido que dan a las experiencias de precariedad y resistencia, sin perder de vista el contexto estructural de desigualdades al cual están circunscritas.

Además, se complementó el análisis narrativo con actividades de observación participante en espacios clave como el sindicato de trabajadoras domésticas de Pernambuco, encuentros informales de lugares públicos y algunas casas de las trabajadoras. Estos elementos contextuales, más allá de las entrevistas, permitieron triangular datos y contrastar discursos con prácticas colectivas. Con la elección de esta ruta metodológica se buscó una investigación alineada con el posicionamiento feminista crítico, el cual prioriza las voces de las participantes como agentes de conocimiento.

1.5.3 Selección y caracterización de participantes

. En este apartado se explican las rutas de investigación en el trabajo de campo, especialmente las que contribuyeron a contactar a las participantes. Si bien metodológicamente se habla de un proceso de selección, se decantó por una ruta

dialógica. A través de la divulgación de la investigación en espacios clave, se posibilitó la apertura de canales de comunicación para que quienes quisieran contar sus relatos lo hicieran libremente. El resultado fue un proceso de construcción de mutua confianza que intencionalmente permitió a las mujeres interesadas en participar de forma voluntaria y consciente en el estudio.

El primer paso en este proceso fue la ubicación de organizaciones locales que permitieran el acercamiento a las trabajadoras domésticas. Yo tenía conocimiento de la existencia del Sindicato de Trabajadoras Domésticas de Pernambuco por un informante clave; sin embargo, no quería entrevistar solamente a personas vinculadas al sindicato, por lo cual también busqué en otros espacios.

Así, logré contacto con otro grupo de trabajadoras a través de las redes sociales; en ese grupo dan a conocer vacantes de empleo tanto de trabajadoras domésticas como de cuidadoras. La persona que administra el grupo me permitió divulgar la información de la investigación en él, con lo cual logré proporcionar mi información de contacto para que ellas me buscaran si querían. Cabe decir que recibí mensajes de más de treinta mujeres interesadas en participar, aunque al final muchas no tenían tiempo suficiente, o desistían en alguna de las etapas antes de la entrevista.

De estos dos canales obtuve la mayor parte de las entrevistas; sin embargo, al conversar sobre la investigación con otras personas que no eran informantes clave como tal, pero sí habitantes de Recife, estas personas me ayudaron a contactar a otras trabajadoras.

La ruta para llegar a las entrevistadas fue intencional, de modo que quienes participaban tuvieran un perfil que se ajustaba a los criterios de selección. Siendo estos cuatro criterios generales.

El primero de ellos es el género; todas son mujeres. Claramente, esta es una ocupación profundamente feminizada, pero en campo supe que hay hombres que también son trabajadores domésticos; por lo cual no está de más aclarar que, en mi caso, la búsqueda estuvo enfocada en mujeres.

Además del género, se estableció un criterio etario, el cual corresponde con la mayoría de edad en Brasil; de acuerdo con las leyes, esto ocurre a los 18 años. Este es un criterio que se relaciona tanto con factores éticos como legales, pues en Brasil, a partir de 2015, es ilegal emplear a personas menores de edad en el servicio doméstico.

Por otro lado, las participantes tenían que haber tenido experiencias en el trabajo doméstico remunerado. Estas experiencias se consideraron en un sentido amplio, no solamente aquellas que estuvieran empleadas de manera formal; también se consideró a quienes lo hicieran informalmente, por periodos breves o que no fuera la ocupación que les proporcionase la mayor fuente de ingresos. En cuanto a su función, también hubo apertura para entrevistar a mujeres en diferentes condiciones de trabajo, ya sea cuidadoras, niñeras o encargadas de limpieza general.

Finalmente, el cuarto criterio fue de ubicación geográfica; se trata de mujeres con experiencia de trabajo en la zona metropolitana de Recife. De hecho, no se hizo un corte por barrios específicos de la ciudad, sino que se dio apertura a los municipios de toda la zona, considerando que me interesaba entender cómo se conformaban las relaciones entre los barrios donde trabajaban las mujeres y los lugares en donde vivían.

1.5.4 Técnicas e instrumentos metodológicos

En este apartado se explican las técnicas de trabajo en campo; particularmente, cómo se dio el proceso de la entrevista y de qué manera se triangularon con las otras técnicas, como la observación participante y las entrevistas informales.

Primeramente, como eje central y prioritario, se trató de entrevistas abiertas guiadas por tópicos. Más que desplegar en todos los casos las mismas preguntas, me enfoqué en abordar todos los temas generales y profundizar en los casos en los que la propia dinámica se prestase para ello. Al momento de la entrevista, procuré comenzar con preguntas muy generales que iban abriendo los temas de discusión. Cabe decir que, durante el proceso de entrevistas, hubo que afinar el sentido de la intuición para comprender cuándo una persona mostraba mayor apertura a ciertos temas y también para decidir no abordar aquellos en los que las mujeres no se sentían dispuestas a conversar.

Considero que ellas narraron eventos clave o situaciones que marcaron sus trayectorias de vida y laborales con libertad debido a la apertura para abordar los temas, pareciendo más una conversación que una entrevista rígida de preguntas y respuestas. Además, esta estrategia permitió mayor fluidez en el discurso, sin demasiadas interrupciones de mi parte; principalmente trataba de traer un tópico nuevo cuando sentía que la conversación con el anterior se estaba agotando.

Aunque, en la mayoría de las entrevistas, solía tener preguntas más específicas para casi todos los temas.

La guía de tópicos tuvo dos principales categorías, que a su vez derivaron en temas secundarios; el primero estaba relacionado con el trabajo doméstico remunerado y el segundo con las dinámicas y trayectorias familiares. Los temas secundarios variaban de persona a persona, pero fundamentalmente eran los siguientes.

De la categoría relacionada con la familia se establecieron temas como: contexto personal al momento de comenzar en el trabajo doméstico; cercanía con la familia nuclear y extendida; tiempos de convivencia; relaciones de pareja, hijos, empleos de madres y padres, escolarización, proyectos familiares o personales a futuro, ingresos económicos y fuentes de ellos.

De la categoría relacionada con el trabajo se establecieron tópicos como experiencias en el trabajo doméstico remunerado, funciones principales, condiciones laborales y prestaciones, traslados y uso del tiempo, experiencias laborales en general. En los casos en donde ellas habían estado vinculadas al sindicato, también se les cuestionó sobre su participación y cómo llegaron a él.

Sumado a esto, también se hizo presente la categoría de racismos y discriminación, la cual, más que intentar abarcarla como un tópico, se intentó conocer de forma transversal en sus vidas, no solamente acotada a la cuestión laboral.

Todas las entrevistas se realizaron de manera individual para asegurar un ambiente cómodo y confidencial. Sin embargo, debido a la disponibilidad de tiempo y las dificultades en los traslados dentro de la zona metropolitana de Recife, la mayoría de las entrevistas se realizaron en lugares públicos, como plazas, cafeterías y centros comerciales. Solamente en unos pocos casos fue posible entrevistarlas directamente en su casa. Cabe decir que algunas de ellas también prefirieron una entrevista más anónima realizada por medio de llamada telefónica.

La segunda de las técnicas implementadas fue la observación no participante. Esta se dio por medio de la presencia en los entornos en los que se desarrollan algunas de sus actividades cotidianas, primordialmente las relacionadas con los trayectos y uso de los medios de transporte, visitas a los barrios en donde vivían y en donde trabajaban, en algunas convivencias familiares, así como en los eventos organizados por el sindicato.

La observación participante fue una técnica que abonó poderosamente en la triangulación de la información recabada dentro de las entrevistas, proporcionando un contexto adicional que enriqueció el análisis del trabajo doméstico remunerado en Recife. El instrumento utilizado en la propuesta de esta técnica fue el diario de campo.

Cabe decir que el proceso de las entrevistas se realizó durante el trabajo de campo, el cual tuvo lugar entre los meses de agosto de 2024 y enero de 2025. En total, se entrevistó a dieciséis mujeres; de cada una de las entrevistas se obtuvo una grabación de voz que fue registrada en un dispositivo electrónico, además de notas con mis impresiones sobre el contacto inicial, la entrevista y las conversaciones posteriores.

Para procesar la información de las entrevistas, se tuvieron que realizar tareas tanto de transcripción como de traducción. Estas tareas se fueron realizando en paralelo al trabajo de campo y en los meses posteriores.

El procesamiento de la información implicó la identificación de los tópicos en las entrevistas. El análisis se basa en una codificación temática, combinando categorías predefinidas, establecidas con los tópicos de las entrevistas y de los temas emergentes, los cuales surgen a partir de las narrativas; las entrevistas quedaron transcritas en portugués y en español. Para el procesamiento de la información utilicé el software Atlas.ti.

1.5.5 Reflexión crítica

Para garantizar el respeto y la protección de los derechos de las participantes, se tomaron consideraciones éticas como el consentimiento informado. Ellas compartieron aspectos personales y sensibles de sus vidas laborales y familiares. Se les explicó el propósito de la investigación, cómo se manejaría la información y cuáles serían los temas abordados durante la entrevista.

Para proteger la identidad de las participantes, se manejó un anonimato en todo momento. Los nombres fueron reemplazados por seudónimos en las transcripciones; con ello se garantiza la confidencialidad y privacidad de la información recolectada.

A lo largo del proceso también traté de comprometerme a minimizar riesgos emocionales o psicológicos, especialmente aquellos que surgen de vivencias de discriminación, maltrato o abandono. Aunque este es un aspecto complejo que no siempre se logró mantener, pues algunas de las entrevistas las llevaron a

manifestar emociones de dolor y tristeza. Cuando fue necesario, consideramos detener la entrevista y preguntar si era prudente seguir.

El enfoque feminista de esta investigación buscó no solo comprender las experiencias de las participantes sino su sentido de agencia. Durante las entrevistas y en la interacción intenté crear un espacio de respeto para que ellas se sintieran seguras de compartir sus vivencias.

Además del elemento ético, sobresalen las limitantes de la investigación, especialmente las relacionadas con el idioma y el territorio. En primer lugar, gracias al dominio avanzado del idioma portugués, logré hacer las entrevistas directamente, comunicarme con las mujeres para explicar de qué se trataba la investigación y conversar fluidamente; también me permitió interactuar con otras personas de la ciudad para entender elementos del estilo de vida.

Aunque es preciso señalar, el portugués es una segunda lengua, por lo cual me enfrenté con barreras idiomáticas, principalmente los regionalismos y el lenguaje técnico relacionado con el mundo laboral. Igualmente, al no haber estado anteriormente en Recife, las referencias a barrios, municipios o puntos de referencia dentro de la ciudad añadieron cierta dificultad para entender dinámicas propias de los lugares en donde ellas viven o trabajan.

Por otro lado, en términos de lenguaje, la mayor dificultad estuvo en la traducción de las entrevistas; intentar traducir en apego al tono literal limita la comprensión del sentido del discurso en español, pues la forma de hablar y las expresiones específicas del portugués brasileño y pernambucano no se pueden traducir literalmente. Esta decisión me llevó a asumir la responsabilidad sobre los desplazamientos de sentido que surgen como efecto de la traducción, reconociendo la interpretación como un elemento necesario que transforma, de algún modo, la palabra expresada. Al final se dio prioridad a la carga política y al trasfondo cultural sobre la literalidad.

1.6 Reflexiones del capítulo

En este apartado se ofrece una síntesis de los aspectos centrales del capítulo conceptual-metodológico. Se abordaron elementos que constituyen las bases de investigación, desde un posicionamiento epistémico y teórico hasta aspectos del trabajo de campo que constituyeron una inmersión en la cotidianidad de las trabajadoras mujeres racializadas de Recife.

Primeramente, se presentó una discusión teórica sobre el concepto de trabajo doméstico. En ella se muestra el trabajo reproductivo y el lugar que ocupa frente al sistema económico, imperando la desvalorización de la esfera reproductiva frente a la productiva. Esto ocurre porque hay una jerarquización donde aquello que representa lo natural-reproductivo es inferior frente a lo humano-productivo. La jerarquización afecta directamente el valor monetario y simbólico que se le asigna; además, esta jerarquía no es casual, tiene un vínculo directo con el sistema económico que se sostiene gracias a la explotación invisible de la esfera reproductiva.

Aunque la división de género y jerarquización entre ambos trabajos es ampliamente discutida por el feminismo, es central reconocer que la conceptualización jerárquica está instaurada en el imaginario social. A pesar de los debates académicos y políticos, tiene el peso simbólico suficiente para determinar prácticas que refuerzan una división del trabajo en el hogar en función del género.

La práctica del trabajo doméstico por remuneración entra en dicha lógica; además, se suma el elemento racial. Elementos que configuran un valor menor tanto a la labor como a quien la realiza. De hecho, a pesar de estar formalizada por la ley, la lógica simbólica tradicional entra en conflicto con el reconocimiento pleno. En el caso de Brasil, se suma la influencia esclavista que, además de lo peyorativo de la reproducción, lo impregnó del sentido negativo relacionado con el trabajo esclavizado, configurándolo como una ocupación de baja categoría social para cualquier persona que lo realice.

La transición hacia un empleo formal valida que el trabajo de reproducción y cuidado de la vida sea mercantilizado, pero también que haya un pago justo que pueda brindar seguridad social a quienes lo realizan. Sin embargo, la transición no es lineal, sino que está afectada por elementos contextuales; entre las marcadas diferencias regionales y los cambios en las condiciones en las cuales se practica, se desdibuja su posición como trabajo. Se trata de un empleo formal con derechos y reconocido socialmente, pero estigmatizado; también es informal, inestable y afectado por las relaciones familiares.

En conclusión, el enfoque de esta investigación no solo mira el valor del trabajo doméstico remunerado en términos de salario, sino como ocupación que sostiene al sistema económico y que participa de las jerarquías en el mundo laboral.

Además, este capítulo trata aspectos de la interseccionalidad y el pensamiento decolonial. Particularmente, se sostiene que el cúmulo de opresiones sobre las

mujeres afecta directamente la experiencia vivida, señalando las diferencias en las experiencias de opresión entre mujeres más allá del género. El racismo es una, pero no es la única. Se optó por el concepto de mujeres racializadas, porque da cuenta de la conjugación de jerarquías contextuales para definir la exclusión del modelo hegemónico de mujer.

El término es amplio, por lo cual es posible su uso para este caso de estudio y para otros más. De este modo, no se busca homogeneizar las experiencias, sino tener un concepto de referencia que explica que las mujeres están atravesadas por jerarquías, entre ellas las raciales, económicas, territoriales y más. Esto es, se aplica la categoría mujeres racializadas a las trabajadoras domésticas porque dentro de las jerarquías –específicas del contexto donde viven– ellas ocupan lugares inferiores. Además, la propia condición de trabajadora doméstica se articula con el resto de las opresiones.

Por otro lado, el concepto da cuenta de las diferencias regionales en el proceso de autoidentificación racial. Mientras en ciertos espacios y lugares de Brasil es común escuchar que las personas se asumen como personas negras, en el caso de Recife, y particularmente entre las mujeres de la investigación, la autoidentificación con ese término es menos extensa; prevalece el uso de otras palabras como mujeres morenas, pardas o pretas. De hecho, entre ellas, el término negra/negro tiene mayor carga negativa que positiva.

En dicho contexto, estudiar las experiencias de vida de mujeres racializadas es un acto de justicia epistémica. Dicho argumento condujo a proponer un estudio centrado en las relaciones familiares de las trabajadoras; sin embargo, no en su dimensión con las familias empleadoras, sino en las relaciones con su propia familia. Mientras las funciones de esta ocupación están centradas en el cuidado de quienes las emplean, es menos evidente la contraparte, la de los vínculos entre la trabajadora con los suyos, quienes aparecen desdibujados en el estudio de este fenómeno.

Así, se propuso la categoría de dinámicas y trayectorias familiares. En ella se engloban los vínculos familiares cotidianos, así como la dimensión donde aparecen los cambios generacionales. La categoría vincula al contexto social y político con su impacto en la vida cotidiana. Este enfoque se teorizó a partir de una propuesta de la sociología conocida como el curso de vida. En este análisis se toman elementos contextuales en diferentes niveles (macroestructurales, comunitarios e individuales) para analizar el rumbo del curso de vida de las personas.

Un elemento central de esta propuesta es que, además de considerar como determinantes al tiempo y al espacio, la posición social de los individuos también es un factor de definición de su rumbo de vida. Esta ubicación social está definida tanto por lo económico, en términos de clases sociales, como por el género, la religión, las capacidades o discapacidades del cuerpo, el estado de salud, la etnia o la raza.

Este marco se adecúa a la propuesta de esta investigación justamente por el enfoque en mujeres racializadas, donde la ubicación social de las trabajadoras – en tanto mujeres racializadas– está claramente delimitada. Esto permite marcar la interconexión entre factores macroestructurales que las determinan y las divergencias en sus cursos de vida, los cuales surgen de la agencia, las decisiones individuales y colectivas.

Aunque la propuesta inicial del curso de vida es de Glen Elder, para esta investigación se tomaron elementos de la actualización realizada por Fasang y otros (2024), quienes incorporaron la ubicación social en su análisis para explicar que los rumbos de vida no son solamente dependientes del tiempo y espacio, sino que las diferencias sociales tienen el mismo peso en la delimitación de los cursos.

Finalmente, respecto al diseño metodológico, en este capítulo se explicaron las decisiones metodológicas que llevaron a proponer un trabajo de campo en Recife. En primer lugar, se establece la importancia de un estudio cualitativo centrado en las narrativas individuales, lo cual propicia el acercamiento directo con las mujeres y posibilita el acercamiento con la subjetividad que surge de las experiencias de vida.

De tal manera que el trabajo de campo realizado en Recife fue crucial para cumplir los objetivos de la investigación. Como resultado de dicho trabajo de campo se obtuvieron 16 entrevistas a mujeres entre los 18 y los 58 años, algunas con amplias experiencias y otras con un poco menos, pero todas en la metrópoli de Recife. Además, se buscó el contacto con organizaciones como sindicatos y grupos de trabajadoras. El trabajo de campo se complementó con la inmersión cultural que, además de abonar a la comprensión del fenómeno, era necesaria para comprender los regionalismos y las características propias de la cultura y la idiosincrasia del lugar, cuestiones a las que hacían referencia en las entrevistas. La inmersión cultural fue particularmente valiosa dada la distancia cultural entre las trabajadoras y quien realiza la investigación.

La brújula de este diseño metodológico fue garantizar la horizontalidad para que la investigación fuese un diálogo y un proceso de mutua retribución, no un ejercicio más de extractivismo epistémico. En tal sentido, esta investigación priorizó la comprensión de las mujeres participantes como colaboradoras de la investigación y sujetas políticas, no como objetos de estudio a ser analizados desde una mirada jerárquica que busca interpretar sus experiencias desde la superioridad académica. Una práctica arraigada en la modernidad, ahora fuertemente cuestionada por posturas decoloniales.

2 CAPÍTULO SEGUNDO

CONTEXTO DE LA ZONA METROPOLITANA DE RECIFE

2.1 Introducción

Este capítulo aborda la cuestión contextual del fenómeno de estudio en Recife. Para ello se ha trazado un panorama del trabajo y de las características de la geografía social de la metrópoli. La territorialidad configura esta ocupación a partir de un sistema de presiones y limitaciones históricas, geográficas e institucionales. En otras palabras, aspectos como la historia, la economía, la política o la cultura de la metrópoli son analizados en función del trabajo doméstico remunerado y de las vidas de las mujeres racializadas que lo realizan.

Para lograr dicho objetivo, el capítulo tiene dos apartados: el primero presenta a Recife como un territorio de contrastes y desigualdades, entre la segregación espacial, la disparidad en la infraestructura, las dificultades en la movilidad, así como la formación histórica de desigualdades. El segundo es sobre el trabajo doméstico remunerado en este territorio; en relación con lo económico, los derechos como grupo de trabajadoras y los factores culturales que lo rodean.

Para comenzar, conviene precisar dos elementos; uno es la cartera de trabajo: este es un documento legal individual. En él, los empleadores, sean empresas, personas físicas o instituciones del Estado, colocan una firma que avala la relación laboral formalizada. En la cotidianidad, la cartera firmada significa la formalización del empleo bajo condiciones establecidas por ley. Por el contrario, cuando alguien dice no tener la cartera firmada, hace referencia a un trabajo informal sin derechos laborales. Ambos escenarios ocurren en el contexto de esta investigación.

Segundo, esta tesis es sobre Recife, cuya región metropolitana está conformada por quince municipios. El principal municipio, del mismo nombre, es la capital del Estado de Pernambuco, uno de los nueve estados que componen la región Nordeste de Brasil. El Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) reconoce 5 regiones en Brasil: el Sur, el Sudeste, la región Centro, el Norte y el Nordeste. La división del país en regiones está vigente desde los años 70 y funciona para la organización de índices económicos, políticas públicas y aspectos culturales. De hecho, las palabras nordestino y nordestina hacen referencia a la gente proveniente de esta región; sin embargo, también se han usado de forma peyorativa contra ellos.

Este capítulo aborda la cuestión contextual del fenómeno de estudio en Recife. Para ello se ha trazado un panorama del trabajo y de las características de la geografía social de la metrópoli. La territorialidad configura esta ocupación a partir de un sistema de presiones y limitaciones históricas, geográficas e

institucionales. En otras palabras, aspectos como la historia, la economía, la política o la cultura de la metrópoli son analizados en función del trabajo doméstico remunerado y de las vidas de las mujeres racializadas que lo realizan.

Para lograr dicho objetivo, el capítulo tiene dos apartados: el primero presenta a Recife como un territorio de contrastes y desigualdades, entre la segregación espacial, la disparidad en la infraestructura, las dificultades en la movilidad, así como la formación histórica de desigualdades. El segundo es sobre el trabajo doméstico remunerado en este territorio; en relación con lo económico, los derechos como grupo de trabajadoras y los factores culturales que lo rodean.

Para comenzar, conviene precisar dos elementos; uno es la cartera de trabajo: este es un documento legal individual. En él, los empleadores, sean empresas, personas físicas o instituciones del Estado, colocan una firma que avala la relación laboral formalizada. En la cotidianidad, la cartera firmada significa la formalización del empleo bajo condiciones establecidas por ley. Por el contrario, cuando alguien dice no tener la cartera firmada, hace referencia a un trabajo informal sin derechos laborales. Ambos escenarios ocurren en el contexto de esta investigación.

Segundo, esta tesis es sobre Recife, cuya región metropolitana está conformada por quince municipios. El principal municipio, del mismo nombre, es la capital del Estado de Pernambuco, uno de los nueve estados que componen la región Nordeste de Brasil. El Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) reconoce 5 regiones en Brasil: el Sur, el Sudeste, la región Centro, el Norte y el Nordeste. La división del país en regiones está vigente desde los años 70 y funciona para la organización de índices económicos, políticas públicas y aspectos culturales. De hecho, las palabras nordestino y nordestina hacen referencia a la gente proveniente de esta región; sin embargo, también se han usado de forma peyorativa contra ellos.

2.2 Recife, entre la desigualdad y el legado de trabajo doméstico remunerado

Los quince municipios que conforman la región metropolitana de Recife son Abreu e Lima, Araçoiaba, Cabo de Santo Agostinho, Camaragibe, Goiana, Igarassu, Ilha de Itamaracá, Ipojuca, Itapissuma, Jaboatão dos Guararapes, Moreno, Olinda, Paulista, Recife y São Lourenço da Mata (Ver Mapas en Anexos). La suma de espacio o territorio que corresponde a los 15 municipios llega a ser de 3,200 km², lo cual hace de esta una de las cinco metrópolis más extensas de todo Brasil y la

mayor en la región Nordeste (Cavalcanti-Bezerra y Cavalcanti-Bezerra, 2015). En cuanto a su población, sumando esos 15 municipios, se estimaba en 3,726,442, según datos del IBGE correspondientes al censo de población de 2022 (IBGE, 2023a).

El entorno geográfico de la metrópoli lo definen, por un lado, los factores naturales como el clima tropical, su proximidad con la costa, además de los ríos y canales; por el lado humano, las construcciones como los puentes que se encuentran por toda la ciudad, los antiguos edificios en el centro histórico, las torres y elevadas construcciones en las zonas residenciales de barrios céntricos y los asentamientos informales e irregulares que suelen conformar la periferia.

El clima es húmedo todo el año. La temperatura es relativamente estable; las mínimas son registradas durante el invierno, cuando baja a 20 °C, y las máximas durante el verano, alcanzando los 30 °C en diciembre.

Aunque el clima parezca un factor secundario, influye en las relaciones de trabajo. La combinación del esfuerzo físico y el calor característico de la región provocan un mayor desgaste en las trabajadoras. Esto pone en disputa el derecho al aseo personal en el trabajo. Las trabajadoras esperan acceder a una ducha al final de la jornada; una práctica común en ciudades cálidas de Brasil. Sin embargo, cuando los empleadores niegan este derecho, se convierte en una forma de opresión.

La metrópoli se localiza en la costa atlántica. A su vez, está atravesada por cuatro ríos, el Beberibe, el Capibaribe, el Jordão y el Tejipío, los cuales se suman a los más de 70 canales que se encuentran por toda la ciudad (Turmena y otros, 2022). El mar es de aguas tranquilas porque está protegido de la corriente por los arrecifes, formaciones geológicas que dieron el nombre a la ciudad. Estas características hidrográficas hacen que Recife haya sido nombrada como Cidade das águas (Cavalcanti-Bezerra y Cavalcanti-Bezerra, 2015).

2.2.1 Segregación socioespacial

La segregación socioespacial es un fenómeno que ocurre principalmente en ciudades. Se manifiesta cuando los barrios se convierten en indicadores del nivel económico de sus pobladores, lo que deviene en la separación y aislamiento de las relaciones sociales y económicas entre sus habitantes, generalmente en detrimento de la población más vulnerable. Además de la pobreza, la segregación socioespacial da cuenta de la falta de servicios, infraestructura, entre otros.

Sumado a ello, en lugares como Brasil, el fenómeno también es racial; normalmente, los barrios donde habitan las personas de mayores ingresos son de gente blanca, mientras los más aislados y desfavorecidos son habitados por personas racializadas.

Siguiendo a De Oliveira y Neto (2015), el patrón de segregación en Recife se puede explicar comparando la forma en la que viven tres diferentes grupos sociales de acuerdo con su ingreso. El primero con mayores ingresos (más de 10 salarios mínimos); otro de bajos ingresos (de entre medio salario mínimo y dos salarios mínimos); y el de mayor vulnerabilidad (menos de medio salario mínimo). El grupo de mayor ingreso vive en enclaves fortificados, construcciones horizontales protegidas y localizadas en barrios con infraestructura adecuada; tiene amenidades como playas, el río Camaragibe, parques y cercanía con el centro. El grupo de bajos ingresos es el de mayor aislamiento de los tres, por estar localizado en las periferias y contar con infraestructura deficiente. Finalmente, el grupo más vulnerable, curiosamente, suele ubicarse más cerca del centro y próximo a lugares donde habitan las personas con mayor ingreso. Este dato muestra más la segregación, pues, a pesar de la proximidad, la brecha y el contraste se hacen más evidentes. Siguiendo este patrón, los autores señalan que en Recife no hay segregación, sino macrosegregación.

La extensión territorial es clave para analizar los desafíos y contradicciones de las desigualdades del territorio. Visualmente, hay contrastes entre unos barrios y otros. Algunos elementos que hacen la diferencia entre un barrio y otro son la distribución de las viviendas, el tamaño de las avenidas, la amplitud de las banquetas, la presencia o no de espacios de recreación como parques y plazas públicas, las opciones de transporte público, entre otros. Su arquitectura es muy variada: edificios coloniales, construcciones modernas en los barrios centrales. En los barrios periféricos, la vegetación y el concreto luchan por espacio. Algunos barrios de la periferia conservan un aire rural, incluso la presencia de animales de granja como puercos, gallinas y caballos.

Un ejemplo de los contrastes urbanos y rurales es el barrio Pau Amarelo, localizado en el municipio de Paulista (ver fotos en anexos). Al visitarlo, se observa que la calle principal por donde pasa el autobús está pavimentada, no así las calles secundarias y aledañas; en ellas prevalecen casas de construcciones irregulares y lotes baldíos, siendo de terracería y pasto; también hay basura amontonada en la calle. Además de la presencia de animales de granja, como caballos que se alimentan de la basura y puercos que toman agua de los charcos.

Recife es el centro administrativo del Estado de Pernambuco y de la metrópoli. A su vez, alberga una amplia área comercial, hospitales de especialidades, universidades, centros culturales, museos, bibliotecas y otros servicios. Debido a esta centralidad, se intensifican las relaciones centro-periferia: aunque los barrios de las afueras ofrecen un costo de vivienda menor, obligan a depender de desplazamientos diarios, no solo por trabajo, sino también para acceder a salud, comercio y educación.

Por su parte, los ingresos económicos están relacionados con mayor escolaridad y calidad de vida. Los habitantes de barrios centrales como: Boa Viagem, Graças, Casa Amarela, Tamarineira, Encruzilhada, Derby y Boa Vista son los que presentan los mejores índices en dichos rubros; coincidentemente, son barrios de fácil acceso desde otras partes de la ciudad (De Arquino y Dos Santos, 2019).

Por lo tanto, los contrastes son síntomas de cómo la metrópoli marca su propia lógica de segregación. De este modo, el territorio posibilita la desigualdad; las personas que habitan en las periferias dependen del servicio de transporte público para resolver problemas de primera necesidad como la salud o la educación. En otras palabras, elementos básicos del bienestar humano están condicionados a un servicio de transporte y a su capacidad de pago. Esto deviene en un ciclo de vulnerabilidad para los habitantes de las periferias, para quienes es difícil romper con él porque no tienen los recursos ni la infraestructura para salir de ello. En última instancia, ocurre una fragmentación de la ciudad como si dentro del mismo espacio se organizaran diferentes ciudades con sus propias lógicas y sus fronteras que impiden el acceso entre unas y otras.

2.2.2 Infraestructura y movilidad

Como se ha dicho, la segregación socioespacial está asociada con la falta de servicios en las periferias, obligando a la movilidad hacia las zonas centrales diariamente. Por lo tanto, los tiempos, los costos, las rutas y otros aspectos del transporte público son esenciales. En este apartado se describe la infraestructura y el servicio de transporte en Recife.

El municipio de Recife registró 800,000 automóviles en 2025 (G1 PE, 2025). Esta cifra refleja que muchas personas se trasladan en vehículos particulares. Sin embargo, la adquisición de un transporte privado no es accesible para la mayor

parte de los trabajadores, especialmente aquellos con ingresos menores a los dos salarios mínimos, lo cual se convierte en un privilegio de clase.

Por su parte, el transporte público, aunque diverso, presenta limitaciones. La red está fragmentada; incluye autobuses, Metrobús y metro, pero no todos están disponibles en todos los barrios: el metro cubre ciertas zonas de la ciudad, el Metrobús otras, y la red de autobuses, siendo la más extensa, es la que llega a casi todas partes. Hay beneficios como transporte gratuito para estudiantes y adultos mayores; además, trabajadores formales pagan un valor menor.

En los barrios centrales –los ya mencionados Boa Viagem, Boa Vista o el centro histórico– cuentan con múltiples opciones de transporte. No obstante, al alejarse de estas zonas céntricas, las opciones se reducen considerablemente.

A pesar de esta desigualdad, los horarios del transporte público son amplios. Los servicios operan desde las cinco de la mañana hasta la medianoche. Sin embargo, el mayor problema es el tiempo de traslado, efecto de la fragmentación que obliga a usar múltiples medios para llegar a los lugares. Incluso distancias cortas pueden requerir mayor tiempo de traslado si no hay un medio directo para recorrerlas.

Además, hay terminales de integración, puntos estratégicos donde los autobuses se conectan entre sí y donde los usuarios pueden transbordar sin pagar nuevamente, siempre que el tiempo entre viajes no exceda las dos horas. Estas terminales no solo funcionan como nodos de conexión en la ciudad, sino también como espacios donde las personas pueden comprar comida, usar los baños o recargar sus tarjetas de transporte. Aunque estas terminales facilitan la conectividad entre las distintas líneas de autobuses y, en algunos casos, el metro, tienen un problema: los usuarios deben ampliar su tiempo de recorrido porque deben ir a una terminal de integración para evitar el doble cobro del pasaje.

El costo del transporte es de 4.1 reales (aproximadamente 14 pesos mexicanos al 2024), y el pago de este servicio se realiza con tarjetas de transporte o efectivo. La población también usa servicios de transporte privado, especialmente a través de aplicaciones como Uber y 99 Taxi. Este tipo de servicios puede ser tanto en auto como en motocicleta; la diferencia de precios es significativa; la moto es más barata, compitiendo con el valor del transporte público en distancias cortas.

Durante el trabajo de campo, fue evidente la frecuencia con la que se utilizan las aplicaciones de transporte privado, no solo por parte de las clases medias, sino también por sectores de clases más bajas. Este fenómeno es relevante no solo por

sus implicaciones en el tránsito de la ciudad, sino también por ser la motocicleta la forma más barata, la cual conlleva mayor riesgo de accidentes de tránsito. Algunas de las trabajadoras domésticas, aunque no exclusivamente ellas, optan por este medio debido a su menor costo, asumiendo los peligros que implica su uso.

En resumen, aunque Recife cuenta con una infraestructura de transporte público amplia, su fragmentación genera que en las zonas periféricas la movilidad presente un desafío constante. La distribución desigual de las opciones de transporte, la reducción de la conectividad en las áreas periféricas o la necesidad de gastar más tiempo para los desplazamientos impactan las rutinas de movilidad de los habitantes de la metrópoli. Principalmente, entre la clase trabajadora precarizada, quienes generalmente no cuentan con un transporte privado.

A ello se suma el gasto mensual, tomando en consideración que el salario mínimo en 2024 era de 1,400 y que el costo era de 4 reales; el gasto total mensual representa el 12 por ciento del sueldo de una persona que gana el salario mínimo, solamente para el transporte entre su casa y su trabajo, sin sumar otros viajes que pueda hacer por otros motivos.

Los servicios básicos de salud son gratuitos a nivel nacional y se brindan a través del Sistema Único de Salud (SUS), una red pública diseñada para ofrecer atención médica en todos los niveles, desde la prevención hasta el tratamiento especializado. Recife, al ser una capital, cuenta con una amplia cobertura de estos servicios.

Sin embargo, las trabajadoras provenientes de poblaciones distantes —algunas de ellas zonas rurales— perciben el contraste en la calidad y disponibilidad de los servicios de salud de sus localidades frente a los de Recife. A su vez, es frecuente encontrar que los sectores de mayores ingresos recurren a la atención médica privada, generalmente debido a una atención más eficaz y personalizada. Esto consolida una doble desigualdad en el acceso a la salud: espacial y de clase. El impacto demográfico más evidente de estas asimetrías es que la población de Pernambuco tiene una esperanza de vida de 75.5 años, una cifra inferior a la media nacional de 76.5 (IBGE, 2023b).

Finalmente, Turmena y otros (2022) señalan que las comunidades más pobres y los asentamientos informales son los más afectados por los impactos del cambio climático, como inundaciones, deslizamientos de tierra y olas de calor. Dichas comunidades suelen estar ubicadas en áreas ambientalmente frágiles, como laderas de colinas, riberas de ríos o zonas propensas a inundaciones, debido a la

falta de acceso a viviendas adecuadas y seguras. Esto se suma a la falta de infraestructura básica, como agua potable, saneamiento y recolección de residuos. El 85 por ciento de la población tiene acceso a agua corriente, pero en las comunidades vulnerables, este acceso es irregular.

2.2.3 Contexto histórico

El origen de la ciudad se remonta al 12 de marzo de 1537, cuando fue fundada por los portugueses. En el siglo XVII, los holandeses invadieron varias regiones del Nordeste de Brasil, incluyendo Recife, lo que influyó notablemente en la arquitectura y el desarrollo urbano de la ciudad. Bajo el dominio holandés, Recife ganó importancia política y económica frente al resto de los asentamientos del litoral norte.

Según Virginia Pontual (2001), en el periodo colonial la ciudad se consolidó gracias a su localización estratégica para el comercio con Europa y África. Su ubicación geográfica permitió que Recife se convirtiera en un eje central para el comercio de azúcar y el tráfico negrero, lo que contribuyó a su crecimiento durante esa época.

Posteriormente, la pauta para el crecimiento urbano fue marcada por las migraciones del campo a la ciudad, fenómeno que comenzó en el siglo XIX. Este fenómeno impulsó el crecimiento de la ciudad, yendo del centro hacia los barrios periféricos, consolidando relaciones comerciales, religiosas y administrativas en función de esa centralidad (Cavalcanti-Bezerra y Cavalcanti-Bezerra, 2015).

Varios factores contribuyeron al aumento de la población a lo largo del siglo XIX, especialmente en los barrios centrales. Uno de ellos fue la emigración rural. Las crisis económicas que afectaron a la producción de azúcar y algodón empujaron a mucha gente de las zonas rurales hacia la capital, especialmente de la zona de La Mata. La sequía de la década de 1840 llevó a los habitantes de las áreas rurales a migrar a Recife en busca de agua y comida. Por otro lado, la quiebra de los agricultores, los asesinatos, las reparticiones de tierras mal hechas, las tensiones en los ingenios y toda forma de violencia política que se apoderaba del interior lanzaban a más gente a los caminos hacia la ciudad, especialmente después de 1850 (Costa, 2013).

Según María de Fátima Albuquerque (1993), la industrialización en Pernambuco a partir de 1940 generó migraciones rurales hacia Recife, lo que influyó en la formación y evolución de su entorno urbano. Mientras los barrios céntricos se

modernizaron y albergaron a las élites económicas y políticas, las periferias se convirtieron en zonas de vulnerabilidad, carentes de servicios básicos e infraestructura adecuada. El contraste entre un centro urbanizado y una periferia marginalizada refleja las desigualdades sociales y económicas que persisten en la actualidad.

2.2.4 La economía

Históricamente, la economía de Pernambuco estuvo centrada en la agroexportación. Del siglo XVI al XIX hubo producción de caña de azúcar y luego algodón. Esta actividad económica era rentable por el alto valor de estos productos en el mercado mundial y porque descansaba en la mano de obra esclavizada. En su momento, hizo que Pernambuco ganara liderazgo económico dentro de la colonia portuguesa. Pero dicha situación cambió radicalmente entre los siglos XIX y XX. Entre crisis relacionadas con el declive de la agroexportación, insurrecciones internas y la expansión de otras economías dentro del propio Brasil, la economía de Pernambuco decayó fuertemente.

A partir de los años ochenta del siglo pasado, la política económica nacional buscó la diversificación. Actualmente, el sector terciario, que incluye a los servicios, la administración pública y el comercio, representa más de la mitad del producto interno bruto, seguido de la construcción civil, la industria de transformación y el sector agropecuario. Cabe destacar que, si bien todo el estado de Pernambuco es más amplio que Recife, esta región metropolitana genera la mayor parte del PBI del Estado con 75% (Prefeitura de Recife, s. f.).

La dinámica económica del Estado está marcada, principalmente, por la desigualdad. Las élites manejan las industrias beneficiándose de la diversificación y el poder regional; por el otro, una clase trabajadora desprotegida ha tenido que sobrevivir en medio de las crisis y se ha tenido que adaptar a los trabajos que la dinámica de desigualdad les ofrece. De hecho, el trabajo informal es sin duda uno de los mayores síntomas de esa desigualdad. Las cifras más recientes del IBGE muestran que aproximadamente la mitad de la población ocupada en el estado (alrededor del 50%) se encuentra en la informalidad. Además, la persistente alta tasa de desocupación, que se mantiene entre las más altas del país (10-11%) (Diario de Pernambuco, 2024), empuja a la población a buscar la subsistencia a través del trabajo no regulado. Por ejemplo, el comercio ambulante prolifera tanto en zonas comerciales como en avenidas y terminales de transporte; es decir, en puntos estratégicos de alta concentración peatonal.

La asimetría económica se manifiesta en que, a pesar del crecimiento económico, más del 50% de la población depende del trabajo informal, cifra que es mayor a la de la media nacional (39%). A su vez, en 2021, Recife fue considerada la capital con mayor desigualdad económica, basada en el índice de Gini, que para aquel año fue de 0.556. Desde esa fecha se ha ido registrando un menor índice de desigualdad.

El informe elaborado por el Serviço Brasileiro de Apoio às Micro e Pequenas Empresas (SEBRAE) indica que, en 2022, el sector que más empleos generó en Pernambuco fue el comercio, seguido de los servicios, la industria y, al final, con una participación mucho menor, se encuentra la agricultura. El área de servicios incluye la categoría servicio doméstico. Esta distribución refleja la estructura económica de Pernambuco, donde el comercio y los servicios predominan como los principales generadores de empleo, un fenómeno probablemente asociado al crecimiento urbano y la expansión de actividades terciarias en la capital. Por otro lado, la menor participación de la agricultura sugiere un proceso de urbanización y la transición hacia una economía industrializada y terciaria. La agricultura es relevante solamente en las zonas rurales del estado.

El salario promedio mensual en todos los sectores es de 2,200 reales (aproximadamente 7,833 pesos mexicanos); en 2022, el número total de trabajadores era de 1.8 millones. Los datos corresponden solamente al empleo formal, es decir, aquellos que ofrecen contratos y cartera firmada; el servicio doméstico es poco representativo dentro de ese grupo. Según el mismo informe, en todo el estado de Pernambuco, durante el año 2022, solamente se crearon veinte nuevos empleos en el área de servicios domésticos, sumando un total de 770 personas en dicha categoría (SEBRAE, 2022). En esos 1.8 millones de trabajadores no están los que trabajan en la informalidad, sin registro ni contrato.

Destacan tres transformaciones recientes en la economía: se ha generado mayor dependencia de los apoyos federales –debido al crecimiento del sector terciario–, vulnerabilidad frente a las crisis y susceptibilidad a los cambios tecnológicos. Además, la persistencia de las desigualdades entre pobladores impacta en el mercado de trabajo, el cual no es diversificado; prácticamente la mitad de la oferta de empleo es trabajo informal.

Lo dicho incide directamente en la vida de las trabajadoras por las limitadas oportunidades laborales. Esto es, el propio mercado limita el acceso a trabajos de mayor remuneración y estabilidad. El trabajo informal no solamente afecta por ser menos estable, sino que, en general, es peor pagado, reduciendo la calidad de

vida y el poder de consumo. Además, ellas tienen mayor dependencia de los programas de beneficencia social, principalmente federales.

2.2.5 Instituciones y políticas públicas

Además de la cuestión económica, la cuestión política afecta la vida de las mujeres racializadas, no solamente porque existe una política relacionada con el trabajo doméstico remunerado, sino en otros aspectos como lo educativo, la salud o la organización social.

Primeramente, el sindicato¹¹ de trabajadoras domésticas es un espacio de organización política y colectiva. La organización tiene una oficina en un barrio del centro de la ciudad, ofrece un horario de atención de ocho de la mañana a dos de la tarde los lunes, martes y jueves. Además, organiza reuniones mensuales el primer domingo de cada mes. En estas reuniones abordan aspectos de derechos, comparten experiencias y se unen como colectivo.

La existencia del sindicato es una señal del movimiento organizado que lucha por transformar las condiciones laborales, remarcando la necesidad de que sean dignas y se respeten los derechos laborales ya establecidos en la ley. Una de sus principales tareas es guiar a las trabajadoras cuando enfrentan situaciones en las que han recibido un trato injusto.

La labor diaria del sindicato reside en brindar asesoría y apoyo a los y las trabajadoras domésticas. Es decir, el foco de incidencia para el sindicato son las propias trabajadoras, a quienes se les brinda información para abordar los conflictos laborales. Cuando ellas asisten, les explica cómo funciona la ley y lo que pueden exigir o no. En este proceso sobresale la desvalorización con la que muchas de ellas ven esta ocupación. Según las actuales dirigentes, la propia trabajadora no sabe o no demuestra su valor como trabajadora; ella niega o no

¹¹La lucha por el reconocimiento del trabajo doméstico remunerado tiene una trayectoria independiente, principalmente asociada a los derechos laborales, que han llevado a la discusión pública la desvalorización social y económica de este tipo de trabajo incluso antes de que se hablara del cuidado. En Bolivia, por ejemplo, el primer movimiento de gran escala fue en la década de 1930 con la llamada Unión de Culinarias (Castaño, 2018); en el caso de Brasil, fue en 1936, bajo el liderazgo de Laudelina de Campos Melo, quien fundó la primera asociación de empleados domésticos (Bernardino-Costa, 2007). Estos casos permiten ilustrar que el trabajo doméstico remunerado tiene larga trayectoria que se condensa hoy en los sindicatos. En esa lucha están incluidas las tareas del cuidado de personas (niños y ancianos principalmente).

busca los derechos laborales y le cuesta exigir mejores condiciones a los empleadores para actuar con total apego a la ley.

El sindicato está vinculado a una red nacional de sindicatos a nivel nacional, llamada Federación Nacional de las Trabajadoras Domésticas [Fenatrad]. Esta red participa de actividades nacionales como la prevención de delitos relacionados con el trabajo doméstico remunerado y la divulgación de información sobre el trato justo y las leyes.

También está vinculada al movimiento social para promover acciones legislativas hacia los ajustes de la ley. De hecho, actualmente se discuten las tensiones entre la práctica y las leyes, pues en el modelo actual cada vez son más los y las trabajadoras excluidas que están actuando en el modelo diarista. Así, uno de los retos es la modificación legal que incluya el trabajo de las diaristas.

El sindicato enfrenta dificultades porque la informalidad y las jerarquías de poder entre trabajadoras y empleadores perpetúan la precariedad en este sector; de ello dan cuenta los casos donde los patrones no respetan la ley. A pesar de que existen los mecanismos de denuncia y fiscalización, muchas trabajadoras no denuncian por temor a perder el empleo o porque han generado vínculos de familiaridad o emocionales con los empleadores; por eso en el sindicato se reitera la relación laboral por encima de la relación de familiaridad.

2.3 Trabajo doméstico remunerado generalidades en Brasil y en Recife

Una vez explicadas las características generales de Recife como metrópoli, así como las dinámicas de movilidad y calidad de vida de sus habitantes, procedemos a describir el contexto en función al trabajo doméstico remunerado, particularmente como fenómeno social en este lugar. Cabe decir, Recife fue elegido lugar de estudio, pero buena parte de las pautas que delimitan su práctica se inscriben en lógicas que van más allá de dicha metrópoli, por ejemplo, la presencia del cuarto de servicio en los departamentos localizados en barrios de clases medias y altas, la ley sobre el trabajo que es nacional, la presencia de una trabajadora de tiempo completo como demarcador de clase, entre otros. Debido a ello comenzamos con elementos del contexto nacional para después hablar de las particularidades regionales.

En términos legales en Brasil, la categoría trabajo doméstico abarca tareas de diferente índole, desde cuidado de niños, cuidado de adultos mayores o

enfermos, cocinar, hacer limpieza, hacer jardinería, entre otros (Secretaría Nacional de Cuidados e Familia, 2023, p. 5). Una trabajadora o trabajador doméstico remunerado puede hacer una o varias de esas actividades, pero para que sea considerado como trabajo doméstico debe ocurrir en un domicilio particular. Esto separa al trabajo doméstico de empleos relacionados con el cuidado que ocurren fuera, como podría ser un hospital o una residencia para adultos mayores. Esta delimitación es dada por el marco legal y en función de ello se reconoce este trabajo como empleo formal con sus propias características.

2.3.1 El trabajo doméstico remunerado en números

En 2024 había 5.9 millones de personas realizando trabajo doméstico remunerado en Brasil (DIEESE, 2025), de ese grupo, 91.9% eran mujeres (DIEESE, 2025). Este dato confirma la feminización de este grupo de trabajadoras. Otro dato relevante es que 69% se consideran personas negras y 31% personas no negras (DIEESE, 2025), mostrando la diferencia racial del sector. Finalmente, 53.3% son trabajadoras por mes y 46.7% son trabajadoras por día (DIEESE, 2025). La heterogeneidad en la práctica del trabajo doméstico habla de una transformación que ha reducido el modelo de trabajadora por mes y ha aumentado la del trabajo por día.

Primero, en Brasil el trabajo doméstico remunerado es un empleo con derechos legalmente reconocidos, por lo cual los empleadores están obligados a formalizar la relación por medio de un contrato y firmando la cartera de trabajo. Los derechos que deben ser garantizados son: una jornada laboral máxima de 44 horas por semana, un salario mínimo mensual garantizado, 30 días de vacaciones pagadas al año, pago de horas extras (con un recargo del 50% sobre el valor de la hora normal), un intervalo para comer de entre 30 minutos y 2 horas, un pago adicional por trabajo nocturno (20% más que la hora normal), descanso remunerado en días festivos nacionales, estatales y municipales, aguinaldo, licencia de maternidad, un vale de transporte, estabilidad laboral durante el embarazo (protegiendo a las trabajadoras de ser despedidas en los primeros cinco meses después del parto), un fondo de garantía por tiempo de servicio (un ahorro que se recibe al final del contrato como parte de la indemnización), seguro de desempleo, salario familiar por cada hijo menor de 14 años, aviso previo en caso de despido o renuncia, y protección contra despidos arbitrarios sin justa causa.

Sin embargo, la gran mayoría de los y las trabajadoras trabaja de manera informal. Hasta ahora, el mayor porcentaje de formalización fue en 2018, cuando

alcanzó el 30%, sin embargo, después de la pandemia este número se redujo (Secretaría Nacional de Cuidados y Familia, 2023). En 2024 el porcentaje fue de 23.7% (DIEESE, 2025).

Por ley, quienes trabajan en este sector deben ganar al menos un salario mínimo al mes. Pero, el promedio de ingreso de una trabajadora doméstica remunerada en Brasil en 2023 era de 1,225 reales, 200 reales por debajo del salario mínimo. Cabe resaltar que esta cifra no expresa la diversidad de salarios e ingresos de las trabajadoras, apenas es reflejo de cómo en general es una ocupación mal remunerada. Las trabajadoras por mes suelen tener un ingreso fijo, pero no siempre reciben el mínimo. Las diaristas, por su parte, suelen no tener ingresos fijos porque les pueden cancelar, pueden no tener agendados todos los días. Las diaristas tienen los ingresos más cambiantes, aunque tuvieran toda la semana agendada, –cobrando al menos 150 reales diarios– podrían superar ampliamente el salario de quienes trabajan por mes, pero, no es un ingreso asegurado.

En la región Nordeste, más de la mitad de las trabajadoras domésticas son responsables del sustento de sus hogares, que están compuestos en promedio por 3.5 integrantes. Esto significa que aproximadamente 4 millones de personas en toda la región dependen de los ingresos generados por las trabajadoras. En otras palabras, el 7% de la población de la región vive del fruto del trabajo doméstico remunerado. La mayoría de las empleadas domésticas tiene más de 35 años. En Recife, al igual que en el resto de Brasil, la edad promedio de las trabajadoras domésticas ha aumentado, observándose una mayor presencia de mujeres mayores de 30 años en comparación con las más jóvenes (Myrrha y otros, 2020).

2.3.2 Trabajo doméstico remunerado en Recife

En Recife, el pago que recibe una diarista por día de trabajo en los barrios de clases altas oscila entre 150 y 200 reales (525-700 pesos mexicanos). A medida que el trabajo se realiza fuera de barrios centrales y se traslada a las periferias, el valor puede reducirse a 130 (455 pesos), 100 (350 pesos) o incluso 75 reales (262 pesos) en los barrios periféricos o ciudades menores. El tiempo de trabajo varía según el hogar, pero generalmente no es menor a ocho horas, ya que las trabajadoras suelen llegar entre las 6 o 7 de la mañana y salir entre las 4 o 5 de la tarde, con un tiempo de descanso para comer.

Sobre la duración de las jornadas laborales, suele definirse en función de que la persona duerma o no en el lugar de trabajo, si es una trabajadora por mes (con una única familia empleadora) o diarista, si trabaja solamente los fines de semana, entre otros. Las trabajadoras por mes pueden o no dormir en el lugar de trabajo; aquellas que no duermen en el trabajo suelen tener un horario definido de entrada y salida, aunque hay casos en los que se extiende. Por otro lado, las que duermen en el lugar de trabajo suelen percibir su jornada como algo constante, desde el momento en que llegan hasta que se van, ya que, aunque deberían tener un horario de descanso, en la práctica su disposición es mayor por dormir en el mismo espacio. Ya en el caso de las diaristas, la jornada de trabajo suele ser de ocho horas por día, comenzando entre 6 y 8 de la mañana y finalizando por la tarde.

La preferencia por ser diaristas suele estar en que es conveniente para empleadores y para trabajadoras; mientras quienes las emplean no necesitan hacer un pago mensual de mayor valor, las trabajadoras no dependen de una sola familia para trabajar y tienen mayor libertad para organizar su tiempo.

La libertad de salir del trabajo diariamente es altamente valorizada. Al preguntarle a una de las trabajadoras qué era lo que más le gustaba de su empleo, su respuesta fue contundente: "la hora de la salida" (Rafaela, 34 años, Araçoiaba). Las diaristas tienen mayor autonomía como trabajadoras, lo cual llega a reducir las actitudes de servidumbre y dependencia frente a un empleador único, además de que en ciertos casos el ingreso mensual sobrepasa el valor del salario mínimo que reciben las que trabajan por mes.

Durante el trabajo de campo, una de las trabajadoras mencionó que ganaba 3,000 reales al mes, el doble del salario mínimo. En contrapartida, enfrentan mayores niveles de inseguridad social y desgaste físico; prácticamente no se pueden permitir enfermarse, por lo que algunas deciden laborar incluso estando enfermas. Esto no se debe únicamente a una exigencia personal para asegurar sus ingresos, sino también a las altas expectativas de los empleadores, quienes reclaman cuando ellas faltan.

En el caso del trabajo por mes, el salario es fijo y la trabajadora debe tener derechos laborales asegurados porque es justamente el modelo reconocido por la ley. En ocasiones, la trabajadora duerme en la casa de los empleadores; puede ser de lunes a viernes o incluso durante los fines de semana. A las trabajadoras que laboran los fines de semana se les conoce como folguistas.

Dependiendo de las condiciones económicas, las familias empleadoras pueden contar con personal disponible las 24 horas del día, por lo que los turnos y horarios de trabajo se establecen en rotación con otra persona que desempeña la misma función en un horario distinto. Algunas trabajadoras relataron tener que salir más tarde porque la persona que las releva llega tarde. Además, en ocasiones deben coordinar sus vacaciones, días libres y otros permisos con esa otra persona y no con los empleadores.

En personas con un ingreso económico elevado, es común tener a muchas personas realizando funciones diferentes dentro de un mismo hogar. Por ejemplo, pueden contratar a una persona exclusiva como niñera, una faxineira para la limpieza profunda, otra para la organización diaria, entre otras tareas como planchar la ropa o cocinar.

Una familia empleaba a diez personas: cuatro hombres (un chofer, un mesero, un encargado de botes y yates y un guardia de seguridad), tres niñeras (una exclusiva para el fin de semana para el hijo mayor y dos que se turnaban durante la semana para cuidar a una bebé), una cocinera, una secretaria del hogar (quien se encargaba de limpiar constantemente la casa y organizar a las demás trabajadoras) y una faxineira para la limpieza semanal pesada.

Aunque esta situación se presenta en ciertos casos, no es la norma. En la mayoría de los hogares, los empleadores delegan en una sola persona la mayor cantidad de tareas posibles. Para ilustrar cómo es este tipo de trabajo, se comparte un extracto de una oferta de empleo obtenida durante el trabajo de campo.

Colaboradora que cuide de los niños y de la casa como un todo (lo básico).1. Niños(as): Jugar, lavar y planchar la ropa, bañar, llevar a dormir (en caso de ser necesario), organizar los cuartos y la sala de juegos de ellos (as). 2. Casa: aspirar la casa, recoger basura, lavar los platos, poner la mesa para comer, lavar y planchar la ropa de los adultos y organización del cuarto (sábanas, cobertores y toallas). Entre otras básicas del día a día. Jornada de trabajo: Niñera folguista/doméstica. Viernes, sábado, domingo y lunes. No es necesario que duerma viernes y sábado, solamente de domingo para lunes. (Fines de semana, no es necesario que duerma). Salario, 1,600 (5600 pesos) + pasajes (ida y vuelta). requisitos: 1. saber leer. 2. AME trabajar con niños(as). 3. Ser proactiva y educada. 4. Ser puntual. 5. Ser higiénica. 6. Vivir en la zona sur. (Tomado de diario de campo personal, 2024).

En este anuncio se observan las expectativas laborales, especialmente en relación con la multifuncionalidad requerida para el puesto de niñera. Aunque el trabajo se describe como "niñera folguista/doméstica", se espera que la persona asuma responsabilidades completas tanto en el cuidado infantil como en la limpieza general del hogar. Tanto en este caso como en lo relatado en las entrevistas, es

común que las trabajadoras sean contratadas para cumplir múltiples funciones, tareas que en otros contextos podrían dividirse entre varias personas. Hablar del cuidado de la casa, como un todo, implica, en muchos casos, que las responsabilidades van más allá de lo descrito en el anuncio. Por ejemplo, si la familia tiene mascotas, también se suelen asignar tareas de cuidado para ellas. Además, actividades como limpiar baños, patios y sacar la basura se consideran parte de ese "todo".

El anuncio explica que se trata de un trabajo de fines de semana; por lo tanto, es muy probable que la persona que está contratando tenga a alguien más realizando las mismas funciones durante la semana. Incluso, es posible que esté pensando en despedir a la persona que ya está realizando dicha función, por lo cual está anticipando la búsqueda. Según me explicaban, las familias empleadoras suelen no quedarse sin trabajadoras en ningún momento.

El horario no queda del todo claro, al menos en lo que respecta a la entrada y salida en los días que no se duerme en el trabajo; por lo tanto, debe tener disponibilidad y flexibilidad, ya que se espera que la trabajadora ajuste su vida personal a las necesidades del empleador.

Además de las responsabilidades funcionales, se solicitan características de personalidad y comportamiento, como ser puntual, proactiva, higiénica y educada. Estas demandas reflejan un control que los empleadores ejercen no solo sobre el trabajo en sí, sino también sobre el comportamiento y el cuerpo de la persona que irá a trabajar para ellos.

Otro aspecto es el trabajo emocional involucrado, el cual, aunque es un requisito, rara vez se reconoce como tal. Al pedir que la persona "AME trabajar con niños", es una expectativa emocional que el empleador impone, exigiendo casi una conexión afectiva con las tareas asignadas. Finalmente, la exigencia de vivir en la zona sur limita las candidatas a una ubicación geográfica específica, probablemente para garantizar puntualidad y reducir los costos de transporte para los empleadores. Además, la mención de que debe "saber leer" parece reflejar un sesgo que asume que las trabajadoras domésticas son analfabetas, lo cual añade otra capa de discriminación y estereotipos a este tipo de empleo.

En cuanto a la formalidad o informalidad del empleo, las diaristas se encuentran principalmente en la informalidad, siendo que están excluidas de los derechos contemplados por ley por no tener más de 3 días a la semana con el mismo empleador, a ello se suma que en general, las diaristas suelen tener trabajos más agotadores físicamente porque cada vez que entran a un hogar, la acumulación

de trabajo es mayor. Cecy Bezerra de Melo (2023) señala que la transición del trabajo mensual hacia la diversificación del trabajo diarista ha alterado el mercado laboral. Aunque en el modelo diarista ganan cierta autonomía, esta forma de trabajo fomenta una mayor precariedad, ya que la inseguridad laboral es mayor. Si bien algunas trabajadoras prefieren este modelo por la libertad para dedicar tiempo a otras tareas, también enfrentan la inestabilidad en sus relaciones laborales.

Las trabajadoras domésticas no solamente se desplazan desde las interfases metropolitanas (zonas periféricas de las ciudades), sino que muchas de ellas tienen un origen rural, provenientes de otros municipios. Este fenómeno refleja que la migración interna sigue presente; mujeres de áreas rurales se trasladan por trabajo a la capital. Este patrón migratorio subraya la conexión entre las dinámicas rurales y urbanas, y su persistencia a lo largo de las últimas décadas, especialmente con el crecimiento urbano.

Asimismo, opera en bajo sistema de recomendaciones; tanto entre trabajadoras como empleadores. A su vez, suelen hacer redes de amistad con otras trabajadoras, a quienes tratarán de recomendar un empleo si es que algún empleador llegase a requerir de ellas. Las ofertas de empleo como anuncios de periódicos o en sitios de internet no son la norma, sino la excepción.

2.3.3 La legislación vigente

El trabajo doméstico remunerado en Brasil tiene una larga historia, donde hay explotación y luchas laborales. En este apartado se revisa su evolución. Para ello conviene iniciar con la promulgación de la Ley Áurea en 1888, que fue cuando legalmente quedó abolida la esclavitud.

Primero, en la época postabolicionista hubo continuidad de las relaciones de servidumbre, en las que mujeres negras continuaron trabajando para las mismas personas en el trabajo doméstico, y siguiendo el patrón anterior; desde la infancia, sin salario, a cambio de comida y abrigo. Aunque la actividad que realizaban era de trabajo doméstico, no se consideraba como tal un trabajo, debido a la relación con el ámbito reproductivo mencionado en el primer capítulo. Evidencia de ello fue que en los años cuarenta, cuando las leyes laborales se volvieron más rigurosas en favor de los trabajadores, se excluyó explícitamente al trabajo doméstico bajo

el argumento de que era una actividad no productiva que se realizaba en el espacio doméstico.

En 1972, casi 100 años después de la Ley Áurea, se establecieron los primeros derechos laborales para las trabajadoras domésticas, incluyendo la seguridad social. Esta fue la primera vez en la historia de Brasil en la que por ley se reconoció al trabajo doméstico como empleo; a su vez, a quienes se empleaban en esta ocupación se les reconoció como sujetos con derechos laborales, aunque marcando las diferencias con otro tipo de empleos, en que, en pocas palabras, otorgaban menos beneficios.

En 1988, la nueva Constitución extendió más derechos laborales a quienes trabajan en esta rama, tales como salario mínimo, descanso semanal remunerado, licencia de maternidad y paternidad, pensión por jubilación, entre otros. Sin embargo, no fue hasta la aprobación de la PEC das Domésticas, en 2013, que el trabajo doméstico se reconoció plenamente como cualquier otro empleo. Se establecieron derechos como el pago de horas extras, seguro de accidentes y prohibición del trabajo para menores de 18 años, así como el fondo de garantía por tiempo de servicio. La PEC das Domésticas fue un hito en la legislación laboral sobre el trabajo doméstico en la historia de Brasil.

La PEC das Domésticas generó controversias, revelando que las relaciones y la subjetividad que favorecen la servidumbre siguen presentes en la sociedad brasileña. Una parte de la sociedad se negaba a reconocer a este grupo de trabajadores como empleados, posicionándose públicamente a favor de la continuidad de la desigualdad entre el trabajo doméstico remunerado y otros tipos de trabajo. Almeida y Barbosa (2021) destacan que "discutir 'empleada doméstica' acabó significando repensar al propio Brasil, sus cambios y continuidades" (Almeida y Barbosa, 2021, p. 4), subrayando la importancia de analizarlo dentro de las estructuras de desigualdad social y la servidumbre en las relaciones de género y raciales.

Sin embargo, la ley no ha conseguido resolver todos los problemas relacionados con la explotación del trabajo doméstico remunerado. Hay retos en este trabajo porque bajo la ley solamente se concibe un modelo de trabajo doméstico, el ya mencionado modelo por mes, y, como también se mencionó, en la práctica solamente 56% encaja en esa modalidad. Entonces, este modelo excluye a las diaristas.

Según lo señalado por Machado y Gil (2016), "las dificultades en garantizar los mismos derechos concedidos a las demás categorías [de trabajadores] evidencia

el carácter explotador, precario y desigual que caracteriza la contratación de esos trabajadores/as [domésticos]" (Machado y Gil, 2016, p. 104). Pues, si bien las leyes reconocen el trabajo doméstico remunerado como empleo, en la práctica la gran mayoría de las trabajadoras siguen realizándolo en condiciones de informalidad.

Hoy en día, muchos empleadores evitan registrar a sus trabajadoras para no asumir los costos asociados a estos derechos, perpetuando la informalidad en el sector. Una persona me contó que su familia optó por despedir a su empleada por mes para contratar a dos diaristas que trabajaban en días alternos, lo que les permitía evadir las obligaciones legales, situación que no es poco frecuente entre empleadores.

Los derechos de las trabajadoras domésticas establecidos por ley abarcan a todo el territorio nacional. Estos derechos incluyen: una jornada laboral máxima de 44 horas por semana, un salario mínimo mensual garantizado, 30 días de vacaciones pagadas al año, pago de horas extras (con un recargo del 50% sobre el valor de la hora normal), un intervalo para comer de entre 30 minutos y 2 horas, un pago adicional por trabajo nocturno (20% más que la hora normal), descanso remunerado en días festivos nacionales, estatales y municipales, aguinaldo, licencia de maternidad, un vale de transporte, estabilidad laboral durante el embarazo (protegiendo a las trabajadoras de ser despedidas en los primeros cinco meses después del parto), un fondo de garantía por tiempo de servicio (un ahorro que se recibe al final del contrato como parte de la indemnización), seguro de desempleo, salario familiar por cada hijo menor de 14 años, aviso previo en caso de despido o renuncia, y protección contra despidos arbitrarios o sin justa causa.

Sin embargo, a pesar de la transformación en términos legales, cada vez son menos las familias empleadoras que buscan contratar trabajadoras domésticas bajo condiciones formales. La excepción son niñeras o cuidadores de ancianos, en esos casos, se prioriza tener a una sola persona que pueda generar vínculos de confianza con la persona que está cuidando. Por su parte, las familias están migrando hacia el modelo de las diaristas, en parte, por no querer o no poder asumir los costos del trabajo formal.

En resumen, el trabajo doméstico remunerado sigue en transición; cuando se reconoció como ley, hace 10 años, empezaba el cambio hacia el modelo diarista, por lo que los efectos de su aprobación no fueron extensos a la mayoría de las trabajadoras. Al mismo tiempo, se han incorporado aplicaciones por internet que tienen poca regulación legal, pero que hacen eficiente la conexión entre trabajadoras y personas que buscan el servicio de limpieza. Esta forma de

brindarlo ha funcionado porque se incorpora dentro de la informalidad generalizada, ofreciendo valores ligeramente mayores a los del mercado.

Así, el panorama general muestra la diversidad de esta ocupación en Brasil, siendo un servicio con alta demanda y oferta. Que, si bien su situación es mejor legalmente en comparación con buena parte de los países de América Latina, la fiscalización del trabajo doméstico remunerado es una deuda pendiente en casi todos los países de América Latina (Valenzuela y Vaca, 2020).

Además, están los desafíos para instaurarse como un trabajo formal digno que asegure el sostén de las familias. Entre la informalidad, las relaciones familiares y el paternalismo, el trabajo sigue en proceso de la práctica plena de la labor en condiciones dignas, lo cual no niega que ha habido grandes transformaciones en el último siglo que han llevado a repensar y cuestionar sus prácticas, especialmente entre las trabajadoras, pero también entre quienes las emplean. Las personas de las clases medias y altas que históricamente han reafirmado su estatus social a partir de la presencia de una trabajadora de tiempo completo en sus hogares.

2.3.4 Cultura y trabajo doméstico remunerado

En este apartado se aborda al trabajo doméstico remunerado en sus aspectos culturales. Se ha mencionado que delegar tareas y responsabilidades de cuidado personal y familiar en una tercera persona es una práctica común. Sin embargo, no está simplemente relacionado con delegar responsabilidades, estas tareas, en el imaginario social, son una carga. Esta percepción cultural influye en el valor que le dan, así como en las dinámicas de poder que lo rodean.

Si el trabajo doméstico se percibe como una obligación, una carga pesada que consume tiempo, entonces delegar este trabajo se considera una prioridad. Esto ocurre especialmente entre quienes buscan maximizar su tiempo productivo, es decir, en utilizar su tiempo para generar altos ingresos y priorizar actividades consideradas más rentables o prestigiosas.

La percepción que resultó del trabajo de campo en Recife fue que la contratación de una persona para realizar el trabajo doméstico se simboliza como una necesidad entre grupos acostumbrados al privilegio del trabajo doméstico como servicio de tiempo completo. Contar con una trabajadora doméstica es distinción de clase, las élites y las clases medias lo reconocen. Para pertenecer a

esos grupos sociales es indispensable tener a alguien que trabaje en casa a tiempo completo.

La connotación de prejuicio racial y la discriminación vinculan ideológicamente el trabajo doméstico con el servilismo del trabajo de mujeres negras. En este sentido, la ocupación está cargada de significados vinculados a la esclavitud, una particularidad de Brasil por su pasado esclavista (Ávila y Ferreira, 2020).

Sin embargo, esto no significa que tercerizar el trabajo doméstico sea un lujo. Por el contrario, su presencia forma parte de la rutina “normal” de una familia de clase media o alta, integrando su labor como un elemento esencial para el funcionamiento cotidiano del hogar. Además, para empleadores, tener a alguien que pueda dormir en su casa es conveniente. Esto se debe a que, es costumbre, que al dormir en el lugar de trabajo se desdibuje el inicio y el fin de la jornada. Por ello, hay quienes prefieren contratar a mujeres bajo esta modalidad, su presencia en el espacio doméstico las 24 horas del día permite solicitar la ejecución de una tarea en cualquier momento del día, incluso en horas de descanso, a tempranas horas durante la mañana, entre otros momentos.

También, sería equivocado pensar que es un aspecto cultural exclusivo de las clases sociales más favorecidas. Porque su existencia está condicionada a factores como la desigualdad social, las jornadas de trabajo, los tiempos de traslado, la explotación laboral (incluso en empleos mejor remunerados), la desvalorización de tareas de cuidado del hogar, entre otros elementos relacionados con la diversificación económica. Aunque las clases medias y altas que residen en los barrios más reconocidos de la ciudad de Recife—como Boa Viagem, Boa Vista, Casa Forte, entre otros— son las que más destacan en cuanto a la demanda de trabajo doméstico. No significa que sean los únicos en donde ocurre esta práctica.

Por ello no existe una dualidad, ricos (empleando) y pobres (trabajando), sino que en general se extienden y entrelazan las relaciones entre quienes están empleado con quienes están trabajando en una diversidad de circunstancias que van más allá del modelo de trabajadora doméstica que estipula la ley. Pero, sí hay un principio involucrado en la contratación: delegar tareas suele recaer en alguien cuya condición social se perciba como inferior a la propia.

A su vez, entre las trabajadoras existe una cierta cultura que incentiva a las propias trabajadoras a emplearse. En ciertos barrios las mujeres suelen buscarse entre ellas para recomendarse trabajos. Por ejemplo, si una patrona sabe de alguien que necesite una trabajadora, ya sea para una amiga o para alguien de la familia, posiblemente le dirá a su propia trabajadora, quien a su vez pensará en

personas cercanas a ella para recomendar, ya sea una amiga, una vecina o alguien de la familia.

El trabajo doméstico remunerado en Recife es altamente procurado por empleadores y por trabajadoras. Las siguientes actividades se identificaron durante el trabajo de campo: tareas como la limpieza general del hogar, la organización, la adquisición de productos, la preparación y el servicio de alimentos, el cuidado de niños, ancianos o personas que requieren atención especial, el cuidado de mascotas, el mantenimiento y cuidado del jardín, entre otros. Estas actividades fueron mencionadas dentro y fuera de las entrevistas.

Aunque la mayoría de las trabajadoras realizan sus labores dentro del espacio doméstico, algunas relataron situaciones en las que se les solicitaba cuidar a pacientes directamente en el hospital, siendo pagadas por una familia, no por el hospital. Esto quiero decir que, más allá de la definición legal, el trabajo doméstico remunerado en Recife está delimitado por las necesidades de las familias empleadoras. En muchos casos, mientras más trabajo puedan obtener de una misma persona por la misma retribución es mejor. Esto ocurre porque es difícil establecer límites en sus funciones. Por ejemplo, a las cuidadoras es frecuente que les pidan trabajo extra como preparar comida para toda la familia, limpiar algo que no les corresponde, entre otras actividades. En ocasiones ellas pueden aceptar la tarea, pero también hay quienes no lo hacen.

Por lo tanto, este trabajo no es homogéneo, ni en Brasil ni en Recife, sigue fuertemente condicionado a la ética de los empleadores, quienes suelen estar acostumbrados a tener actitudes paternalistas con empleados que están dentro de su domicilio. Además, las clases medias bajas y las clases bajas también pueden requerirlo, aunque bajo acuerdos distintos. En esos casos hay menos formalidad, quizá menos días de trabajo, salarios más bajos, entre otros. Sin embargo, estas diferencias no modifican el hecho de que el trabajo doméstico sea una práctica extendida y diversa en toda el área metropolitana.

También durante el trabajo de campo, se realizó una visita a una escuela en una prisión de mujeres, localizada en la zona metropolitana de Recife, específicamente en el municipio de Abreu e Lima. Durante la visita el profesor de la escuela que la organizó dijo que entre las reclusas se realizaba trabajo doméstico remunerado, siendo las propias reclusas las empleadoras y otras las empleadas. Es decir, algunas mujeres de la prisión se dedican a limpiar las celdas de sus compañeras por una retribución. En una breve charla con algunas de ellas relataron que cobraban entre 10 y 15 reales por limpiar y organizar una celda. La

práctica es conocida y aceptada por las autoridades de lugar quienes lo han normalizado como una forma en la cual ellas se pueden ganar algo de dinero.

Este caso es relevante no solo porque ocurre en la zona de estudio, sino porque ilustra cómo en la cotidianidad, se puede delegar el trabajo doméstico fácilmente y cómo eso brinda la posibilidad de un ingreso para las mujeres desfavorecidas. Aunque todas las reclusas comparten la condición de estar privadas de libertad, esto no significa que tengan las mismas condiciones económicas. Así, el trabajo doméstico se convierte en una manifestación de las desigualdades, incluso en entornos donde las diferencias entre quienes participan son menores.

En otras palabras, el trabajo doméstico remunerado se extiende por la metrópoli de forma generalizada, con variaciones en salarios, responsabilidades y condiciones. En parte, eso explica la cantidad de trabajadoras domésticas no formalizadas, ya que muchos empleadores de clases bajas no tienen la capacidad económica para cumplir con todas las exigencias que establece la ley. De hecho, en algunos casos el trabajo doméstico remunerado se considera un sistema de favores, no llega, ni cercanamente, a ser un empleo. La frecuencia con que se suele buscar responde a la cultura que normaliza delegar tareas domésticas en personas de condición económica menos favorecida.

Finalmente, esta ocupación aparece como una opción en contextos de trabajo informal, por lo que no siempre es la opción menos precarizada para las mujeres racializadas. Esta práctica se combina con la necesidad de buscar ingresos para sobrevivir, lo que perpetúa un ciclo de desigualdad y dependencia económica.

2.3.4.1 Cultura negacionista en el trabajo doméstico

Esta ocupación es asalariada, pero muchas personas no contratan a las trabajadoras bajo un esquema formal —como empleadas fijas—, a veces no delegan en ellas la totalidad de las tareas domésticas y no hay un contrato de trabajo. Estos y otros elementos llevan a que los empleadores no se observen a sí mismos como tal; el trabajo doméstico no se considera empleo, sino ayuda.

Si se niega una relación laboral, el sujeto empleador y la trabajadora no se identifican como sujetos con derechos y responsabilidades laborales. Esta lógica negacionista está presente tanto en las trabajadoras como en quienes las emplean. Cuando se niega esta relación, las características de esta relación pueden variar desde cercanas a la amistad o la familiaridad hasta la sobreexplotación.

En el primer caso, la trabajadora se integra como un "miembro" de la familia, lo que ocurre, a decir verdad, muy poco; en el segundo, se perpetúan las relaciones de trabajo de servidumbre que pueden llegar a la negación de la humanidad de la propia trabajadora.

En el amplio rango de las relaciones patrón-empleada, lo que generalmente se ha mantenido es la tensión en torno a la carga de trabajo. Mientras las trabajadoras luchan por reducir sus responsabilidades y horarios, los empleadores buscan aumentar sus tareas y, al mismo tiempo, reducir sus salarios. Además, suele ser más complejo lidiar con este conflicto cuando se considera que la trabajadora está solamente ayudando.

Sin embargo, en la actualidad hay más mecanismos de denuncia y protección laboral, lo que ha permitido que las trabajadoras aprendan a negociar y dialogar con sus empleadores o bien, recurrir a estos mecanismos para garantizar que se respeten sus derechos.

También existe el paternalismo; una manifestación de ello es la práctica de "adoptar" niñas o adolescentes de comunidades rurales y alejadas. Con ello, los "empleadores" buscan la explotación laboral de la niña a cambio de su manutención; en ocasiones se les brinda también educación. Sin embargo, estas jóvenes suelen carecer de derechos básicos, como la libertad de tránsito, el descanso regulado, entre otros derechos laborales y humanos. Esta dinámica se justifica bajo la idea de que se les está haciendo un "favor" a ellas y a sus familias, conocida como "práctica del favor".

En la práctica del favor se perpetúa la idea de que se trata de una ayuda caritativa, lo que refuerza la desigualdad y la dependencia, mientras que la niña o adolescente, al ser vista como una beneficiaria de la "generosidad" de la familia empleadora, queda en una posición de subordinación que limita su autonomía y su capacidad para reclamar derechos básicos.

Esta práctica no solo afecta a las jóvenes trabajadoras, sino que también refuerza estereotipos y dinámicas de poder que se extienden a otras relaciones laborales dentro del trabajo doméstico. La idea de que se está "ayudando" a alguien en lugar de contratarla para trabajar permite que los empleadores evadan responsabilidades laborales, como el pago de prestaciones o el respeto a horarios y condiciones dignas de trabajo. Esto contribuye a normalizar la precariedad y la explotación en este sector.

Por otro lado, esta dinámica paternalista también impacta la percepción social del trabajo doméstico. Al presentarlo como una “ayuda” o un “favor”, se invisibiliza su carácter de trabajo remunerado y se desvaloriza el esfuerzo y las habilidades que requiere. Esto no solo afecta a las trabajadoras directamente involucradas, sino que refuerza la idea de que el trabajo doméstico no es un empleo “real” o digno de reconocimiento.

En resumen, el paternalismo en el trabajo doméstico no solo perpetúa relaciones de poder desiguales, sino que también contribuye a la desvalorización social de este tipo de labor. Aunque existen mecanismos legales para proteger los derechos de las trabajadoras, estas prácticas culturales, profundamente arraigadas, dificultan su aplicación efectiva y mantienen a muchas mujeres en situaciones de vulnerabilidad y dependencia.

2.4 Reflexiones del capítulo

Este capítulo establece la delimitación contextual de la investigación. Se presenta a la Región Metropolitana de Recife como un territorio configurado por relaciones de poder que determinan las dinámicas laborales y las trayectorias de sus habitantes; particularmente, explicamos su impacto en las mujeres racializadas. También se argumenta que la desigualdad estructural de la metrópoli — caracterizada por la macrosegregación espacial, la fragmentación de la movilidad y la persistencia del trabajo informal— actúa como mecanismo de opresión que afecta la cotidianidad y la calidad de vida de sus habitantes, especialmente de quienes viven en las periferias.

El texto se divide en tres ejes. Primero, se examina la geografía social de Recife, destacando cómo la deficiencia de infraestructura y transporte en las periferias expropia tiempo de vida y recursos a sus habitantes. Segundo, se describen las configuraciones relacionadas con el trabajo doméstico remunerado, tomando elementos nacionales y regionales. Finalmente, se abordan elementos macroestructurales e ideológicos que perpetúan la deshumanización y frenan la instauración de derechos laborales.

Para las mujeres de esta investigación, la condición de ser racializadas implica enfrentar un contexto urbano que sistemáticamente les niega derechos y oportunidades. Al consumir gran parte de su vida en traslados y tener restringido el acceso a salud, educación y empleos formales, se ven orilladas a la informalidad o al servicio doméstico como únicas vías de subsistencia. Esta dinámica impuesta

por la metrópoli no solo precariza su existencia, sino que configura una verdadera expropiación de su tiempo, impidiendo que sean ellas quienes disfruten del fruto de su propio esfuerzo.

También se abordan las condiciones laborales de la ocupación, que van desde jornadas por día hasta semanales, donde se realiza limpieza o cuidados y, en ocasiones, ambas. Las consecuencias entre optar por un modelo de trabajo u otro tienen implicaciones en su vida actual y futura. La mercantilización del trabajo por medio del modelo diarista complejiza la decisión porque permite la reducción de la dependencia, pero aumenta la inseguridad laboral. Así, las trabajadoras son expuestas a una disyuntiva que las obliga a tomar decisiones de supervivencia – empatada a la lógica neoliberal sobre el trabajo–; mientras se gana autonomía, se pierden derechos laborales.

En última instancia, este trabajo está delimitado legalmente, pero el peso cultural sigue siendo determinante en buena parte de sus prácticas. Lo habitual es que lleve a cabo bajo dinámicas marcadas por la humillación, la servidumbre o el trato paternalista. En este sentido, la historia de Recife permite ver que la trayectoria de la economía de agroexportación afectó las relaciones sociales, instaurando en el imaginario colectivo la jerarquización social en función de la raza y el trabajo doméstico esclavizado. Estos elementos no desaparecen con la abolición de la esclavitud, sino que se adaptan a nuevas circunstancias, como la práctica del favor, que fue la puerta de entrada al trabajo doméstico remunerado de niñas y adolescentes históricamente.

Por su parte, las élites, acostumbradas a tener una persona de tiempo completo, buscan trabajadoras que duerman en sus viviendas; quienes logran acoplarse a esa demanda son las mujeres que provienen de ciudades pequeñas y rurales del Estado. El modelo de servicio de 24 horas afecta la cotidianidad de las trabajadoras, quienes ven restringida su autonomía y su derecho al tiempo libre, quedando sujetas a un régimen de disponibilidad total que desdibuja, y a menudo anula, los límites entre la vida laboral y personal.

Las expectativas respecto a las actitudes de servicio entre empleadores y trabajadoras no son homogéneas. Así, en organizaciones como el sindicato de trabajadoras tienen que reforzar, antes que nada, que se trata de una relación laboral, no familiar, y que, al contratar a una persona, se debe seguir la ley, asegurando condiciones dignas y un pago justo. Además, que son las trabajadoras quienes tienen que luchar por ello frente a sus empleadores.

En resumen, que las trabajadoras sean mayoritariamente mujeres racializadas no es un hecho casual; las relaciones territoriales ponen en evidencia que quienes se incorporan al trabajo doméstico, así como otras mujeres racializadas, son orilladas a vivir en la exclusión, empezando por la pobreza como factor determinante para restringir la escolarización, luego, permitiendo la entrada de niñas y adolescentes en esta rama y generando círculos de pobreza.

Finalmente, el territorio y la cultura local configuran los elementos interseccionales que delimitan las posibilidades de agencia de las mujeres racializadas. El análisis de esas opresiones en función de esta ocupación no es una casualidad; el trabajo doméstico remunerado no solamente ha sido una herramienta que perpetúa las relaciones de dominación y las jerarquías sociales, también ha sido el campo de batalla. En su día a día, las mujeres han aceptado y enfrentado las condiciones laborales, han cuestionado el sometimiento y han manifestado inconformidad con los malos tratos. Así, lo que veremos en las siguientes páginas es cómo este escenario se vincula con las trayectorias de vida y familia y cómo la agencia está constantemente a prueba. El territorio las ha orillado a ser trabajadoras domésticas y a vivir la experiencia de trabajo desde diferentes niveles de explotación, sea por sus empleadores o por las circunstancias que lo rodean, pero siempre cuestionando si en esas prácticas no están relegando su calidad de humano para reforzar la superioridad de quienes las emplean.

3 CAPÍTULO TERCERO

DINÁMICAS Y TRAYECTORIAS FAMILIARES DE LAS MUJERES RACIALIZADAS

El propósito central de este capítulo es examinar las dinámicas y trayectorias familiares de las mujeres racializadas, a partir de las vivencias narradas por quienes participaron en el estudio. El análisis de estos relatos permite argumentar que las trabajadoras han experimentado cursos de vida con escasa divergencia, entendida esta como la repetición cíclica de patrones que conducen a destinos similares. En este contexto, su ocupación deja de ser una elección libre para convertirse en una estrategia de supervivencia.

La estructura familiar y las relaciones comunitarias son determinantes en el inicio de la vida laboral. La interseccionalidad de las opresiones recae en las familias, quienes están en constante reinención debido a que no tienen necesidades básicas garantizadas para todos sus integrantes, incluyendo a los infantes.

Las mujeres de esta investigación vienen de contextos de pobreza, donde hay desprotección, ya sea de la familia, la comunidad, las instituciones, sus parejas, entre otros. El contexto marcado por desigualdades estructurales y relaciones comunitarias fracturadas predetermina su inserción al trabajo antes de cumplir la mayoría de edad, a veces desde la infancia. Luego, al comenzar en dicha etapa, la trayectoria personal entra en un ciclo que afecta directamente las oportunidades laborales en la vida adulta, más aún cuando se conjuga con la interrupción de la trayectoria escolar. No obstante, la investigación abordó cómo estas mujeres se apropian del trabajo, volviéndolo una estrategia de supervivencia que en ciertos casos ha potenciado un cambio de vida para ellas y para las nuevas generaciones.

En un contexto de escasas oportunidades laborales, ellas perciben que el trabajo doméstico les ofrece una remuneración segura y estable. Esto coloca a esta ocupación en una mejor posición respecto a otras a su alcance, como el comercio informal. Además, la oferta y la demanda son amplias, lo que hace que las oportunidades laborales suelen darse con frecuencia.

Por su parte, el tejido intergeneracional presenta fracturas que llegaron a funcionar como detonadores. La relación con las generaciones precedentes —ya sea con sus padres y madres o con generaciones mayores— no garantizó el resguardo de su infancia y adolescencia, manifestándose en tres formas: presencia bajo condiciones de pobreza extrema, relaciones conflictivas y violentas o una ausencia absoluta. Estas dinámicas de desprotección familiar son claves para entender por qué se precipita y vuelve crítica la búsqueda de ingresos y la inserción laboral. Luego, las generaciones más jóvenes —hijos e hijas— influyen

en la permanencia por la responsabilidad de sustentar a la familia, especialmente cuando ejercen la maternidad sin el apoyo de los padres de sus hijos.

A través de estas narrativas, se ve que el trabajo doméstico no puede entenderse de manera aislada, sino como parte de un entramado amplio de relaciones familiares, sociales y territoriales. Estas historias permiten comprender cómo las decisiones laborales y personales están condicionadas por el contexto familiar y social. Este capítulo busca no solo visibilizar sus experiencias, sino también destacar la dimensión familiar en el estudio del trabajo doméstico remunerado. Para profundizar en ello, el capítulo se estructura iniciando con una caracterización de las trabajadoras, seguida del análisis de las categorías emergentes de las entrevistas, para concluir con una serie de reflexiones finales sobre la dimensión familiar del trabajo remunerado.

3.1 Mujeres racializadas: Relatos de vida

Este apartado presenta a las dieciséis colaboradoras que desde sus narrativas dan sustento a esta investigación. Si bien sus relatos convergen en las estructuras determinadas por el tiempo y el espacio, cada historia está cargada de singularidades. El vínculo informal con ellas resultó fundamental para trascender lo dicho en la entrevista y profundizar en sus vidas, permitiendo así comprender la lógica de sus decisiones y sus contextos personales. Para situar sus trayectorias, a continuación, se ofrece un panorama de sus perfiles sociodemográficos y sus experiencias laborales.

Tabla 1. Perfil de las trabajadoras y lugares de origen

Seudónimo	Edad	Ubicación	Situación laboral al momento de la entrevista
Deyá	58	São Lourenço da Mata	Diarista y colaboradora en el sindicato
Tania	55	Goiana	Cuidadora
Leni	53	Recife	Semanal
Ma. Bethania	53	Recife	Niñera semanal

Mariana	51	Recife	Cuidadora
Viana	48	São Paulo	Cuidadora
Eronilda	41	Recife	Diarista
Claudia	40	Itaquitinga	Semanal
Selene	38	Limoeiro	Ex semanal que dormía
Rafaela	34	Araçoiaba	Diarista, <i>faxineira</i>
Laura	30	Sirinhaém	Semanal que duerme
Edith	22	Itaquitinga	Semanal que duerme
Bibi	18	São Lourenço da Mata	Experiencias de trabajo con su madre
Joseane	43	Recife	Cuidadora
Angélica	33	Sirinhaém	Niñera, duerme fines de semana
Rosa	41	Jaboatão dos Guararapes	Desempleada, semanal

Fuente: Elaboración propia con información obtenida en el trabajo de campo (Recife, 2026)

Tabla 2. Perfil de trayectoria

Seudónimo	# hijos	Edad que fue madre primera vez	Edad comenzó TDR	Autodeclaración	Madre trabajadora doméstica
Deyá	2	26	26	Parda	No
Tania	3	20	11	Parda	No
Leni	2	33	18	Parda	No
Ma. Bethania	3	21	48	Negra	No

Mariana	2	15	14	Parda	Sí
Viana	6	18	19	Parda	Sí
Eronilda	1	40	8	Parda	No
Claudia	2	22	8	Parda	No
Selene	2	24	18	Blanca	No
Rafaela	5	15	16	Blanca	Sí
Laura	0	NA	19	Blanca	Sí
Edith	0	NA	19	Parda	Sí
Bibi	0	NA	15	Parda	Sí
Joseane	2	23	20	Preta	Sí
Angélica	0	NA	18	Parda	No
Rosa	3	17	18	Parda	No

Fuente: Elaboración propia con información obtenida en el trabajo de campo (Recife, 2026)

3.1.1 Las trabajadoras

Mariana, de 51 años, vive en una pequeña casa de dos habitaciones, con un patio frontal, una cocina pequeña, un baño, una sala amplia con televisión, un aparato de sonido y una mesa de comedor. Su casa cuenta con prácticamente todos los elementos que podrían encontrarse en una casa de un barrio de clase media: televisión de pantalla plana, internet, estufa, refrigerador, ventilador, aparato de sonido, lavadora, diversos muebles como un sofá y una vitrina y una máquina de coser antigua que había adquirido recientemente. Su casa se localiza en un barrio periférico en el municipio de Olinda, al que solo se puede llegar en autobús o en transporte privado. Aunque tiene servicio de agua potable en la cocina, en el baño tiene que almacenar en un contenedor de plástico grande el agua que usa para bañarse y para el escusado. Mariana vive sola, con una pequeña gatita. La casa donde vive es rentada; el valor de la renta es de 400 reales (1400 pesos mexicanos).

Las relaciones más importantes en su vida son con su hijo, nietos y nietas que tiene de él. Su hijo de más de 30 años se dedica a ser conductor de moto por aplicaciones; también vive cerca de su casa. Al tener a su hijo como vecino, ha mejorado el vínculo con él; de hecho, se preparaba para pasar, por primera vez en mucho tiempo, Navidad y Año Nuevo.

Mariana tenía poco tiempo viviendo en esa casa; se había separado de una relación que describía como dolorosa y abusiva, de la cual le había sido difícil salir. La última medida que tomó fue cambiarse de casa e incluso mentirle a su expareja sobre su domicilio actual, pues temía que apareciera sin avisar.

Mariana enfrentaba la falta de empleo estable. Un tiempo trabajó cuidando a una mujer enferma que había sido internada en el hospital después de un accidente. Este trabajo lo realizaba en un poblado lejano a la zona metropolitana, lo que implicaba dificultades para el traslado. A pesar de ello, consideraba que el trabajo era bueno, ya que cuidar a una persona en el hospital le resultaba menos cansado que hacerlo en una casa; las responsabilidades eran menores y el pago le parecía justo, aunque comentó que tuvo que aceptar un valor menor al solicitado inicialmente. El problema era que este trabajo solo duraría algunos días. Mariana es una mujer que vive al día, y en tiempos recientes se las ha tenido que arreglar con trabajos temporales. Para solventar sus gastos frente a la inestabilidad económica, ella ha aprendido a organizar sus gastos mensuales y que estos no rebasen más de 200 reales al mes (700 pesos mexicanos).

La religión tiene una fuerte presencia en su vida, ella se considera evangélica y por lo mismo rechazaba ciertas prácticas contrarias a su religión, como el consumo de alcohol y participar en el carnaval.

El trabajo doméstico remunerado está presente en su vida, su madre fue trabajadora doméstica y ella misma empezó a los once años. De hecho, su trayectoria familiar está marcada por la desprotección durante la infancia y por el embarazo adolescente. Es madre de un hijo y de una hija, con su hija, la mayor, no tiene un vínculo fuerte, pues no cuidó de ella cuando era niña lo que debilitó el vínculo desde muy joven. Mariana nunca se casó, aunque ha tenido varias parejas.

Al haber iniciado en esta ocupación desde muy joven, tiene experiencia en casi todas las áreas, desde niñera hasta diarista, cocinera, *folguista*, entre muchos otros. Actualmente, ha concluido un curso de cuidadora y se enfoca en trabajos de ese tipo, rechazando tajantemente opciones que no sean para cuidar de adultos mayores o enfermos.

El tono de piel de Mariana es oscuro claro y su cabello es crespo, ella se considera una mujer parda. Por otro lado, aunque tiene un rostro joven, sufre de padecimientos físicos como dificultad para subir escaleras y calles empinadas. De hecho, me contó que una de las cosas que más le gustaban de su casa era que el autobús pasaba en la misma calle donde ella vivía, por lo que no tenía que caminar mucho para poder usar el transporte público.

Rafaela

Rafaela, de 34 años, accedió a participar de la entrevista a partir del grupo de WhatsApp donde fue divulgada la investigación. Ella fue una de las primeras en mostrar interés, aunque demoró bastante tiempo para formalizar la entrevista porque continuamente cancelaba los encuentros.

Rafaela vive en uno de los municipios más apartados de Recife, en una casa rentada. Empezó en el trabajo doméstico remunerado en la adolescencia, esta ha sido su única ocupación. Comentó además que no se imagina a sí misma en otra rama. Tiene además una amplia experiencia que va desde niñera hasta cuidadora semanal, ya llegó a dormir en los trabajos que tuvo y, al final, de unos años para acá, ha optado por ser diarista, según cuenta, su ingreso puede superar los dos salarios mínimos. Además, es beneficiaria del programa Bolsa Familia¹²; de los padres de sus hijos no recibe apoyo. Ella abandonó la escuela en la adolescencia y también fue cuando tuvo a su primera hija. Antes de eso, ella llegó a trabajar ayudando a su madre con la limpieza de una escuela o como vendedora informal en la calle. Rafaela llegó a tomar un curso en una iglesia donde le dieron preparación para trabajar como doméstica; de hecho, esa iglesia también era visitada por mujeres que buscaban emplear a alguien. Así fue conociendo patronas que le fueron dando diferentes oportunidades de empleo.

Rafaela creció en una familia de madre sola, sin apoyo de los padres de sus también cinco hijos, la relación con su madre, según cuenta, no era tan próxima, habiendo resentimientos claros entre ellas. Su madre también llegó a ser doméstica, pero no era su única ocupación, siendo el trabajo que ella realizaba menos estable y más cambiante, además peor remunerado, pues, en palabras de Rafaela, su madre era empleada doméstica de pobres. A su padre, Rafaela, lo

¹² Bolsa Família es un programa social del Estado brasileño que consiste en transferencias de ingresos condicionadas, el programa está dirigido a familias en situación de vulnerabilidad económica (para un análisis detallado, ver apartado 3.2.3).

conoció cuando ya era una mujer adulta y madre, tuvo contacto solamente una vez, pero no ha retomado el vínculo. Lo que sí sabe es que tiene más hermanos y hermanas que él. De niña, quien más la cuidaba era su tía, pues su madre o estaba trabajando o tenía problemas con la bebida.

Rafaela es una persona con una actitud positiva frente a la vida. Se expresa con una cierta teatralidad, gracias a sus gestos y cambios en el tono de voz, algo que lamentablemente se pierde en la transcripción escrita. De hecho, su discurso siempre fue valioso, lo que quedó grabado fue apenas una pequeña muestra de sus experiencias y de lo que llegó a decir. Entre los temas conversados estuvieron las dificultades que enfrentó cuando asistió a la escuela, sus relaciones de pareja y los constantes desafíos con "los patrones"¹³

La vida de Rafaela es un ciclo de trabajo constante. Es madre sola, estando al frente de una familia de cinco hijos de entre los 2 y los 17 años, además de sus largas jornadas laborales, pasa mucho tiempo en el transporte público porque vive en uno de los municipios más alejados de la región metropolitana. Su trayecto a casa puede durar hasta tres horas, siempre sale alrededor de las cuatro de la mañana y regresa desde las siete hasta las diez de la noche. Como Rafaela es diarista, cada día es diferente; cada casa a la que va implica una rutina de limpieza distinta. Además, se mueve por la ciudad en barrios de clases medias y altas. Dado que su pago es por día, Rafaela busca tener su agenda completa de lunes a sábado, pero intenta que el domingo quede libre. El domingo lo dedica a su vida religiosa, se considera evangélica y tiene un vínculo muy fuerte con la iglesia de su comunidad. Sus hijas más grandes ya tienen responsabilidades dentro de casa, que son cuidar de los más pequeños y organizar su casa. Además, ella paga a una persona para ser niñera de su hijo más pequeño, el de dos años, quien todavía no asiste a la escuela.

A pesar de la disposición abierta de Rafaela para conversar y de los múltiples intentos por concretar encuentros, las entrevistas se vieron frecuentemente postergadas debido a imprevistos laborales. En una ocasión, por ejemplo, la sesión se canceló poco antes de la hora pactada porque su empleadora le solicitó, de último momento, cubrir una guardia nocturna para cuidar a su hija ante la

¹³ Se mantiene aquí el uso del término patrones porque ese es el término que ellas suelen usar para referirse a las personas que les dan empleo. De forma general, se ha preferido el uso del término empleador o empleadora en la redacción de esta tesis, sin embargo, se usa mucho más el de patrona, así en femenino, porque generalmente es una mujer quien las emplea.

ausencia de otra cuidadora. Así, tras haber cumplido su jornada habitual de sábado, Rafaela debió extender su labor un turno completo más. Si bien ella se disculpó por el cambio, el evento puso de manifiesto cómo las exigencias del servicio doméstico se superponen a la vida personal, reduciendo una vez más el tiempo de convivencia con sus hijos.

Por otro lado, Rafaela manifestó sentir pena por sus empleadores, identificando en ellos una dependencia emocional hacia el dinero que contrastaba con su propia ética; para ella, la acumulación económica no representaba una aspiración vital, sino un factor que podía corromper a las personas.

Finalmente, aunque no se concretó una visita a su domicilio ni se conoció directamente a su familia, se pudo constatar a través de sus relatos la existencia de una relación cercana con sus hijos e hijas. Rafaela expresaba orgullo por los logros de las mayores y relataba con cariño las interacciones con los más pequeños. De su narrativa se desprende que el vínculo familiar es un valor central y que, aun ejerciendo la maternidad en solitario, la capacidad de sostener económicamente a su hogar funciona como una fuente de empoderamiento. Ella comentó sentirse orgullosa de que nunca ha tenido que llevar a sus hijos con ella al trabajo y del nivel educativo alcanzado por las mayores, su expectativa es que los más pequeños también concluyan niveles educativos altos.

Eronilda

Eronilda fue contactada por medio del sindicato, al ser participante de las reuniones, se logró la comunicación con ella directamente. Al hablar, impresiona su elocuencia y la fuerza de sus palabras, pues sus experiencias enriquecen el debate. Eronilda es una mujer que no duda de lo que dice ni de su posicionamiento, lo que la convierte en una figura respetada y querida dentro del grupo.

Eronilda es madre de un niño de más de un año y vive en una relación de pareja con el padre de su hijo. En su relato, sostiene con convicción que es mejor aprovechar el tiempo con la propia familia que dedicarlo a cuidar de la familia de otros.

Eronilda se da tiempo para disfrutar de actividades como el carnaval, salir de fiesta con amigos y familiares e incluso equilibrar estos momentos con su rol de madre, algo que asumió a una edad avanzada, pues tuvo a su hijo a los 40 años. Esta combinación de responsabilidad y libertad refleja una perspectiva única sobre cómo conciliar el trabajo, la maternidad y la vida personal, algo menos frecuente

entre otras de sus compañeras, especialmente entre aquellas que tienen jornadas de trabajo más extensas, ya sea por más tiempo de trabajo a la semana o por dormir en la casa de los empleadores.

Eronilda parece diferente al resto de las trabajadoras por su forma de conducirse en la vida, y porque la maternidad no fue un factor que la obligara, por decirlo de alguna manera, a quedarse en esta ocupación, es decir, al no haber sido madre en la adolescencia, no tenía el peso que otras tienen en cuanto a las responsabilidades de manutención de hijos pequeños, su responsabilidad fue con sus hermanas y su padre; aun así, ha sido su principal forma de trabajo remunerado. A diferencia de muchas trabajadoras, el padre de su hijo está presente y se involucra en los cuidados. Sus hermanas también le ayudan a cuidarlo. Por ello, la maternidad tampoco es un aspecto que la haga totalmente dependiente del trabajo, lo que le permite mantener un equilibrio entre su vida laboral y personal.

Eronilda comenzó como niñera en la infancia cuidando de sus vecinos, una niña y su hermano, ellos eran solamente unos años más chicos que ella. Desde entonces, ser doméstica ha sido su principal ocupación hasta ahora que tiene 42 años. Nació en una familia nuclear, teniendo cuatro hermanas, sin embargo, esa estructura familiar no duró mucho tiempo porque su madre falleció cuando ella tenía apenas 14 años. Actualmente, tiene una relación y vive en familia nuclear ahora como madre y esposa; además, viven en la casa de su padre, así evita el pago de renta en otra casa y cuida de él, quien ya es un hombre mayor. Eronilda comentó que ha tenido cinco parejas estables, incluyendo a su pareja actual, con quien en realidad no está casada legalmente. Además, dijo considerarse una mujer parda.

María Betania

María Betania, de 53 años, fue contactada por medio del sindicato, aunque no suele participar en las reuniones, su asistencia es constante. María tiene dos hijas de 24 y 26 años que no viven con ella, y un hijo de 18 años que vive a un lado de su casa. Sus hijas trabajaban preparando bebidas en un bar y su hijo es comerciante informal. Para su manutención, María Betania recurre al programa Bolsa Familia, además del trabajo como doméstica, que, como veremos, se ejerce en uno de los casos de mayor informalidad de los que se tuvo cuenta en el trabajo de campo, es decir, que no representa un ingreso alto; asimismo, suele vender ropa usada en algunos lugares cerca de su casa, además de hacer piezas de

bisutería. Ella vive en casa propia que ella misma construyó en un terreno que era de su padre.

Además de la entrevista, hubo diferentes reuniones con ella, en esas ocasiones, ella siempre llegaba acompañada de su único nieto, un niño de nueve años. María Betania cuida de él regularmente porque dijo que su hija suele ser abusiva y no le presta mucha atención. Su hija está maternando sola porque el padre no asumió la paternidad. María Betania lo cuida los fines de semana, durante las vacaciones y en momentos similares. De hecho, ella misma no tiene una buena relación con su hija, con quien se limita a conversar solamente por cuestiones relacionadas con su nieto, con su hija menor tiene una relación un poco mejor, pero, hasta cierto punto, distante.

A su vez, María Betania tuvo una relación difícil con su madre, a quien identificaba como una mujer racista. Su madre había insistido en que ella y sus hermanos y hermanas debían tener parejas de pieles más claras, algo que le generó resentimientos. Esta situación le resultaba contradictoria, ya que reconocía que toda su familia, incluida ella, eran personas negras.

Para María Betania, el trabajo doméstico fue su única forma de sobrevivir durante la pandemia, momento en el que se quedó sin el apoyo del gobierno. Una de sus vecinas estaba embarazada y le dijo que le podría ofrecer comida a cambio de ayuda con el cuidado de su futuro hijo; así, desde un comienzo, la relación se manejó en términos de proximidad familiar, nunca como algo laboral. Cuando su vecina quedó embarazada de un segundo bebé, le siguió apoyando. Poco a poco, la retribución que María Betania recibía aumentaba, pasó de ser solamente alimento a ser un valor no siempre igual que comenzó con 50 reales y ha ido aumentando, ahora ha llegado hasta los 130 reales por semana (440 pesos mexicanos).

Quizá por haber sido inesperado, ella nunca asumió el trabajo como tal. Más que trabajo doméstico remunerado, ella siente que es un intercambio, ella le ayuda a la vecina con los niños y a su vez ella cuenta con su vecina para la comida y para otras cosas, como cuando se enfermó, fue su vecina quien le dio medicinas y la llevó al médico. María Betania dijo que siente que su vecina es como una hija y una amiga al mismo tiempo. Incluso reconoce en ella mayor proximidad que la que tiene con sus hijas.

María Betania sobresale entre las demás mujeres entrevistadas porque no tiene una larga trayectoria de trabajo doméstico, ella misma dijo que veía esa labor solamente como una forma de complementar sus ingresos, no como su ocupación

principal. Sus condiciones de trabajo no eran las tradicionales, no tenía un horario fijo y tampoco cumplía con otras labores de cuidado de la casa, como limpieza o preparación de alimentos, su principal función era cuidar de los niños. Considerando las otras actividades que ha llegado a tener, desde masajista —que fue su trabajo remunerado la mayor parte de su vida— hasta recolectora de basura, el trabajo doméstico remunerado se inserta en su vida de una forma temporal y circunscrita a la crisis desencadenada durante la pandemia.

Otro aspecto importante en María Betania es que, gracias a su relación con un colectivo de mujeres negras de Recife, viajó a Brasilia para un evento nacional. Esta experiencia me la contó como uno de los momentos más importantes de su vida. Además de salir del Estado de Pernambuco, pudo conocer un lugar al que no habría ido si no fuera por ello. Quizá por esa experiencia, ella fue la única de las mujeres entrevistadas que dijo considerarse una mujer negra.

Tuvo dos parejas formales a lo largo de su vida, una de ellas es el padre de dos de sus hijos y el otro del tercero, sin embargo, después de su última separación no volvió a casarse ni a tener novio, dice estar bien con su soltería. Ella creció en una familia nuclear y tuvo a sus padres hasta una edad avanzada, aunque su relación con su padre era mejor que con su madre. Su madre no era doméstica, pero en su trayectoria familiar sí hay evidencias de trabajo doméstico, una de sus tías, por ejemplo, fue trabajadora de tiempo completo por muchos años, de hecho, se casó con el que era el chofer de la familia para la que trabajaba. Hoy, una mujer jubilada, tiene presentes las experiencias como trabajadora y se las comparte a María Betania cuando está con ella.

Claudia

Claudia, de 40 años, es una mujer originaria de una pequeña ciudad fuera de la zona metropolitana de Recife; es de esas mujeres que provienen de lo que se conoce como el interior del Estado, es decir, lugares que no son la capital y que suelen ser rurales o ciudades pequeñas; particularmente, ella proviene de un lugar llamado Itaquitinga que en 2022 tenía cerca de 17,000 habitantes.

Claudia estuvo trabajando durante la semana en Recife, para regresar solamente una vez a la semana, a veces dos veces por mes, a su ciudad natal. Ella, al igual que muchas otras mujeres, viajaba desde esos lugares para trabajar y dormir en la casa de la familia que la empleaba, es decir, con un descanso a la semana; generalmente saliendo el sábado por la tarde y regresando los lunes por la mañana antes del horario del desayuno. Ella estuvo así desde la adolescencia y hasta hace unos 5 años. Su rutina cambió cuando decidió mudarse a Recife y

rentar una pequeña casa en un barrio periférico dentro del municipio de Recife, relativamente cerca de su actual empleo. Este barrio era conveniente para ella, por contar con diversas opciones de transporte, como el metro y algunas líneas de autobuses.

Mudarse a Recife no solo le brindó mayores libertades y la oportunidad de conocer la ciudad, sino que también marcó su vida personal, porque una persona de la familia que le rentaba la casa se convirtió posteriormente en su pareja. Este hecho transformó radicalmente su vida; después se mudó con él a una casa que ella había logrado comprar en un barrio lejano pero cercano a la playa. De hecho, meses después del primer encuentro se había mudado a su nueva casa. Esa vivienda, ya propia, contaba con todas las comodidades necesarias para vivir tranquilamente: un baño, dos habitaciones y aire acondicionado.

Claudia pudo obtener la casa, entre otras cosas porque tiene mayor antigüedad en su empleo actual, casi cuatro años con la misma familia, con contrato y con cartera de trabajo firmada. Algo importante es que su pareja no había podido contribuir de la misma manera en la compra, por no tener un empleo formal. Así, la casa estaba únicamente a su nombre. Claudia tiene una hija de 20 años y uno de 14. Su hija mayor fue madre adolescente con apenas 14 años, por lo cual ella misma ya es abuela. Cuando se le cuestionó sobre el trabajo doméstico en su familia, comentó que solamente primas y tías, porque su madre no había tenido ese empleo, y además tampoco veía viable que su hija llegase a emplearse igual que ella; aunque tampoco tenía estudios superiores, la incentivaba para terminar al menos la educación media y así tener mayores oportunidades. Claudia no logró concluir la educación básica.

La infancia de Claudia estuvo marcada por la muerte de su madre, quien falleció cuando ella tenía 9 años. Ya en esa edad ella entró a trabajar con una señora a cambio de remuneración en especie; posteriormente, siguió empleándose en otras casas sin tener una retribución justa; de hecho, su experiencia mejoró cuando empezó a trabajar en Recife. En su trayectoria laboral también estuvo presente la migración hacia Río de Janeiro, a donde se fue a trabajar cuando su hija era niña, también como doméstica. La experiencia en Río de Janeiro en términos laborales no fue negativa, según cuenta, pues además de un mejor pago, tenía mayores prestaciones. Su tiempo allá duró algunos años, pero al final regresó porque sintió que estaba muy alejada de su padre, quien aún vive en su lugar natal, Itaquitinga.

Deyá y Bibi

El caso de Deyá, con 58 años, y Bibi, de 18 años, fue el único donde se logró entrevistar tanto a la madre como a la hija. Ellas viven juntas en uno de los municipios más alejados de la región metropolitana, necesitando de entre 1 hora y media a dos horas para llegar desde su casa al centro de Recife; ambas participan de eventos en el sindicato, por eso se logró la entrevista con ellas. Aunque Bibi no es propiamente una trabajadora doméstica, ha tenido experiencias, principalmente ayudando a su madre, yendo con ella a realizar trabajos por día y así reducir la carga de trabajo de Deyá. En su familia hay otras experiencias de trabajo doméstico, pero no directamente de la madre de Deyá, sino de su tía, quien también tiene una larga trayectoria en esa rama.

Deyá presenta ciertas singularidades; primeramente, eligió el trabajo doméstico ya siendo una mujer adulta; a diferencia de casi todos los casos de esta investigación, no se vio obligada en la infancia o adolescencia, a pesar de que ella misma reconoce las carencias económicas en su familia. También, sobresale que ella tiene el nivel educativo más alto de todas las mujeres entrevistadas, pues se graduó como profesora de educación física y trabajó en un gimnasio en su juventud. La razón para cambiar de trabajo vino de haberse quedado sin empleo; como ya venía realizando trabajos como diarista y otras mujeres de su barrio también se empleaban en ello, la transición pareció ser "natural" y, de hecho, dice, fue algo satisfactorio, pues haber sido profesora de educación física no le llenaba de la misma forma que lo hizo esta otra ocupación.

Aunque no dejan de ser una familia que ha tenido carencias económicas, Deyá reconoce que ella viene de una estructura familiar sólida, creció con una familia nuclear, siendo cuatro hermanas; hoy vive en el mismo barrio y en la misma casa en la cual vivía con sus padres, quienes además le ayudaron con el cuidado de sus dos hijas, pues se separó del padre cuando ellas eran pequeñas. El padre de Deyá falleció, pero su madre aún está viva y vive con ellas. La hija mayor de Deyá, de 22 años, hermana de Bibi, vive en otro estado, al sur de Brasil; se fue para estudiar enfermería y actualmente está casada y terminando la escuela.

Deyá ha dejado el trabajo doméstico por otras labores del propio sindicato. En el trabajo doméstico no faltan historias de abusos, pero Deyá no siente que haya sido su caso; de hecho, siente que el hecho de haber tenido educación superior le ayudó a reconocer empleos no adecuados y a buscar mejores oportunidades, también a recibir un mejor trato de parte de sus empleadores, a quienes siempre les dejó en claro que ella no aceptaba tratos denigrantes.

Por otro lado, Bibi se está preparando para entrar a la universidad; recientemente terminó los estudios de educación media. A pesar de su corta edad, ya tiene la experiencia de trabajo con su madre y como empleada de una tienda en su barrio. A futuro, le gustaría ser profesora; su objetivo es entrar a la universidad y graduarse en el área de letras. Al ser cuestionada sobre si ella se ve realizando trabajo doméstico remunerado, ella dijo que no está en contra de hacerlo, pero tampoco espera que eso pase. Dijo que, a pesar de no verlo como un trabajo denigrante, reconoce las dificultades por las que pasan las trabajadoras; así que su objetivo laboral no está ahí, aunque realmente no lo descarta por completo.

El vínculo entre ellas parece ser positivo; Deyá ha intentado ser un buen ejemplo para Bibi y para su otra hija y actualmente la sigue apoyando para que siga estudiando y tenga así mejores oportunidades laborales. Su trayectoria en perspectiva generacional está marcada por cambios más radicales entre la generación de los padres de Deyá, quienes apenas tienen educación básica, y Deyá misma, quien tuvo mejores condiciones para estudiar y decidir lo que quería hacer laboralmente. Ya la generación de Bibi se asemeja más a las condiciones de su propia madre, pero potencialmente parece tener más opciones si logra entrar a la universidad y graduarse. Cabe mencionar que el ingreso a la universidad para Bibi es distinto al de su madre. Hoy existen las cuotas universitarias, son lugares reservados exclusivamente para estudiantes pardos y pretos; en su caso, como mujer parda, puede solicitar, además del lugar en la universidad, una beca de manutención.

Tania

Tania, de 58 años, es una mujer expresiva; además de conversar bastante, mantiene buen ánimo. Ella ha tenido una trayectoria laboral dividida entre el trabajo doméstico y otros empleos, principalmente en áreas de limpieza. Aunque no terminó la educación básica, ha buscado mejorar su preparación laboral a través de cursos de limpieza en la industria y cuidadora. Además, ha tenido experiencias de trabajo en el sudeste de Brasil, específicamente en São Paulo.

Ella nació en el estado vecino de Alagoas, en un pequeño poblado que aún visita al menos una vez al año, ya que tiene familia allí. Sin embargo, su residencia actual está en la zona metropolitana de Recife, en el municipio de Paulista, donde ha adquirido casa propia gracias a un programa del gobierno estatal. Por las tardes suele cuidar a su nieto, hijo de su hijo. Actualmente ha decidido no aceptar

trabajos con jornadas demasiado largas, ya que está priorizando el cuidado de su familia.

Aunque los padres de Tania enfrentaron diversas carencias económicas, ella no considera que su estructura familiar haya sido débil. De hecho, tuvo una relación muy buena con su madre, una mujer que ya falleció y a quien cuidó durante su vejez y hasta el momento de su muerte.

En la historia de Tania sobresale que en su infancia fue víctima de lo que ella llamó trabajo esclavo; siendo aún una niña de 11 años, la llevaron a trabajar a una casa en Recife; una señora le prometió a su madre que le darían a Tania educación y cuidados. La madre estuvo de acuerdo porque pensó que sería una buena oportunidad para Tania; sin embargo, cuando ella llegó, la hicieron trabajar y no le dieron educación; además, nunca recibió un pago por ello.

Tania salió de esa situación porque los vecinos se dieron cuenta de las condiciones en las que la tenían y amenazaron con llamar a la policía. Ante esta presión, la familia que la tenía cautiva decidió regresarla con sus padres. Durante los tres años que estuvo en esa casa pasó momentos de mucha humillación e incluso fue víctima de violencia. A pesar de lo traumático de la experiencia, Tania afirma no guardar rencor hacia las personas que la sometieron. Para ella, de alguna manera, esa vivencia le dejó aprendizajes que han influido positivamente en su vida, como por ejemplo aprender a trabajar. Tania pasó su primera infancia en una zona rural; su familia trabajaba el campo y ella creció en ese ambiente, donde nadaban en el río, cosechaban la tierra. Estos son recuerdos que tiene presentes de su infancia y que, al comparar con su vida en Recife, cuando la tuvieron como trabajadora en condiciones denigrantes, los ve como momentos alegres y positivos en su vida.

Tania tiene un profundo amor y conocimiento por su tierra, el Nordeste de Brasil. Ella se identifica plenamente como una mujer nordestina y se siente muy orgullosa de las características que definen a su pueblo: la expresividad, las tradiciones, la comida típica, la cultura de playa o el carnaval.

En el trabajo se desarrolla como cuidadora, es beneficiaria del programa Bolsa Familia y complementa sus ingresos con trabajos temporales. En una ocasión estaba cuidando a una persona en un hospital durante el día, turnándose con otra cuidadora que se quedaba toda la noche, pero la otra cuidadora no se presentó y Tania tuvo que quedarse doblando turno, no porque quisiera, sino porque no podía dejar al paciente solo y ningún familiar se hizo cargo.

Tania, al igual que otras mujeres, creció en una zona rural y hoy vive en la ciudad; al haber adquirido casa en Recife, no considera la posibilidad de regresar, pues ahora tiene descendencia y una casa, aunque su identidad está marcada por esas experiencias de las zonas rurales, identificándose a sí misma como matute, término que usan en Recife para referirse a las personas que vienen de lo que ellos llaman el interior –zonas rurales o ciudades pequeñas del Estado–.

Viana

Viana, de 48 años, nació en el estado de Sao Paulo, pero su familia es de Pernambuco. Actualmente vive en una pequeña ciudad cercana a Recife, fuera de la zona metropolitana llamada Lagoa do Carro, población de más o menos 18,000 personas en 2022. Viana vive en una casa con su marido, una tía política y su nieto de 6 años. Recientemente quedó desempleada y está a la espera de un nuevo empleo, pero dándose un tiempo para descansar. Normalmente, Viana trabaja en Recife como cuidadora, aunque ya fue niñera y doméstica. Su rutina consiste en ir a trabajar y regresar a su casa diariamente; por ello ha adquirido una motocicleta que le sirve para transportarse.

Viana tiene 6 hijos, todos nacidos en Pernambuco. Ella habla de su matrimonio actual con alegría; tiene poco tiempo de haberse casado. Este es su tercer matrimonio; su pareja fue su novio de la infancia, con quien retomó contacto hace poco. Ella cuida y da importancia a su apariencia; es una mujer elegante y pulcra. Por sí misma, rompe con los prejuicios sobre la forma en que las trabajadoras domésticas suelen vestirse o conducirse por la vida.

Viana ha sido trabajadora doméstica, pero también ha sido más que eso. Se ha ganado la vida como cuidadora, niñera y doméstica, pero también vendiendo ropa, joyas, entre otros productos. Ella se apoya en el trabajo doméstico para tener un ingreso fijo, pero no se conforma con eso; busca complementar sus gastos a través de comercio informal. Ahora mismo parece que su situación económica es estable gracias al reciente matrimonio; dispone de un auto y la casa donde vive es de su marido, quien tiene un trabajo estable y una situación económica favorable, siendo que, además de empleo, posee tierras en su localidad.

Viana no parece ser una mujer sumisa. Por el contrario, dijo que sus actitudes suelen sorprender tanto a sus compañeras de trabajo como a quienes la han empleado, pues, según dice, le han dicho que tiene actitud de patrona.

En años recientes, ella se ha sentido más inclinada hacia el trabajo de cuidadora. Actualmente, se hace cargo de una tía política, a quien lleva casi cinco años

cuidando en su casa. Se trata de una persona de movilidad reducida y de avanzada edad, a quien ella siente que debe el cuidado, pues nadie más de su familia directa se ha hecho tan responsable como ella. Cuando trabaja y no está en casa, quien cuida de su tía y de su nieto es su vecina, a quien ella misma emplea como trabajadora doméstica y cuidadora de manera informal.

Viana tiene un profundo gusto por la vida fuera de la ciudad. Desde joven, ha desarrollado habilidades que la conectan con el campo: sabe cuidar animales de granja, cocinarlos e incluso comercializarlos. Esta conexión con el entorno rural no solo le ha permitido generar ingresos adicionales, sino que también refleja su capacidad para adaptarse a diferentes contextos y tareas. Además, su experiencia y capacidad de gestión la han convertido en una figura de apoyo para otras mujeres que buscan empleo en el área del trabajo doméstico. Tiene una amplia red de conocidas que se desempeñan en este ámbito y así llega a intermediar y dar recomendaciones para quienes necesitan oportunidades laborales.

Sin embargo, es curioso que Viana sea la única en su familia que se ha dedicado al trabajo doméstico como ocupación de vida. Ni en las generaciones mayores ni en las más jóvenes de su familia hay presencia de este empleo; tiene una hermana más grande que es profesora y sus hijas han tenido otras opciones laborales. Viana fue madre con 18 años; en ese momento vivía en São Paulo; de hecho, su embarazo fue cuando todavía era menor de edad. Su madre en aquella época había vuelto a Recife y, cuando a los 18 años se separó del padre de su hija, ella regresó a Recife con su madre y comenzó a buscar trabajo, siendo su única opción el trabajo doméstico remunerado. Desde entonces pasó por varios empleos, incluyendo los de dormir en casa, como niñera y ahora como cuidadora. Aunque en general habla bien de su experiencia también reconoce los maltratos y las humillaciones de los que ha sido víctima, pero no siente que eso la haya llevado a alejarse; de hecho, ella busca seguir trabajando por un buen tiempo hasta que su nieto vaya a la universidad.

Edith

Edith es de las mujeres más jóvenes que colaboraron en la investigación, tiene 22 años y también es originaria de Itaquitinga, como Claudia. Su familia es nuclear; ambos padres están vivos. En general, Edith describe su situación económica como precaria. Se desempeña en el trabajo doméstico desde los 18 años; es niñera y doméstica para una familia de Recife. Su trayectoria laboral, sin embargo, comenzó antes, a los 15 años, cuando vivió en Río de Janeiro; su prima la invitó a irse con ella y así encontró empleo como auxiliar de oficina. Dicha experiencia

siente que le hizo ser más independiente, pues logró sustentarse a sí misma; además, también terminó la educación básica y media durante los años que trabajó en esa ciudad.

Edith regresó a Pernambuco cuando empezó la pandemia, pues se quedó sin ese empleo y no tuvo cómo solventar los gastos de manutención. A su regreso, su mejor opción fue emplearse en casa de familia. Edith dijo sentir que el trabajo doméstico está marcado por los abusos y la desvalorización. En su discurso estuvo presente la trayectoria del trabajo en las familias, esta labor ha estado por generaciones; en su caso fueron su madre y su abuela quienes se desempeñaron en esta área. Sin embargo, también señaló que, para las generaciones anteriores, las condiciones eran aún más difíciles: había mayor explotación, con horarios más extensos y recompensas económicas insuficientes.

Edith dijo que por ahora no tiene otra opción, pero su verdadera expectativa es terminar los estudios superiores, ya que estudia los fines de semana; así espera emplearse en la rama de su estudio cuando concluya su formación académica. En su caso, el trabajo doméstico no parece un fin o un ciclo interminable, sino el medio actual que le permite sostenerse temporalmente. Además, el hecho de no tener hijos le permite mayor autonomía en la toma de decisiones. Trabaja para sostenerse y contribuir con los gastos de sus padres, pero no se siente atrapada por su ocupación actual. Por el contrario, lo ve como una herramienta temporal que le permitirá, en el futuro, salir de esa dinámica y construir una vida profesional diferente.

Sin embargo, la dedicación de Edith al trabajo es intensa y, en ocasiones, agotadora. Al ser de un lugar del interior, ha optado por el trabajo en Recife, pero durmiendo en la casa de los empleadores. Edith se desempeña como doméstica y niñera para una misma familia, trabaja con contrato formal y tiene sus derechos reconocidos con la cartera de trabajo firmada. Esta situación genera que su vida siga sujeta a las necesidades y horarios de sus empleadores. Ella expresó cierto resentimiento hacia ello, pues siente que, a pesar de su esfuerzo y dedicación, ha tenido que sacrificar su independencia y su propia libertad.

Edith fue la única que habló de la ley "PEC das domésticas" de 2013 durante la entrevista; quizá por tener esa experiencia de trabajo y migración, además de seguir estudiando. Ella sabía de la importancia de la lucha por el reconocimiento de los derechos laborales de las trabajadoras y cuestionó que la ley no haya modificado los abusos y la humillación que surgen en esta práctica. Su perspectiva es influenciada por su propia trayectoria de vida, lo que generó mayor

conocimiento sobre la relación de trabajo doméstico remunerado como práctica de precarización. Es posible que su vivencia migratoria tenga un impacto importante en la generación de una subjetividad de conciencia sobre el trabajo doméstico. La exposición a un contexto urbano de las características de Río de Janeiro, junto con su experiencia laboral y educativa, parecen contribuir a la significación del trabajo doméstico desde la precariedad sin negarlo como herramienta de supervivencia.

Leni

Leni, de 53 años, habitante de la periferia de Recife, fue contactada por el sindicato; en una reunión dijo que estaba haciendo campañas en las terminales de integración para informar a las trabajadoras domésticas que pasaban de la existencia del sindicato y de sus derechos. Según dice, el sindicato ha sido fundamental para conseguir la relación que tiene hoy con sus empleadores, pues dijo que no permitía que ellos la hicieran sentir inferior y que negociaba con ellos de igual a igual. Ella no da más de su tiempo que el de su propio horario, usando como arma de negociación la propia ley. Es una mujer separada con dos hijos adolescentes; ambos están estudiando la educación media.

Leni no considera que su trayectoria laboral se reduzca a esta ocupación, pues ha tenido otras experiencias de trabajo, así que, en caso de requerirlo, ella cambiaría hacia una rama diferente. Lo cierto es que fue su primera experiencia de trabajo en la adolescencia; su padre falleció y dejó a su madre a cargo de ella y de sus hermanos; como ella era de las mayores, tuvo que asumir responsabilidades de cuidado con sus hermanos pequeños y así, sin haber terminado la escuela, se enfrentó a la situación de tener que buscar una forma de ganarse la vida. Luego tuvo empleos de diferentes tipos y justo en los últimos años regresó al trabajo doméstico por necesidad. En uno de sus empleos tuvo la oportunidad de estudiar y concluir la educación básica y media e incluso comenzó estudios superiores, pero no terminó porque salió de ese empleo.

Leni tiene casi un año participando en las reuniones del sindicato y dice haber aprendido mucho, también fue bastante reservada para abordar cuestiones relacionadas con su familia; aunque llegó a decir que su madre trabajó en el trabajo doméstico, no profundizó mucho en ello, incluso habló poco de lo que ella quiere con relación a sus hijos profesionalmente. En algunas de las charlas informales, dijo que su hija había tenido la oportunidad de viajar a Estados Unidos por un convenio del municipio de Recife con escuelas de bachillerato. Contó haber estado casada por muchos años con el padre de sus hijos; incluso se mudó a una

ciudad vecina debido al trabajo de él. Cuando estaba casada, tenía otras condiciones de vida y en general no sentía la presión económica que tiene ahora por tener que sustentar a sus dos hijos. Por otro lado, ahora que está separada, tiene libertad para organizar sus actividades, para salir los fines de semana e incluso para intentar nuevas relaciones de pareja, lo cual, según dijo, estaba ocurriendo actualmente.

Selene

Selene, de 38 años, vive en una localidad rural del Estado de Pernambuco que se llama Limoeiro, localidad de aproximadamente 57,000 habitantes; se localiza a unos 80 kilómetros de Recife. Ella salió de su ciudad natal para trabajar en el trabajo doméstico remunerado, ejerciendo principalmente funciones como niñera. Su primera experiencia fue en Río de Janeiro y posteriormente en Recife, aunque ahora no trabaja en ello, pues decidió regresar a su ciudad natal; ella es madre sola y no tiene casi nada de apoyo de los padres de sus hijos. Hoy se sostiene gracias a un pequeño negocio que emprendió con su hermana; se dedica a la venta de comidas rápidas y postres.

Pasaron muchos años en los que ella fue trabajadora durmiendo en casa; apenas veía a sus hijos los fines de semana; el resto del tiempo los cuidaba su madre, la abuela de los niños. Selene dice haber sentido falta de no estar más con ellos, especialmente del mayor, pues fue con quien menos pasó tiempo de niño. Selene tuvo que repensar su rol como madre frente al trabajo doméstico remunerado, decidiendo el cambio de área de trabajo a la separación familiar. Esto pasó porque el mayor tuvo problemas y no quería que pasara lo mismo con el menor. En su ciudad natal comenzó un nuevo negocio con su hermana. Por otro lado, aunque no piensa en el trabajo doméstico como algo negativo, también reconoce los sacrificios personales, viendo el sacrificio emocional implicado, especialmente cuando hay cuidado de niños.

Selene dice que ella no siente que su experiencia en casa de familia haya sido negativa; por el contrario, aún siente cariño por la última familia para la que trabajó, con quienes generó un vínculo emocional que ha perdurado incluso ahora que ella no está más trabajando con ellos.

Laura

Laura, de 30 años, es una mujer casada, vive en una localidad pequeña fuera de la región metropolitana y trabaja en Recife, durmiendo en la casa de los empleadores durante cuatro días de la semana. El resto de los días regresa a su

casa con su marido; el lugar en donde vive es el pueblo natal de su marido, se llama Sirinhaém, se localiza a 80 km de Recife y tiene una población de aproximadamente 80,000 habitantes; ella se mudó con él después de que se casaron.

Laura se divide entre el trabajo en casa de familia y el tiempo de trabajo en su propia casa. Comenzó en el trabajo doméstico incluso antes de conocer a su marido, cuando tenía 18 años, siempre como niñera, pues dice que le gusta trabajar con niños. Al haber nacido en una ciudad del interior, siempre ha tenido trabajos durmiendo con los empleadores y regresando a su casa solamente en días de descanso. Este modelo es el que mejor se ha acoplado a sus condiciones; lo fue de soltera y ahora que está casada lo ha mantenido.

Laura no tiene hijos, pero desea tenerlos; dijo que han buscado el embarazo, pero no lo han logrado. Al ser cuestionada sobre cómo lidiaría con ello y su trabajo, dijo que solamente trabajaría durante el embarazo; después, al nacer, abandonaría el trabajo, especialmente porque espera ser ella quien cuide de él. Dijo que, aunque su situación económica no es la mejor, el sustento de su marido sería suficiente para ella poder dedicar su tiempo a la maternidad.

Hoy, Laura trabaja con cartera firmada y tiene todos sus derechos reconocidos; dijo que le conviene más tener derechos que recibir Bolsa Familia, aunque sabe que hay quienes prefieren lo contrario. Quizá porque cuando ella entró a trabajar las condiciones ya habían mejorado, pero ella en general tiene bastante claro que, al ser niñera, no debe realizar tareas de limpieza; sus responsabilidades son con los niños y nada más. Esto, dice, debe ser muy claro para ella y para los empleadores; así, en caso de que le pida una tarea que no le corresponde, puede argumentar que no sabe cómo hacerlo.

Joseane

Joseane, de 43 años, es una cuidadora, vive en Recife en un barrio periférico, renta una casa a la que tiene poco de haberse mudado. En su experiencia laboral ya fue doméstica semanal y diarista; dice que se acomodó mejor como cuidadora; al momento de la entrevista tenía tres empleos, todos como cuidadora. En dos de sus trabajos está con cartera firmada y solamente en uno está informalmente; en ese último dijo que no siente que se trate como un trabajo como tal, pues, de hecho, lo que hace es darle compañía a una mujer de avanzada edad por las tardes.

Ella dijo que le gusta el trabajo de cuidadora; incluso tomó un curso que la avala como tal. Ella observa que los cuidados de personas ancianas o de enfermos es algo que las familias no quieren asumir. Por ejemplo, en caso de que la cuidadora no pueda trabajar, ellos buscan un reemplazo, pero no asumen la tarea de cuidado ellos mismos.

Joseane manifestó que es mejor trabajar con otras cuidadoras que sean sus amigas o que sean conocidas; de ese modo es mejor organizar los horarios, los permisos, las salidas, en fin, situaciones que les permiten ayudarse. Además, logra establecer límites y separar las tareas de trabajo doméstico de las de cuidado; aunque los empleadores siempre esperan que una sola persona haga todo, ya sabe cómo negarse a ello, dejando en claro su función como cuidadora.

Ella fue madre adolescente y ahora mismo su hija menor acaba de ser madre siendo adolescente; entonces acaba de convertirse en abuela. En su casa viven ella con sus dos hijos, su nieto y su esposo, quien no es el padre de sus hijos, pero con quien ha tenido una relación de pareja desde hace varios años. Sus hijos están hoy en la adolescencia y estudiando. Justamente cuando se le entrevistó, se encontraba de incapacidad, pues había tenido una cirugía recientemente. Coincidentemente, los días que no tuvo que trabajar le han servido para estar más tiempo en esos primeros meses de vida de su nieto, pero esa situación iba a cambiar radicalmente cuando pasara dicha incapacidad y tuviera que regresar al trabajo, dejando tanto a su hija como a su nieto solos.

La casa donde vive tiene tres habitaciones, una pequeña sala con televisión, cocina y un comedor pequeño; su pareja tiene automóvil particular y trabaja durante la semana como empleado en una tienda; entre los dos consideran que tienen una vida económica estable, aunque con ciertas carencias.

Angélica

Angélica tiene 33 años, es soltera, no tiene hijos; su trabajo es en Recife, pero ella vive en una localidad del interior. Trabaja como folguista, es decir, que solamente lo hace los fines de semana durmiendo en la casa empleadora; su responsabilidad es ser niñera y cuida de un bebé de poco más de un año. El empleo que tiene le permite estudiar y trabajar al mismo tiempo. Ella comenzó con el trabajo doméstico desde su adolescencia. En su experiencia laboral se encuentran ser niñera, cuidadora y doméstica; su objetivo es graduarse y cambiar de rama, ya que es estudiante de nutrición y está por terminar.

Angélica tiene un segundo trabajo, que es ser intermediaria entre empleadoras y trabajadoras para la búsqueda de empleo. Para ello, formó un grupo de WhatsApp para compartir vacantes y así recomendar a las mujeres que quieren postular en dicha vacante. Cuando ella sabe de alguien que está buscando, sube la información y las trabajadoras que están interesadas pueden ponerse en contacto con Angélica para obtener más información.

Se trata de un trabajo similar al de una agencia de empleo, aunque ella no se asume como tal y trata de dejarlo claro a las trabajadoras y a las patronas. Esto no quiere decir que ese trabajo lo haga gratuitamente, sino que opera en la informalidad, porque al final genera pequeñas ganancias: cobra por entrar al grupo y una comisión en caso de que se queden en el empleo.

Angélica es una persona muy astuta; mientras sigue en el trabajo, se ha dado tiempo para estudiar y ha buscado romper con el ciclo interminable de trabajo doméstico remunerado. A pesar de haber empezado muy joven, como otras mujeres. Sigue en una etapa que le ha permitido impulsar otras formas de empleo que ella misma ha decidido. A pesar de tener experiencia en esta área, ella remarca su identidad laboral no como trabajadora doméstica, sino como nutrióloga.

Rosa

Rosa, de 42 años, vive en un municipio de la región metropolitana; fue entrevistada en el momento en que estaba buscando trabajo; había pasado algunas experiencias negativas en el proceso y se encontraba desanimada. Las opciones de trabajo y las entrevistas de empleo que había tenido no habían dado buenos resultados, pues o bien los empleadores no la llamaban o ella no estaba de acuerdo con las condiciones que le ofrecían. Algunas personas decían que la iban a entrevistar y al final no lo hacían; algunas dijeron que le avisarían si le daban el trabajo y no lo hacían. Se notaba la desesperación por encontrar un nuevo trabajo, pues ya tenía un tiempo buscando y estaba en grandes aprietos económicos.

Rosa dijo que estaba casada, pero no entró en muchos detalles sobre cómo se organizaban financieramente al interior de la relación, pues ella sentía la responsabilidad de mantener a sus dos hijos, ambos infantes, y por ello sentía más la urgencia de encontrar trabajo. Además de esos dos niños, tenía una hija de 23 años.

Rosa contó que su historia de vida era dolorosa, pues nunca sintió cariño de parte de su madre, quien le dio mejor vida a sus hermanas; además, la ven con

desprecio por ser trabajadora doméstica. Sus hermanas tuvieron oportunidades que ella no tuvo, como acceso a educación y mayores cuidados familiares. A su vez, pasó por un embarazo en la adolescencia siendo soltera y esto la llevó a buscar trabajo desde esa temprana edad; no siente que haya tenido muchas opciones en su proceso de elegir un trabajo, incluso hace énfasis en la cuestión de la educación, pues tras haber tenido que dejar los estudios por asumir las responsabilidades de la maternidad, no ha tenido otras experiencias ni oportunidades laborales.

Rosa cuenta que para ella el trabajo no es tan malo, tiene sus cosas, como cualquier otro; el problema es el prejuicio, a veces de empleadores o personas cercanas; ellos las tratan con desprecio solamente por ellas ser personas que hacen servicios de limpieza o por estar ahí ocupando el lugar de una persona a su servicio.

3.2 El origen, condiciones estructurales que determinan las trayectorias

3.2.1 Pobreza y desigualdades

El origen de las mujeres que colaboraron en esta investigación es central para comprender los cursos de vida. Se identificaron dos orígenes principales; el primero de quienes nacieron en espacios rurales o en ciudades pequeñas aledañas a la región metropolitana. Tania, Deyá, Laura, Angélica, Claudia, Selene y Edith son quienes tienen dicho origen. El otro, correspondiente a Leni, María Betania, Eronilda, Rafaela, Bibi, Joseane, Rosa y Mariana, quienes nacieron en las periferias de la región metropolitana de Recife. Solamente Viana nació en el estado de Sao Paulo, pero su familia era de Pernambuco, por lo cual su infancia y adolescencia transcurre entre ambos estados, asentándose permanentemente en Recife después de su primer embarazo a los 18 años. Quitando a las dos más jóvenes (Bibi y Edith), que nacieron en el siglo XXI, la mayoría de ellas nacieron en la segunda mitad del siglo XX, entre los años 1966 y 1991.

Considerando el tiempo y espacio mencionados, ellas nacieron durante transiciones económicas y políticas. Pernambuco había sido principalmente agrícola, centrado en la producción azucarera, pero fue disminuyendo la producción hasta su casi completa extinción. Por otro lado, fue el momento de crecimiento de la base económica centrada en los servicios, y en menor medida

en la industria. Este proceso de transición económica fue motivado por proyectos federales de reactivación económica que se gestaron durante esa época, especialmente en 1988 con la proclamación de la nueva constitución.

Cabe señalar que la transición económica no necesariamente significó un cambio en la estructura de clases sociales y desigualdades, los patrones de desigualdad se siguieron reforzando pues las clases altas siguieron manteniendo sus privilegios mientras las clases continuaban precarizadas. Las mujeres colaboradoras de la investigación se encuentran entre los grupos no privilegiados. A continuación, los relatos abordan aspectos sobre sus orígenes.

Bueno, así es, era tal cual. Allá tenemos una temporada de cosecha muy buena, que es la de la lluvia, ¿verdad? Hay que plantar para cosechar. ¿Entiendes? Entonces, si plantas, tienes. Si no plantas, no tienes. Y era eso. El terreno no era nuestro. Trabajábamos para la Usina¹. Todo lo que no había en casa, se tenía que comprar en la tienda del patrón. (Tania, 55 años, Migrante rural)

Tania cuenta sobre su primera infancia en un ambiente rural delimitado por la dinámica de la cosecha para autoconsumo. Al mismo tiempo, narra dependencia hacia los patrones por no poseer la tierra y porque la compra de insumos básicos era en centros de abastecimiento de los mismos dueños de la tierra. Ejemplo de la crisis agrícola de la época que fue generando los procesos migratorios hacia las ciudades.

... ya trabajo hace mucho tiempo en este rubro, ¿sabes? Porque en el interior la vida es triste. Y por eso uno corre a trabajar. Dejé el estudio. Soy una persona que no soy analfabeta, pero dejé mi sueño de graduarme, de tener algo, debido a que la situación allá no daba ni medio de... de alimentarse. Entonces corrí a trabajar a Recife, en la capital ... (Claudia, 40 años, Migrante rural)

El caso de Claudia es similar; proveniente de una región rural, su contexto estuvo marcado por la necesidad económica y por las diferentes carencias que la orillaron desde muy pequeña a contribuir económicamente. También menciona que su padre se dedicaba al campo: "Mi papá era cortador rural, cortador de caña. Trabajaba en el campo" (Claudia, 40 años, Migrante rural).

Algo similar ocurrió en el caso de Selene, una mujer que nació en un ambiente rural y que observa la falta de condiciones económicas en su familia, recayendo tempranamente una mayor responsabilidad sobre su propio sosten.

"...en esa época tampoco teníamos condiciones, ¿verdad? O sea, los padres intentan dar lo máximo a los hijos, ¿no? Pero no tienen los medios. Y entonces uno, los hijos, ven que los padres no tienen los medios. E intentan buscar también algo mejor para ellos, ¿no? Pues en mi caso, yo... yo intenté buscar lo mejor para mí" (Selene, 38 años, Migrante rural)

Ya en el caso de Rafaela, quien creció en las periferias de Recife, aunque el contexto es distinto, las carencias también estaban presentes. Su madre no tenía un empleo fijo, dependiendo del trabajo informal. "Mi familia comerciaba mucho. Vendía comida en la calle. Y mi madre hacía mucho eso. Hacía más eso que trabajar en casa de familia. Y era el modo en que íbamos sobreviviendo. Somos cinco hermanos también..." (Rafaela, 34 años).

Leni al igual que Rafaela representan a las mujeres pobres de las periferias de Recife, ellas vivieron la precariedad especialmente por crecer en familias con madres solteras.

"Yo empecé desde mi infancia, debido a las condiciones precarias que vivíamos, ¿sabes? Mi madre estuvo casada con mi padre, mi padre... soy hija de militar, sin embargo, antes de que yo naciera, ¿no? Y el tiempo pasó, mi madre muy joven, se casó temprano, tuvo muchos hijos, mi padre falleció, hubo una tragedia familiar. Desafortunadamente, mi madre tuvo que enfrentar la vida. En eso, los pequeños que iban creciendo, los mayores los iban cuidando. Y en esa etapa llegó mi turno. Empecé a trabajar en el trabajo doméstico a partir de los 14 años. Fui madre, entre comillas; no madre en general, sino de cuidar a mis hermanos a partir de los 12 años, más o menos" (Leni, 53 años, Recife)

La infancia de Leni caracterizada por responsabilidades de cuidado con sus hermanos no es un caso aislado. No es coincidencia que Leni y Rafaela hayan sido hijas de madres solteras con una numerosa descendencia.

Ambos orígenes, el de las periferias de Recife y el de los espacios urbanos, estaban marcados por la vulnerabilidad económica. Por lo tanto, ellas estuvieron desde infantes orilladas a abandonar el estudio y comenzar a trabajar. En estos lugares era difícil tener otras opciones de trabajo diferente al trabajo doméstico remunerado. La mayoría de ellas comienza antes de los 18 años; siendo, de hecho, trabajo infantil, que en aquella época estaba normalizado.

El valor simbólico del trabajo doméstico donde se considera un deber de las niñas y mujeres tienen un peso significativo, especialmente en el contexto al que nos hemos referido, donde estaba totalmente mediado por relaciones paternalistas. Ellas se incorporan al trabajo doméstico remunerado sin asumir, ni por ellas ni por empleadores, que hay una relación laboral de por medio.

"O sea, yo lo veo como una cuestión de desigualdad, ¿no? Muchas de esas personas de mi familia no tuvieron acceso a los estudios. [Empezando] con mi abuela. Ella no llegó ni a terminar la educación básica. Llegó solo hasta el tercer año de la básica y terminó dejando la escuela. Mi abuelo tampoco llegó a terminar. Mis tíos por parte de abuela tampoco llegaron a terminar. Pero también por esa cuestión de la pobreza. Que ellos no tenían los medios y muchas veces las escuelas

antiguamente eran solo particulares. Mi abuela vivía en el interior. Entonces, era muy difícil". (Bibi, 18 años, Recife)

En este testimonio, Bibi reflexiona sobre cómo el contexto de su familia estuvo afectado por el abandono institucional, en tanto no promovía la escolarización de personas viviendo en pobreza. Este factor es central en la definición de las trayectorias. La escolarización era un lujo; así las mujeres fueron orilladas al trabajo doméstico remunerado y a tener baja escolaridad. Cabe señalar que el acceso a educación en las periferias de Recife era mayor que el de los lugares fuera de la región metropolitana, pero afectados por la deserción escolar. "Yo era muy joven y no había terminado la escuela. Y ahí ya me vine para Araçoiaba con una hija y quedé embarazada de nuevo. Y ahí me las tuve que arreglar. Como ya no tenía expectativas de estudio, dije: 'voy a arreglármelas'. Ahí fue cuando empecé " (Rafaela, 34 años, Recife). Como vemos esto fue lo que le ocurrió a Rafaela, quien no sintió motivación para continuar en la escuela y la abandonó tras su primer embarazo en la adolescencia.

3.2.2 La migración como forma de sobrevivencia

La migración no es un cambio geográfico, sino una transformación en sus dinámicas familiares y personales. La principal forma de migración ocurre dentro del mismo estado de Pernambuco en el fenómeno del campo a la ciudad, pero también a otras ciudades más importantes del país. En menor medida las experiencias de migración también ocurrieron a mayor escala, yendo a ciudades como Rio de Janeiro y Sao Paulo.

Al migrar, transforman su rutina personal y la familiar. La separación de personas cercanas afecta su situación emocional. La migración las llevó a enfrentar desafíos de adaptación a un nuevo entorno; en todos los casos estas experiencias ocurrieron entre la infancia y la adolescencia. Fueron siete de las 16 entrevistadas quienes vivieron procesos migratorios, justamente quienes provienen de contextos rurales o de ciudades pequeñas.

La migración se puede entender como una estrategia de supervivencia, asociada a la posibilidad de generar ingresos, de mayor oferta de trabajo, incluso de posibilidades de estudio, pero esto depende de las condiciones en las cuales ocurra. Al mismo tiempo existen migraciones que recrudecen las vulnerabilidades.

En el caso de Tania, por ejemplo, cuando tenía once años, vivía con sus padres y hermanos en una zona rural del estado vecino de Alagoas cuando una persona

llegó a su casa diciendo que quería llevársela para darle educación y una vida mejor en Recife. Sus padres en ese momento aceptaron.

Esta situación no es un caso único en Brasil; es una práctica que por muchos años existió y quizá siga existiendo, en la cual una familia con mejores condiciones económicas toma a una niña o adolescente, generalmente de una zona rural, bajo el supuesto argumento de que va a cuidar de ella.

"La mayoría de las niñas y adolescentes llevadas al trabajo doméstico van a las casas de familias con la promesa de que serán bien criadas, tendrán derecho a estudiar y serán tratadas como parte de la familia. Sin embargo, pronto tendrán que lavar, planchar y limpiar todos los cuartos de la casa o asumir la responsabilidad de cuidar a otros niños, sin una jornada de trabajo definida y sin remuneración, ya que los patrones están "haciendo el favor" de ayudar a las familias pobres, generalmente del interior del estado, en la crianza de esos niños". (Arruda, 2007, 286)

En efecto, Tania fue víctima de esta práctica, la trata de personas con fines de explotación laboral, un delito que, a pesar de estar presente en la historia reciente de Brasil ha sido poco fiscalizado, hasta la fecha siguen apareciendo casos de personas que llegaron desde niñas con una familia, pasando ahí su adolescencia y vida adulta.

Cuando llegué aquí por primera vez, me convirtieron en una esclava blanca. Esclava blanca. Cuando llegué aquí, la mujer me trajo desde allá, del interior de Alagoas para acá. Ella invitó a mi madre, para traerme aquí a Recife, para enseñarme a ser una gran profesora. Ella la engañó, como se dice allá, "engalobó" a mi madre. "Engalobar" es engañar, mentir. Entonces, salí de allá, pequeña, con 11 años, y vine para acá. A Prazeres. Aquí, en Recife, Prazeres. Luego, fui a su casa. Fui a la casa de esa señora a trabajar allí. Trabajé allí, ella me enseñó a cocinar como nadie, a trabajar como nadie. Y la única ropa que me compraba era ropa de segunda. No estoy discriminando, porque para mí es muy bueno, pero era la ropa que ella me compraba. Nosotros, como pobres que trabajábamos en el interior, como te dije, con lo poco que teníamos, vivíamos bien. ¿Entiendes? Allá nunca nos faltó comida porque, como te dije, teníamos en abundancia. Como gallinas, cabras, leche. Había mucha leche. Había vacas. Entonces, consumimos la carne de res, ya sabes, ¿no? Cabra, vaca, gallina, huevos, trigo, frijoles, arroz, todo lo cultivábamos para cosechar. Cosas que muchos... Cuando vine para acá, no sabía. Vine feliz, una niña inocente. ¿Entiendes? Fue entonces cuando descubrí lo que era... Comer un pedazo de huevo. Porque creo que no en todos los lugares hay lo que hay aquí. Pero allá, teníamos abundancia. Entonces, me pareció extraño. Y... Teníamos límites en las cosas. No era como estar con nuestros padres o con nuestras madres. Porque ella me sacó, sacó de mi madre y luego quería adaptarme, enseñarme a cocinar y a lavar, y no recibir nada a cambio. Cuando me di cuenta de que eso era trabajo esclavo, ya tenía 14 años. Me hice señorita en su casa. Su hijo intentó abusar de mí, salí de allí, pedí ayuda a los vecinos. Los vecinos dijeron que

llamarían a la policía, y ella me mandó de vuelta a casa de mis padres. (Tania, 55 años, Migrante rural)

El testimonio da cuenta del cambio de una vida rural a la ciudad, la separación con la familia, el aislamiento y el maltrato infantil. La normalización de este fenómeno lleva a aceptar las violencias contra mujeres y niñas racializadas sin que haya consecuencias negativas para quienes las violentan, a pesar de que haya un delito de por medio.

Otro caso es el de Edith; ella salió de su casa con 15 años. Ella afirma haber migrado porque realmente así lo deseaba y sin presión de nadie; pero eso no quita que haya sido cuando ella era apenas una adolescente y que haya sido un drástico cambio entre su pequeña ciudad rural y el lugar al que fue a vivir, que es una de las ciudades más grandes del país.

En 2017, decidí mudarme de aquí y buscar algo mejor para mí, estudiar, salir de aquí inicialmente para estudiar, ya que la ciudad a la que fui me permitía estudiar y trabajar, que fue Río de Janeiro. Viví allí durante cuatro años. Al llegar, continué mis estudios, ya que todavía estaba en la escuela secundaria, en el noveno grado, y terminé mis estudios allí. Durante ese tiempo, viviendo allí, me permití estudiar y trabajar como pasante en el Tribunal del Trabajo de la primera región. Así que fui pasante en ese organismo público. Luego vino la pandemia, el desempleo, y regresé a vivir aquí en Pernambuco, y hasta el momento actual, vivo aquí. Fui sola, tengo familia allí, la hermana de mi madre vive allí. Simplemente dije, no me conformo con esta situación en la que estoy ahora. Quiero algo diferente, quiero algo nuevo. Y fue entonces cuando, a los 15 años, salí de la casa de mis padres y me fui, viví con mi tía y me fui. Así que pasé 4 años lejos de mi familia, es decir, de mi madre, padre, hermano, abuelo y abuela. (Edith, 22 años, Migrante rural)

A los 19 años, Edith regresó a Pernambuco porque tras la pandemia perdió el trabajo y no tuvo como seguir pagando los gastos de vivir allá. En Río de Janeiro vivía con su tía, pero sentía falta de su familia cercana. Al regreso tuvo que buscar empleo en el trabajo doméstico remunerado.

Otro caso de migración es el de Claudia, su ciudad natal es Itaquitinga, es un lugar rural que se localiza a tres horas de Recife.

Así que me fui a trabajar a Recife, a la capital, como somos de allá. Dormía en el trabajo, agarraba esos empleos donde... el pasaje para nosotros es más caro, para venir. Entonces, uno busca trabajos donde pueda dormir. Aunque también he tenido trabajos en los que descansaba una vez al mes. He agarrado trabajos por quincena para descansar, para ir a mi casa. Y otros por semana. Después, decidí rentar un lugar aquí. Ahora tengo un trabajo en el que voy a casa todos los días. ¿Sabes? Ya mejoró. Ahora tengo más estabilidad. (Claudia, 40 años)

Como ella lo dice, no era viable hacer el pago de pasaje todos los días por lo cual resultaba conveniente el trabajo para dormir en casa. El regreso ocurría una vez por semana, por mes o por quincena.

Claudia también tuvo una experiencia de trabajo y migración en Rio de Janeiro la cual duró solamente algunos años, regresó a Pernambuco y finalmente poco antes de la pandemia se mudó a Recife. Los dos momentos de la migración han sido por la búsqueda de trabajo y por tener mejores oportunidades laborales. El regreso de Rio de Janeiro se debió a que no deseaba pasar mucho tiempo alejada de su padre, quien aún vive en su lugar natal.

"Yo ya me fui a Río de Janeiro, trabajé un año, un año y dos meses me quedé. Me fui porque me llamaron y yo estaba en casa desempleada, así que me fui. Una persona conocida [me dijo]: 'vente, que aquí no te quedas desempleada de verdad, ¿sabes?'. Entonces fui, me lancé y fui. Me quedé en un rinconcito allá, en un barrio, y después conseguí empleo. Fue una buena experiencia, ¿sabes? Pero una se siente muy... sola, ¿no? Porque está más lejos de mi tierra. Aquí es un poco mi lugar, [soy] de Itaquitinga. Allá una se queda más sola, se siente más sola. Pero fue bueno, fue bueno. El salario era un poquito más y otra cosa: podías ahorrar un poquito, podías, ganabas. Aquí no hay eso, aquí yo creo que el valor es muy poco por eso mismo. Si te pasas del horario, no hay gratificación (pago extra), ¿entiendes? Allá sí había. Allá recuerdo, me parecía una maravilla. Siempre había. ¿Sabes? Me decían: 'te pago X para que te quedes hasta más tarde', hasta la hora que yo necesite, 'está bien'. Ganabas un extra, ¿sabes? Por ejemplo, hace tiempo, ¿hará qué? Unos 10 años que me fui a Río. Todavía recuerdo que yo salía a las seis, o eran las cinco... me pedían que me quedara hasta las siete, las ocho... eran las siete. Cien reales. Cien reales es prácticamente un día entero de trabajo aquí. ¿Sabes? Era eso, ahí veíamos la diferencia. A fin de año, estás lejos de tu familia, van y te ofrecen: 'te doy X [cantidad]. Por trabajar', ibas y ganabas dinero. Aquí es muy poco." (Claudia, 40 años, Migrante rural)

Lo dicho por Claudia permite entender los flujos migratorios y las motivaciones de las mujeres del campo, particularmente del Nordeste, a migrar a una región distante como el Sudeste. Además, están las disparidades regionales en el pago que se hace por el mismo trabajo. Claudia identificó que Río de Janeiro es mejor en la retribución monetaria y que allá existen condiciones laborales que permiten el pago de horas extras. Esta situación contrasta con Recife, donde la retribución económica es menor, pero se compensa con la cercanía que tiene con su familia. En este sentido, la migración y el retorno entran en tensión entre las mejores condiciones económicas y el bienestar afectivo, una encrucijada frecuente para las mujeres racializadas, principalmente las que provienen del campo.

Otro caso similar es el de Selene, quien migró sabiendo que lo haría para dedicarse al trabajo doméstico y a quien le financiaron el pasaje. Este tipo de

migración implicó un cambio de vida por la separación del núcleo familiar y por asumir el cuidado de niños a tiempo completo, con las consecuencias asociadas al régimen de trabajo de 24 horas. Además, el caso de Selene sirve para ilustrar cómo la precariedad del lugar de origen distorsiona la percepción sobre lo que es un buen salario, pues al inicio la compensación parece ser alta, cuando con el tiempo se revela como un pago injusto.

Y ya en Río, cuando trabajaba allá, trabajaba semanalmente de lunes a viernes. Y dormir en el empleo, dormir en el trabajo; ahí solo iba para mi casa solo los fines de semana. Las únicas personas... la única persona que tenía de mi familia, era solo una prima mía que dividía el alquiler conmigo, dividía los gastos, pero... allá yo no tenía [a nadie], ¿no? Yo no tenía padre, ni madre cerca, ni hermanos, ni nada, nada. Solo una prima y, yo creo, el costo de vida allá era mucho mayor que aquí. Me fui con 18. Volví con 24, y me casé. Una persona, una conocida mía, que ella trabajaba en esa misma casa me llamó, preguntó si yo quería trabajar, ¿no? En la casa que ella trabajaba. Ahí dije que quería y ellos mandaron el pasaje. Ahí fui y me quedé trabajando allá. Pero así, mi primera experiencia, yo no tenía experiencia como niñera, yo cuidaba niños, mi sobrino... imagínate. Como niñera de hecho, de tener esa responsabilidad de trabajar de niñera fue mi primer empleo. Fue bien difícil porque es bien distante, y, yo como no tenía a nadie de la familia, todo eso, ahí me quedaba medio... para mí era todo nuevo, pero de cualquier forma fui. Fueron las necesidades y las dificultades de lo que uno vive. Uno tiene que pasar por eso, ¿no? Por algunos momentos, por yo nunca haber trabajado en un lugar así, en ningún lugar, el salario que me pagó fue excelente. Después que vas teniendo experiencia, que vas viviendo todo, ahí ves que estás trabajando mucho y ganando poco, ¿no? Que en la época yo... yo trabajaba y trabajaba de 15 en 15 días. Pasaba 2 semanas en el empleo y descansaba solo 2 veces por mes. Y a veces trabajaba todo el mes y el salario era poco, ¿no? (Selene, 38 años, Migrante rural)

La migración en la vida de Claudia, Tania, Edith y Selene es un punto de inflexión, que por darse en la infancia y la adolescencia tiene un peso determinante en sus trayectorias de vida. Especialmente por ser un momento de tránsito acelerado de la niñez rural a la responsabilidad laboral adulta. Tania migra a los 11 años, pasando directamente a una dinámica de explotación. Esto redefinió su identidad súbitamente, de niña a empleada doméstica, a esclava en sus propias palabras.

Por otro lado, la movilidad difícilmente puede ser considerada el ejercicio de autonomía, sino que responde a una presión estructural de desigualdad y pobreza que interactúa con entornos locales donde esta práctica está normalizada. En el caso de Tania, su vida quedó atada a la de su empleadora bajo una falsa promesa de cuidado, donde la relación no fue de apoyo mutuo, sino de subordinación total. Para Selene y Claudia, los vínculos con parientes o conocidos que ya estaban en

el destino facilitaron el movimiento, proveyendo el pasaje o la referencia del empleo, una práctica normalizada entre mujeres rurales.

3.2.3 Influencias del estado y la política pública

Siguiendo la lógica del análisis de los cursos de vida, procedemos a analizar otro de los factores de determinación a nivel macroestructural, las políticas públicas. Para ello hablaremos del programa federal llamado Bolsa Familia, la ley "PEC das domésticas" y el programa "Minha casa minha vida". Si bien hay más políticas públicas involucradas directa o indirectamente en sus vidas, estas son las más relevantes en tanto ellas las identifican como programas que afectan su cotidianidad, siguiendo el argumento de las entrevistas.

El programa federal Bolsa Familia fue impulsado por el presidente Lula en 2003. El objetivo del programa era erradicar la pobreza y la pobreza extrema. Funciona a través de transferencias mensuales directamente en dinero; el monto puede variar según el número de hijos, el ingreso familiar, entre otros aspectos. En 2011 eran casi 14 millones de familias beneficiadas por este programa. En términos generales, ha tenido un efecto positivo en la reducción de la pobreza extrema, pues su focalización en beneficiarios que realmente lo necesitan se considera exitosa (Souza y otros, 2019).

La influencia de este programa en la vida de las mujeres no es menor; muchas de ellas son beneficiarias del programa o lo han sido en algún momento de sus vidas. En el caso de María Betania, es su principal fuente de ingresos. Rafaela, por su parte, ve su Bolsa Familia como una forma de complementar su ingreso y, en el caso de Tania, también representa una fuente de ingreso estable: "También vivo mucho del Bolsa Familia, de Lula, que abrió las puertas para muchos pobres. No solo de aquí, sino de todo el Nordeste. Mucha gente vive muy bien con ese Bolsa Familia ahí, que es casi un salario mínimo. No es un salario [completo], pero casi es; da para arreglárselas" (Tania, 55 años, Migrante rural).

En los casos mencionados, este programa tiene un peso fundamental en la autonomía. María Betania, por ejemplo, quien tiene ingresos poco estables por la venta de ropa o de bisutería, además de lo que recibe como trabajadora doméstica informal, puede darse tiempo para participar en las actividades del sindicato o cuidar de su nieto. El apoyo Bolsa Familia reduce la urgencia para obtener ingresos desesperadamente.

Por otro lado, la existencia de este programa está relacionada con el trabajo informal. Rafaela, por ejemplo, al ser diarista, sabe que cuenta con una suma de dinero segura porque tiene prácticamente todos los días de trabajo agendados; a dicho ingreso se suma el valor que recibe de programa, que probablemente sea de los más altos debido a que tiene cinco hijos. Así, su ingreso mensual actual puede alcanzar más del doble del salario mínimo, lo que se traduce en un ingreso mayor al que podría tener si cambiara a un modelo mensual con derechos y únicamente con un empleador. El otro aspecto de esa situación es que no tiene seguridad social, que no está contribuyendo a su jubilación ni tiene otras prestaciones como vacaciones, aguinaldo o incapacidades.

La complementariedad en los ingresos no solamente es experimentada por Rafaela; muchas otras trabajadoras, incluso las que no son diaristas, que laboran informalmente, buscan tener estos dos ingresos al mismo tiempo y así incrementar el valor inmediato de su renta mensual.

El programa, como se ha dicho, funciona de manera condicionada. Así, las familias con estudiantes de educación básica y hasta los 18 años deben mantenerse en la escuela, cumpliendo un cierto porcentaje de asistencia para recibir el apoyo. Entonces, el efecto en el aumento en los niveles de escolaridad de la población viviendo en pobreza también se ha vinculado a la existencia de este programa. Cabe cuestionarse si la escolaridad de las familias de esta investigación, desde el punto de vista generacional, ha aumentado solamente debido a estos programas o a otros aspectos directamente relacionados con el trabajo doméstico remunerado. Como se ha mencionado, las trabajadoras domésticas en general tienen grados bajos de escolaridad, principalmente por haber entrado tempranamente al mundo laboral, pero las generaciones siguientes, es decir, las de los hijos de esas trabajadoras, han tenido trayectorias escolares más amplias alcanzando incluso estudios universitarios.

Otra de las políticas públicas de relevancia en la trayectoria laboral es la Ley Complementaria 150, conocida como la 'PEC das Domésticas'. La cual regula el trabajo doméstico remunerado; por lo tanto, su impacto en las trayectorias laborales es innegable. Cabe decir que su discusión, previa a la aprobación, trascendió al ámbito mediático para dirigirse al espacio público y al interior de los hogares. El debate giraba en torno a la equiparación de derechos con otras categorías de trabajadores, pero en gran medida, se cuestionaba la normalización de la explotación del trabajo doméstico y de los abusos sobre las mujeres racializadas que lo realizan.

Inicialmente, podría parecer que la ley beneficia exclusivamente a las trabajadoras formalizadas. Sin embargo, los testimonios sugieren que los efectos han afectado transversalmente, tocando a quienes trabajan en la informalidad. Al establecer el salario mínimo y la jornada laboral como estándar, la ley cuestiona las relaciones paternalistas, como la idea de que la trabajadora es 'parte de la familia' y, por tanto las reglas laborales no son necesarias. Según los relatos, la ley funciona como un referencia para la negociación, al conocer cuales son las condiciones mínimas de trabajo, éstas pueden ser negociadas incluso fuera de un contrato. "Ahí después, gracias a Dios, ¿no?, apareció el sindicato de las domésticas y las leyes, ¿no?, que pusieron solo aquel horario, ocho horas de trabajo. Y ahí yo estoy haciendo valer eso, ¿eh? Voy en busca de eso. ¿Sabes? No dejo que... 'Ah, no, porque lo necesito, me voy a sobrecargar'. No. No" (Mariana, 51 años, Recife).

Mariana ha estado más en el terreno de la informalidad que de la formalidad, pero su testimonio refuerza que la existencia de la ley ayuda a mediar relaciones laborales no formalizadas; como la exigencia de una jornada no mayor a 8 horas por día.

Por su parte, Claudia narra un efecto tangible en su vida ya como trabajadora formalizada "Ahí hoy mejoró, ¿no? Porque hoy si una se queda desempleada, tenemos cómo estar tres meses en casa cobrando, cosa que no había. Entonces eso ya ayuda. Mientras estás ahí [cobrando], [sales] a buscar otro. ¿Entendiste? Es mi mentalidad. Mi mente funciona así. Yo pienso: 'ya voy a salir a buscar otro'". (Claudia, 40 años, Migrante rural)

El testimonio de Claudia habla sobre la protección material del empleo formal: con el acceso al seguro, obtiene seguridad temporal que le permite tres meses de tranquilidad para sostenerse y, de hecho, ganar un poco; es decir, sale de un trabajo, cobra el seguro y, mientras, puede emplearse informalmente hasta que la den de alta en uno nuevo.

Así, estos casos presentan dos dimensiones de la 'PEC das Domésticas'. Para Claudia es una garantía de que no se quedará sin ingresos, incluso en caso de despido. Para Mariana tiene un valor simbólico; le ayuda a disputar las condiciones laborales.

Asimismo, cabe señalar que la reivindicación de las trabajadoras no se reduce a esta legislación. Si bien es cierto que la PEC se mantiene como la principal referencia de conquista de derechos, la movilización en sindicatos y asociaciones abarca una agenda política más amplia y de larga data.

Finalmente, una política pública relacionada con los derechos formales es el programa “Minha casa, minha vida”. Este programa federal permite el acceso a la vivienda a personas de bajos ingresos. En él se otorgan subsidios que facilitan la compra, los cuales se calculan según sea el ingreso de la persona que desea comprar. El acceso a este beneficio social es un efecto colateral de la formalización. Claudia hizo referencia a él porque adquirió una vivienda apoyándose en este programa.

“Ya dio una mejoradita en mi vida, porque yo pago alquiler ahí, pagamos, pero conseguí por la Caixa, el [programa] 'Minha Casa, Minha Vida', ahí compramos, ¿sabes? Es aquí en Paulista. Es una ciudad pequeña, próxima a aquí. Ahí compramos, estamos [planeando] hasta para fin de año mudarnos. Va a mejorar. El punto es que voy a pagar aquel valor que va a ser mío, ¿no? Porque el alquiler te destroza...ya voy a tener casa propia. Ya me dio una estabilidad, ¿no?” (Claudia, 40 años, Migrante rural)

La adquisición de vivienda en la trayectoria de Claudia es mucho más que un logro individual; se trata de un logro en conjunto, de su esfuerzo personal, de la formalización del trabajo y de la existencia de programas federales de esta naturaleza. Aunque su aspecto negativo está en que estas viviendas, a las que ellas tienen acceso como trabajadoras, se localizan en la periferia, aumentando el tiempo de traslado respecto a su lugar de trabajo y, en algunos casos, el costo del transporte.

Asimismo, acciones como estas tienen otro sentido cuando se piensa que, históricamente, ellas han vivido en el cuartito de la empleada dentro de la propia vivienda de los empleadores. Tener una vivienda propia rompe con los ciclos de precarización de las trabajadoras, porque ganan autonomía, eliminando el vínculo de dependencia habitacional.

3.2.4 Habitar Recife, de las periferias a los barrios centrales

Este apartado mantiene el análisis a nivel macroestructural de los factores que determinan la vida de las trabajadoras, específicamente porque refuerzan las desigualdades en la geografía de Recife. El análisis se enfoca en lo cotidiano, en las relaciones laborales y en la vida familiar, donde el espacio delimita experiencias de vida.

Las trabajadoras, en tanto mujeres racializadas, experimentan la vida en la ciudad atravesadas por la infraestructura deficiente: ya sea en el transporte público, en los servicios en sus propios barrios, en la seguridad pública, en la

deficiencia en educación y más. La desigualdad, en términos prácticos, se traduce en violencias cotidianas y vulnerabilidades que perpetúan la exclusión social.

En los relatos, las mujeres narran la exclusión como trabajadoras. Por lo cual, el uso del transporte público es uno de los elementos que apareció con frecuencia, pero no es el único. También se habla del contraste entre el lugar en donde viven con el sitio en el que trabajan. Se habla de las viviendas y de los costos de vida.

3.2.4.1 La jornada invisible: el traslado

Recife obliga a que la movilidad pendular sea extenuante porque la distancia entre el lugar de residencia y el de trabajo suele ser larga; la disposición geográfica de la metrópoli lleva a que la gran mayoría de los barrios centrales estén lejos de los barrios periféricos. Más allá de la distancia, conlleva traslados que se extienden por horas y el uso de más de un medio de transporte. El efecto es la expropiación temporal con jornadas que se extienden desproporcionadamente.

Y venía para acá todos los días. Para Boa Viagem eran cuatro autobuses y dos metros todos los días. Salía de casa al cuarto para las 4 de la mañana. Me quedaba en el trabajo hasta las 3 de la tarde. A las 3:30 regresaba, tomaba otros dos autobuses y el otro metro. Llegaba a casa alrededor de las 6:30, 7. Eran más de 12 horas de... Mucho más, porque el transporte, principalmente para la región metropolitana, es muy malo. Eso es lo que dificulta, porque la demanda es demasiada gente para pocos autobuses. Entonces pasábamos 30, 40 minutos esperando. Hay gente que se va de pie, todos apretados (Deyá, 58 años, Recife)

Este testimonio muestra la pobreza de tiempo en la vida de las mujeres racializadas. Entre las ineficiencias del transporte, como la falta de aire acondicionado y el hacinamiento de las unidades, particularmente en ciertos horarios, más el tiempo de trabajo, les queda poco tiempo de vida para el descanso y el autocuidado. Asimismo, las consecuencias de estas condiciones recaen en sus cuerpos, pues el traslado se suma al desgaste físico y mental de su jornada.

Mira, el transporte, ¿no? El transporte aquí es bien complicado. Uno toma el metro y se descompone. Entonces uno pasa apuros. Uno queda a una hora y no llega a tiempo. Yo creo que es así, más el medio de transporte. Yo tomo autobús y metro. Aquí hay una estación muy cerquita. Queda cerquita, [es] un buen viaje. Cerquita, tomo el metro, ya me bajo ahí en Joana Bezerra, de Joana Bezerra tomo [otro] subiendo. Cerquita. Entonces depende mucho, ¿no? Del metro, y está el autobús ahí, pero el autobús es peor todavía. (Claudia, 40 años, Migrante rural)

También está el costo del transporte; la mayoría de los empleadores mensuales dan el valor del pasaje para las trabajadoras y no lo descuentan de su salario. Sin

embargo, las diaristas suelen cobrar un valor fijo independientemente de la cantidad de transportes utilizados, por lo cual se reduce el valor neto que están recibiendo al día. Cabe mencionar que el aumento en el costo del transporte también es constante. Durante el trabajo de campo hubo un aumento de casi 5%; aunque no es una cifra alta, según narraron las trabajadoras, este tipo de aumentos ocurre al menos dos veces por año.

Entonces, como vivo lejos, tengo que salir de allá muy temprano. Porque si salgo tarde, llego muy tarde, y entonces el trabajo no rinde y a ellos no les gusta. A los patrones no les gusta. Les gusta que uno llegue tempranito. A las 7 ya tengo que estar allá. En muchas casas, normalmente llego 6:40, 6:30, pero ahí la vamos llevando, ¿no? Pasa que el tráfico se atrasa, el autobús se descompone, ellos... '¿Y se descompuso de nuevo?'.... 'Sí, se descompuso'. ¿Qué voy a hacer yo si se descompuso? No soy dueña de la empresa. Y nunca me creen. Piensan que uno no quiere llegar a tiempo, piensan que es flojera, piensan que es de todo. Menos ganas de trabajar. (Rafaela, 34 años, Recife)

Rafaela habla sobre la exigencia en el seguimiento a un horario de entrada. Aunque ella es diarista, quienes las emplean determinan ciertos horarios, lo cual coloca una carga moral en su trabajo cuando ese horario no es respetado. Así, una falla en transporte público se vuelve asedio moral contra ella, pues los empleadores ponen en duda su honestidad y su responsabilidad como trabajadora.

En suma, los efectos de la desigualdad estructural asociada a la precariedad del transporte público y a la disposición geográfica de la metrópoli, relaciones de dependencia centro-periferia, generan impactos en las dinámicas familiares. En primer lugar, porque quienes están expuestas a esta dinámica, aunque ya no duermen en el trabajo, siguen separadas de sus familias; más allá de que quizá tengan una red de apoyo sólida –madres, hijas, tías– que les dé soporte para estar en el trabajo, siguen separadas de ellas no por gusto, sino por obligación estructural. Segundo, la imposición de la disciplina laboral basada en el miedo y en prejuicio las obliga a adaptar al cuerpo a una jornada de trabajo que puede iniciar incluso de madrugada, como en el caso de Deyá, que era poco antes de las 4 de la mañana; esto es, que su cuerpo compensa las deficiencias estructurales. Tercero, las consecuencias de la pobreza del tiempo llevan a la reducción de las posibilidades de movilidad social; tras las jornadas extensas queda poco tiempo para capacitarse o continuar estudiando, de manera que la posibilidad de encontrar otras oportunidades laborales se reduce drásticamente.

3.2.4.2 *Dormir en el trabajo*

Si bien el traslado dentro de la región metropolitana de Recife es un desafío logístico, al menos la región cuenta con un sistema de transporte unificado con una tarifa única (no aumenta por ser una distancia mayor a menos que se use más de un medio de transporte). No obstante, la situación para quien vive fuera de la región metropolitana, de lugares del interior del estado, el costo es significativamente más elevado. Estas condiciones económicas y geográficas orillan a las mujeres rurales a buscar empleos en la modalidad de trabajo para dormir.

Sin embargo, más que una explicación reduccionista que atribuya este régimen a una lógica económica, su persistencia se entiende por la conjugación de tres elementos: una cultura que normaliza la servidumbre dentro de casa; la necesidad extrema de las trabajadoras migrantes de resolver el problema de la vivienda y sustento; y el *habitus* de clase entre quienes las emplean, personas que naturalizan la disponibilidad de una persona que resuelva sus necesidades domésticas permanentemente.

Entre las trabajadoras entrevistadas, las que actualmente siguen durmiendo en la casa de los empleadores son las que provienen de dichos lugares; las mujeres de la metrópoli, aun viviendo en la periferia, regresaban a su casa todos los días. Una excepción es Viana, quien vive en un lugar del interior, pero regresa a casa diariamente. Ella ganó autonomía al adquirir su propio vehículo, en este caso una motocicleta, teniendo mayor flexibilidad para moverse intermunicipalmente a diario. Esto revela la importancia que tiene el transporte público en la gestión del trabajo y las oportunidades de empleo.

Asimismo, las estadísticas sugieren un declive en el trabajo doméstico de planta, tendencia que se corrobora con los datos obtenidos en campo. De las 16 mujeres entrevistadas, 13 ejercieron bajo dicha modalidad en algún momento de su trayectoria, mientras que solo tres permanecen en ese régimen actualmente. Asimismo, resulta sintomático de una reconfiguración del fenómeno que los tres casos vigentes se dediquen al cuidado de infantes. En suma, los datos confirman la reducción, pero también subrayan que su persistencia tiene un perfil específico: los cuidados directos. Esto evidencia cómo las demandas de cuidado moldean la configuración actual del mercado de trabajo.

La experiencia de Edith fue una transición entre el trabajo de oficina regulado hacia el trabajo en casa con límites sumamente desdibujados.

“Dejar un trabajo donde tenía horario fijo de entrada y salida, donde tenía que checar, donde tenía mi hora de comida, y salir de esa rutina para entrar a trabajar a una casa, fue algo que me asustó mucho. Porque me pasaba toda la semana ahí. Sabemos que, por desgracia, todavía hay mucha gente que se queda a dormir en el trabajo de lunes a viernes, y que se entregan por completo a ese trabajo” (Edith, 22 años, Migrante rural)

Además de la dificultad para adaptarse a otro trabajo, Edith afirma que en estos casos no se respeta la jornada laboral de 8 horas. “Sí, porque nosotras, las empleadas domésticas, somos formales, con contrato. Y por ley, toca trabajar 8 horas al día. Pero, por desgracia, nosotras no gozamos de ese beneficio, desgraciadamente no.” (Edith, 22 años, Migrante rural). Resalta la frustración por la incongruencia entre lo que establece la ley y lo que los empleadores ofrecen, así como la resignación en sus palabras; ella no ve un escenario diferente para quienes duermen en casa.

Eronilda, quien en su inicio aceptaba trabajos de planta, reflexiona sobre las consecuencias en su relación con la familia y en su autonomía.

Al comienzo yo trabajaba durmiendo en el trabajo. Yo dormía en el trabajo, tenía hora de despertar, pero no tenía hora de dormir y era muy cansado, muy exhaustivo, porque sin hablar que no era solo de niñera; que anteriormente los trabajos de antes nos ponían a hacer mil y una funciones dentro de aquel trabajo, principalmente a nosotras que dormíamos dentro del trabajo era así, tipo un trabajo esclavo que no teníamos vida. La vida de nosotras era dentro del trabajo. Y listo. Y también cuando empecé a trabajar de doméstica, dejé el lado de niñera y empecé a trabajar como doméstica, que fue... Ahí me quedé trabajando, descansando de 15 en 15 días. Ahí ya disminuía un poquito más para mí, pero aún el servicio continuaba pesado y me sentía como esclava del trabajo. Y también que yo no tenía vida y estaba muy distante de lo que iba a acontecer en mi familia. Ahí fue cuando empecé a buscar trabajo mejor y conseguí trabajar, por lo menos, trabajando de lunes a sábado. Ahí fue cuando mejoró un poco para mí. (Eronilda, 41 años, Recife)

Las narrativas de las trabajadoras dan cuenta de las diferencias entre lo que vivieron en sus inicios y lo que viven ahora. Sobresale que en esas experiencias los límites en las jornadas de trabajo estaban desdibujados; así, la opción que tenían para disminuir la explotación era la salida del trabajo.

3.3 La vinculación de vidas: familia y redes de las trabajadoras

En el apartado anterior se analizó cómo las trayectorias de vida y trabajo están determinadas por elementos estructurales. El mercado del trabajo doméstico abrió históricamente las puertas a miles de mujeres racializadas; en consecuencia,

los cursos de vida han estado sujetos al acaparamiento de sus vidas en beneficio de otros. Sin embargo, el estudio del fenómeno planteado en esta investigación llevó a pensar en los elementos de la comunidad y de los vínculos que las mujeres tienen en su cotidianidad, complementando el análisis.

Por lo tanto, en este segmento recuperamos las relaciones comunitarias o los vínculos de vida. En este nivel aparecen elementos de las relaciones familiares, con las generaciones anteriores y posteriores, con empleadores, compañeras de trabajo u otras trabajadoras o la relación con el sindicato. Estas personas conforman su entorno y comunidad. Estos elementos tienen un peso significativo en las elecciones de vida.

La familia emerge como una unidad con profundas ambivalencias; en algunos casos, donde la necesidad económica es más fuerte, actúa como detonante de las primeras experiencias de trabajo y de la interrupción educativa; al mismo tiempo, es un espacio crucial para la transformación de la trayectoria, donde ellas resignifican el vínculo con las nuevas generaciones para ampliar sus oportunidades laborales. Asimismo, analizamos el trabajo doméstico como transmisión generacional, pues su práctica está presente en buena parte de las historias de vida. Esto posibilita centrar el análisis en la maternidad, los roles de cuidado y las relaciones de pareja.

3.3.1 Dinámicas familiares

Los testimonios revelan que la convivencia y el apoyo de la familia son diversos. La variedad de los relatos muestra tanto relaciones fracturadas como vínculos estrechos. Así, mientras la pobreza es transversal en las trayectorias, las dinámicas familiares no son homogéneas. Algunas de ellas están marcadas por las rupturas y la separación con la familia de origen; otras, con estructuras familiares más estables, generaron las condiciones para el cuidado de sus hijos o posibilitaron el acompañamiento emocional en el proceso de migración, fungiendo como su principal red de apoyo.

La sección se compone de dos partes: en la primera se examinan los vínculos con la familia de origen; se observan las rupturas y dificultades para mantener la cohesión familiar y las estrategias para resistir el impacto de las opresiones estructurales, como la pobreza. La segunda aborda los vínculos con las nuevas generaciones, donde el rol materno es central; algunas mujeres proyectan un cambio de oportunidades para su descendencia o una "mejora" en las condiciones

de vida. Sin embargo, emergen las limitantes de la maternidad y las presiones externas, lo que lleva a perpetuar ciclos de inmovilidad social.

Mariana relata sus primeros años de vida afectados por no contar con una familia estable y por ser víctima de cuidados precarios, casi inexistentes.

Mis padres, ellos no estaban... Mi padre y mi madre se separaron, ella aún estaba embarazada de mí. Entonces, mi infancia fue muy excluida. Conocí a mi madre cuando tenía 12 años. Mi padre me recogió de donde mi madre trabajaba, ella era empleada doméstica, y no quería que se quedara porque ella iba a llevarme a un lugar donde estaba mi hermano de un año, ya que ella ya tenía un hijo, mi hermano. Él tenía miedo de que, en ese lugar, por ser niña, pensaba que yo podía ser abusada sexualmente. Entonces me sacó de allí y me llevó a la casa de unas personas, amigos suyos, pensando que ellos me cuidarían, pero no lo hicieron. Me dejaron al cuidado de una persona, esta persona era lavandera, lavaba ropa en el río, y era alcohólica. Entonces, según mi madre que me crió, yo parecía una niña de Etiopía. Muy sufrida, muy delgada, solo tenía barriga, muchos parásitos, heridas en la cabeza, piojos. Tenía dos años cuando ella me encontró, porque ella también era lavandera, y tenía una hija adoptiva de 15 años. La niña se encantó conmigo, quería que ella me llevara para cuidarme. Pero ella no podía, porque no tenía ingresos. Ni siquiera tenía un salario en ese momento, lavaba ropa para sobrevivir. Entonces, por coincidencia, alguien le dijo a mi padre: "Seu Adolfo, vaya a buscar a su hija porque no está bien. Está muy sufrida, muy lastimada y va a morir". Entonces él fue a buscarme y salió a buscar a alguien que pudiera cuidarme, ¿sabe? Llegó a la casa de una amiga y ella le dijo: "Mira, yo no puedo porque ya tengo una nieta, pero está la vecina, doña Cecilia, que puede y le gusta criar a los hijos de los demás". Entonces llegó allí. Cuando llegó, ella le dijo: "Pero ¿usted le va a dar su apoyo, su dinerito? Porque yo no tengo cómo mantenerla". Entonces él dijo: "No, yo le doy". Y así me quedé allí. Llegué con dos años, no podía subir el escalón de tan débil que estaba. Y ella cuidó mis heridas, comenzó a darme medicinas, hierbas, a hacerme purgantes y cosas así, y me cuidó. Cuando cumplí cinco años, la situación se complicó. Porque mi madre, esta de crianza, no tenía cómo quedarse conmigo y mi padre ya no le daba el sustento. Entonces me mandó a la casa de mi padre. Y así comenzó todo el sufrimiento de aquella niña que estaba acostumbrada a esa familia y ahora tuvo que ir a la casa de su padre. Mi padre vivía con una mujer y ella no se sentía en la obligación de cuidarme. Y así comenzaron todos los maltratos en mi vida y la necesidad, cinco años después, ya con diez años, comencé a la casa de otros a trabajar para poder tener algo. Porque doña Cecilia a quien yo llamaba madre, que fue mi madre de crianza, siempre dejó claro que no era mi madre. No tenía ese cariño de una madre. Era como un favor que me estaba haciendo. Pero fue la madre que conocí y a la que me aferré. Entonces eso fue muy doloroso para mí. En ese período, me pasaron muchas cosas desagradables, como el abuso. ¿Sabes? Vecinos, pedófilos... Estuve a la deriva, ¿entiendes? Como un barco a la deriva. Que es la Mercer, sin cuidados. Y así fue... (Mariana, 53 años).

Mariana vivió situaciones que revelan una estructura familiar débil o inexistente. Más allá de la relación entre sus padres, su infancia se caracteriza por la negligencia, al punto que se considera una sobreviviente ante lo ocurrido. Las dos figuras maternas son centrales: su madre biológica, quien estaba sujeta al trabajo y ejerció el rol materno, y la mujer que la cuidó en sus primeros años, quien le salvó la vida, pero le negó protección a largo plazo.

La figura paterna no es necesariamente la de un cuidador; tampoco asume él mismo la responsabilidad, se limita a gestionar el cuidado. Su relato da cuenta de la complejidad de las diferentes transiciones en la infancia; los vínculos que rodeaban la vida de Mariana fueron el nicho que detonó el trabajo doméstico y poco después la maternidad adolescente.

Otro caso que devela una relación con la familia de origen fracturada es el de Rafaela. No creció con su padre, por lo que su madre maternaba sin ayuda. En su relato se percibe que no tuvo un vínculo estrecho con su madre, por lo cual no siente que haya tenido apoyo de ella.

Mi padre, no tengo contacto con él. Lo conocí cuando estaba embarazada de mi tercera hija. Tuvimos un poco de contacto, pero fue muy poco. Pero sé dónde vive, tengo otros hermanos, pero no tengo tiempo de ir allá. Entonces no tengo ese contacto directo con él, pero lo conozco. Sí, [mi madre] era la jefa de la familia. Viví con ella hasta los 18, 19 más o menos. Después de eso, me fui al mundo a vivir y perseguir lo que quería para mi vida. Luego ella... se enfermó y falleció. No éramos muy cercanas, pero... Hacía todo lo posible por acercarme. Si era necesario, estaba ahí. Pero ella estaba más del lado de mis hermanos que conmigo. (Rafaela, 34 años, Recife)

Fuera de la entrevista, en otras conversaciones, Rafaela dijo que la relación con su madre estuvo llena de tensiones, además de la separación emocional hubo desprotección y falta de cuidados, refiriendo que la despreciaba y que daba preferencia a sus hermanos.

Además de las fracturas en su vínculo materno, Rafaela habla de que la relación con sus hermanos no es próxima. "Somos algo así como Tom y Jerry. Peleamos mucho; uno no quiere saber la opinión del otro. Es así, todo el mundo quiere tener la razón. Y cuando todo el mundo quiere tener la razón, nada funciona. Hay que ceder en algunas cosas. Y nadie quiere ceder. Y así queda uno por allá y otro por acá. Es literalmente un tic-tac" (Rafaela, 34 años, Recife).

Un aspecto similar en la trayectoria de Rafaela y Mariana es que ambas fueron madres adolescentes y tuvieron que realizar trabajo doméstico remunerado tras su primer embarazo. Asimismo, asumieron la maternidad sin el apoyo de los

padres de sus hijas, y no contaban con una red de apoyo que las liberara del trabajo remunerado. Mariana recuerda este momento como una crisis personal.

"Fue un martirio para mí en esa época, en 1990, cuando mi hija nació, porque mi madre, ella no me quería en casa, mi madre de crianza. Mi padre, él no tenía medios, no trabajaba y... El padre [de la niña] no la reconoció, ¿sabes? Entonces pasé todo mi embarazo sufriendo. Yo trabajaba, pero tenía náuseas, vomitaba, me sentía mal. Cuando la niña nació, solo pasó conmigo 12 días. Porque tuve que trabajar y con 12 días de nacida, todavía en plena cuarentena, tuve que dejarla en casa de una vecina, de una señora mayor." (Mariana, 51 años, Recife)

Resulta significativa la configuración de la red de apoyo de Mariana; primero, quienes más le asistieron fueron personas con quienes no tenía una relación consanguínea: la madre de crianza y la vecina que cuidó de su hija cuando tuvo que trabajar; segundo, la ayuda era frágil porque las condiciones de precariedad no eran exclusivas de Mariana. Su red también estaba en una crisis constante por la supervivencia, lo que reduce las condiciones materiales y sociales para ejercer cuidados.

Otra lógica familiar ocurre en el caso de Selene y Deyá. Ambas refieren experiencias de familia estable; las apoyaron en el cuidado de sus hijos cuando ellas salían a trabajar, mientras maternaban en solitario, con la corresponsabilidad paterna ausente. En el caso de Deyá, su padre privilegió la escolarización de ella y sus hermanas, lo que permitió postergar la maternidad y evitar el embarazo adolescente, a diferencia de Mariana y Rafaela. En el caso de Selene, como trabajadora migrante, sus padres se hicieron cargo de sus dos hijos cuando ella se empleaba de planta, otorgando seguridad y garantía de cuidados; es decir, este respaldo le brindó la confianza para salir a trabajar.

Un aspecto en común es que ambas crecieron en el campo. Aunque hoy en día la vivienda de Deyá se localiza en la región metropolitana, su infancia transcurrió cuando el territorio aún no había sido absorbido por la mancha urbana; por lo tanto, ambas comparten experiencias de crianza en ambientes rurales, diferenciándose del contexto de la periferia de Recife.

Yo pienso así: tengo a mi mamá que continúa viva, una estructura familiar muy buena. Mi papá siempre fue muy trabajador, vino de una familia muy pobre de verdad; sin embargo, él tuvo, a través de sus esfuerzos... él no tenía estudios, tuvo solo hasta el cuarto año de primaria, pero él insistió en que nosotras estudiáramos. Somos tres hermanas, del mismo papá y de la misma mamá, y tengo otra hermana que es de mi papá con otra mujer, pero él insistió en que las cuatro estudiaran. Para que, como él dijo, para el día de mañana, él decía, para que en el futuro no pasaras hambre. (Deyá, 58 años, Recife)

Deyá estableció un vínculo afectivo significativo con su padre, que va más allá de la figura de proveedor, fue una guía presente de quien recibió consejo y afecto.

Yo tenía que ir. Yo dejaba a mi hijo con mi mamá. Hum, es mi hijo mayor... ahí después con... después de 9 años. Cuando él tenía 9 años, quedé embarazada de nuevo y tuve a mi segundo hijo. Ahí mi embarazo... Yo trabajé los 9 meses, trabajé los 9 meses. Y, después de que tuve al más chico... eh, me quedé los 4 meses de licencia y después volví a trabajar. (Selene, 38 años, Migrante rural)

Aunque Selene naturaliza el rol de cuidadora en su madre, es evidente que sin ese apoyo la migración laboral no habría sido una opción para ella. La reflexión de Selene en torno a la disyuntiva entre el trabajo y su familia muestra las dificultades que atraviesan las madres por la gestión de la crianza a distancia, e ilustra cómo esas experiencias fueron respaldadas por una red de apoyo familiar.

Así, por lo menos en esa fase más crítica de lo... de lo que yo había hablado, porque yo... yo realmente yo me salí [del trabajo doméstico] por cuestiones personales, por mis hijos. Y ahí. Yo estoy trabajando para mí misma porque les doy más asistencia a mis hijos, ¿no?

Porque así, debido a que trabajé mucho, que a veces yo estaba un poco ausente, ¿verdad?, que a veces viajaba los fines de semana, pasaba, 5 días, 6 días ya... a veces pasaba 10 días en el trabajo, viajando. De ahí me quedé un poco ausente de... de mi hijo mayor. Ahí es como estuve un poco ausente, entonces dejé pasar algunas cosas, ¿no? Yo pedí mi salida, para resolver esta situación.

Y, como puse este... este negocio con mi cuñada, me pareció mejor, porque al menos voy a estar viendo a mi niño más chico. Así, ¿no? Su evolución, cómo va a estar él y todito eso para no tener problemas también. Aquí hay hermanos también. Yo tengo hermanos y hermanas, tengo a mi... mi papá, mi mamá también. Gracias a Dios están conmigo y siempre me dan mucho apoyo así con mis hijos. Así, si voy a trabajar, a hacer alguna cosa, siempre es la abuela la que se queda. (Selene, 38 años, Migrante rural)

El elemento clave que atraviesa a los cuatro ejemplos es la cohesión familiar. En los dos primeros casos (Mariana/Rafaela), debido a que es baja o inexistente, la dinámica familiar es el detonante que las condujo al trabajo doméstico y al embarazo adolescente sin acompañamiento, lo que dificulta aún más la gestión de esas experiencias. En los otros dos, se presenta una cohesión familiar estable (Deyá/Selene), la cual proporcionó herramientas para enfrentar las dificultades asociadas al origen precario; desde ofrecer un soporte material para estudiar hasta ofrecer una casa y un espacio para asegurar la maternidad.

Así, destacan tres aspectos de análisis. El primero sobre los vínculos territoriales: las estructuras de los tejidos familiares en el espacio rural y urbano dejan entrever dinámicas distintas. Mientras que en el entorno rural parece que la reproducción

de la vida es menos dependiente del mercado, en los tejidos urbanos se manifestó mayor vulnerabilidad a la violencia estructural. Esto podría indicar que los tejidos comunitarios y familiares operan de manera diferenciada según el contexto territorial.

El segundo es que, a pesar de las diferencias, en la práctica, el trabajo doméstico remunerado deja a las mujeres expuestas a una maternidad ausente. En unos casos, esas ausencias son combatidas con una red de apoyo, como le ocurrió a Selene, pero no cancelan los efectos emocionales de la separación obligada; Mariana regresó a trabajar con 14 días de haber dado a luz y Selene con 4 meses, pero las dos dejaron a sus hijos recién nacidos.

Finalmente, la agencia; la decisión de Selene de abandonar el trabajo por su familia sintetiza los tres niveles de determinación en los cursos de vida: el más amplio es la estructura económica que obliga a las mujeres del campo a ausentarse la semana completa, o más; el intermedio, que corresponde a los vínculos comunitarios y familiares que en este caso posibilitan el ingreso, permanencia o salida de la actividad laboral; y la activación de la agencia, la toma de decisión que lleva a repensar el papel como madre y como trabajadora.

3.3.2 El trabajo doméstico en las redes de parentesco: ¿ herencia generacional?

Esta sección abre el debate en torno a la transmisión intergeneracional. En una conferencia disponible a través de la plataforma TEDx, la artista y activista Preta Rara dijo: "Este servicio no puede ser hereditario para una mujer negra. ¿Por qué digo que es un servicio hereditario? Mi abuela fue doméstica. Mi madre fue doméstica. Y yo también fui doméstica. Cuando le dije a mi madre que iba a ser doméstica, rompió en llanto" (TEDx Talks, 2016, [9:49],.). Si bien esta investigación dialoga con dicha premisa, el análisis de los casos permite expandir la mirada más allá de la linealidad madre-hija. Los datos revelan que no se trata solamente de una herencia vertical; en los contextos de las mujeres racializadas, la ocupación se presenta como una constante en las redes de parentesco. No siempre es la madre quien ejerce el oficio, pero sí las tías, primas, las abuelas, las amigas, convirtiendo al trabajo doméstico en un horizonte laboral naturalizado dentro de su cotidianidad.

De los 16 casos de esta investigación, 7 refirieron que sus madres hicieron trabajo doméstico remunerado. Mientras que no hubo una sola mujer que no

hubiera tenido la referencia de alguien en su vida que haya realizado trabajo doméstico, todas contaron, de algún modo haber tenido un referente, ya sea consanguíneo o no.

Por otro lado, los datos podrían implicar un subregistro, ya que existen experiencias de trabajo no reconocidas. Su negación obedece a que, en ocasiones, se ejerce de manera extremadamente informal. Al ser naturalizado como una extensión de las labores femeninas y asumido como estrategia de supervivencia, es posible que ni las madres ni ellas lo hayan considerado trabajo.

Las mujeres racializadas, en general, se han enfrentado al ejercicio del trabajo doméstico remunerado en el límite difuso entre ayuda, servidumbre y relaciones laborales de matriz colonial; caracterizadas por una remuneración desmonetizada o muy poco monetizada, con recompensas en especie o por abrigo. Además, no siempre ocurre en jornadas completas, sino como un servicio ocasional. Por otro lado, las mujeres no lo viven como una identidad laboral, sino como una continuidad de las obligaciones domésticas. En palabras de Rafaela funcionaba de la siguiente manera.

Mi mamá. Mi mamá trabajó. Mi mamá tuvo oportunidades buenísimas, pero las perdió, ¿no? No quiso. Pero ella trabajó mucho como empleada doméstica. Así, en ese tiempo no era formal, como ahora. Era en casa, así, de personas que eran pobres, pero que tenían condiciones de pagar un dinerito. (Rafaela, 34 años, Recife)

Tal como ilustra el testimonio, Rafaela traduce la experiencia de su madre como trabajo doméstico; sin embargo, marca la diferencia porque se trata de una dinámica de "pobre a pobre". Este factor contribuye a invisibilizar la relación laboral porque no corresponde con el imaginario social hegemónico, el cual proyecta la relación empleada/empleadora con una distancia significativa de clases sociales (pobre/rico).

Mientras que Rafaela acepta la presencia del trabajo en su familia, posiblemente otras mujeres no lo vean igual, ya sea por la falta de marcadores tradicionales como el salario fijo o porque no hay una posición social privilegiada de los empleadores. Por ello, es posible que las experiencias de trabajo en algunas familias estén desvanecidas. Esto implica que la presencia de trabajo doméstico remunerado entre las familias racializadas sería más frecuente de lo que se suele enunciar.

El siguiente testimonio es de Laura, quien habla de su hermana, ella trabaja en una localidad llamada Vicência, de 32,000 habitantes, localizada a 80 kilómetros de Recife, fuera de la metrópoli.

Porque cuando vas a trabajar así por donde vives, es cosa de 50, 100 reales, 200 al mes, ¿sabes? Como mi hermana. Mi hermana, ella quiere trabajar en ese ramo de niñera, solo que nunca ha trabajado. Entonces, por no haber trabajado nunca, no hay posibilidades de que yo la meta en una casa, ¿entendiste? Porque hoy en día quieren referencia. Y así, como ella tiene problemas tomando, esas cosas, ahí me da miedo, ¿entendiste? Y listo. Pero sí, ella trabaja allá, trabaja allá... mira, gana 150, trabaja el sábado y domingo para ganar 150 reales. Sale de casa, no tiene hora para volver. Solo para que te des una idea... pagan muy poco allá. Entonces mira, aquí es mejor... Ya en Recife pagan bien. No todos, ¿verdad? Pero muchos pagan bien. (Laura, 30 años, Migrante rural)

La negación del trabajo doméstico remunerado en este ejemplo es contundente: la hermana de Laura ha tenido una actividad laboral intensa, pero "invalida". Su experiencia se toma como "nunca ha trabajado" –propias palabras de Laura–, porque opera en la propia lógica de su localidad. Lo que explica esta contradicción es la disciplina exigida a las mujeres en el mercado de trabajo "mejor pagado" de Recife. En el mercado urbano de las clases altas y medias no se acepta a quien no puede subordinar su conducta a sus expectativas, como el control de hábitos en el consumo de alcohol. No es que Laura niegue la capacidad de su hermana; niega su domesticación a las exigencias morales de los empleadores.

En contraste con las experiencias desdibujadas o invisibles, están las trayectorias donde la presencia de trabajo es revelada como eje central laboral, como le ocurre a Edith.

Yo también soy de una familia que, por ejemplo, mi mamá es empleada doméstica, mi abuela ya fue empleada doméstica, tuve tías que ya fueron empleadas domésticas y ellas me contaron sus experiencias. Ellas dijeron que prácticamente vivían en el trabajo, no era con contrato, no era un dinero digno, era básicamente...como si fuera una esclavitud. (Edith, 22 años, Migrante rural)

La particularidad de Edith es que, además de evidenciar el peso de la ocupación en su vida, se posiciona críticamente frente a ella, en sintonía con lo que dice Preta Rara. Al caer en la cuenta de cómo ha afectado a su familia, resignifica su propia identidad y se posiciona frente al fenómeno del trabajo doméstico no como algo natural, sino como una construcción histórica. A su vez, esta conciencia, aunque dolorosa, la empodera.

El último ejemplo de esta sección corresponde a la trayectoria familiar de Deyá, que ejemplifica a las mujeres que no heredan la ocupación de su madre, pero sí

la ven en su entorno. En la entrevista, refirió experiencias de tres tías; además, en otro momento, dijo que tenía amigas que eran diaristas y que ella empezó también como diarista. Así que creció inmersa en un ambiente que posibilitó su entrada en esta ocupación.

Mi tía que ya falleció... tenía dos tías que trabajaban como empleada doméstica. De mi mamá y de mi papá también, ahora que me acuerdo. Yo tenía dos tías por parte de mamá y una por parte de papá, que era la tía María José. Ella fue doméstica durante muchos años.

Yo platicaba, pero yo era muy chiquita. Cuando ellas eran domésticas, era muy chiquita, nosotras platicábamos. Mi tía Rita, que era por parte de mamá, ella trabajaba en una casa de gente muy rica. Eso sí me acuerdo, que ella se vestía muy bien. Ella iba a trabajar de tacón fino en esa época. Yo le decía: 'Usted parece más la patrona que la empleada doméstica aquí'. Ella decía así: 'Es porque yo no trabajo para gente pobre, solo trabajo para quien me pueda pagar'. Ella decía tal cual así. Y realmente lo era, tenía el diferencial.

Y ella nada más llegaba, ella entraba por la puerta de enfrente; hoy la mayoría de las empleadas la gente las pone a entrar por atrás, por la puerta de servicio. Ella no, ella subía en el elevador, ella subía... Entraba por la puerta de enfrente en la casa de su patrona. Ella siempre fue muy... Ella se imponía ya en esa época. Ella ya se imponía, eso sí lo recuerdo. Nosotras nada más no platicábamos mucho, pero ella contaba sus historias. No había esa apertura que tenemos hoy. (Deyá, 58 años, Recife)

La tía Rita destaca como autoridad entre las trabajadoras porque transgredía los estándares, al cuidar puntualmente su apariencia y negarse a usar la puerta de servicio, combatió los estigmas y disputó el espacio socialmente ordenado para las trabajadoras. De hecho, Deyá presentó en su trayectoria características similares: "Yo iba toda arreglada, porque por desgracia la gente piensa que la empleada doméstica tiene que ser aquella con los pies partidos, con las uñas sucias, el cabello mal arreglado, y yo nunca pensé así, nunca" (Deyá, 58 años, Recife). Asimismo, ella al estar involucrada en el sindicato, no se trata solamente de incidencia individual, politiza la resistencia a niveles colectivos.

Finalmente, en términos de memoria genealógica, esta se convierte en un privilegio presente en algunas mujeres racializadas, pero negado en otras. Por ejemplo, la madre de Mariana fue trabajadora doméstica: "Mi papá me fue a buscar allá de donde mi mamá trabajaba, que ella era doméstica, y no quería que se quedara [conmigo]" (Mariana, 51 años, Recife). La ruptura entre la vida de Mariana y su madre ocurre por la forma en la que opera el trabajo doméstico, donde hay incompatibilidad con la maternidad, y por la intervención de su padre. La separación física devino en separación genealógica; Mariana no supo nada

sobre las condiciones de trabajo de su madre y perdió cualquier enseñanza que podría haber ganado. Entonces, mientras los trayectos de Mariana y Deyá convergen en el trabajo doméstico remunerado, sus experiencias son cualitativamente distintas. Mientras Deyá contó con un legado que le dotó de herramientas para enfrentar las desigualdades del trabajo, Mariana no.

3.4 Reflexiones del capítulo

El principal hallazgo fue que el punto de inflexión en las trayectorias de vida y el trabajo doméstico recae en el momento en que inician la labor. Se trata de un factor decisivo porque la mayoría de ellas no vive ese momento de la toma de decisión consciente, sino que son orilladas a él como estrategia de supervivencia.

De los casos analizados, cuatro iniciaron a trabajar desde infantes: Claudia, Eronilda, Tania, Maria y Joseane. Mientras que Leni, Rafaela, Selene, Laura, Bibi, Viana, Rosa y Angélica lo hicieron cuando ya eran adolescentes. Entre las sujetas de la investigación solamente Deyá y María Betania iniciaron ya en su etapa como mujeres adultas.

Al ser todavía infantes o adolescentes, se condicionó su desarrollo personal, lo cual afectó sus futuras oportunidades laborales porque fueron de la mano con el abandono escolar.

El contexto de pobreza es transversal en todas las historias, ya sea en el campo o en las periferias de Recife. Las dinámicas familiares suelen presentar interrupciones y fracturas, ya sea por coyunturas como la muerte de alguno de los padres o por las necesidades económicas.

Estos factores condicionan que las mujeres no conozcan ni sepan detalles sobre su origen, pues las familias pasan por procesos de constante actualización y las relaciones con generaciones que les anteceden son escasas. El papel de las mujeres como cuidadoras —en tanto madres, abuelas, hijas— se pone continuamente en tensión; de hecho, se configura según las necesidades imperantes de supervivencia.

Por otro lado, la precariedad y su impacto no son homogéneos. Hay diferencias, por ejemplo, en la situación familiar de origen; no es lo mismo las mujeres que crecieron con ambos padres que aquellas que provienen de familias monoparentales, incluso ante situaciones similares de carencias económicas. Los

lazos familiares están en tensión por las desigualdades estructurales; muchas de ellas se relacionan con sus familiares desde el maltrato.

No se trata de afirmar que la precariedad conduce inevitablemente a la fractura familiar. Sin embargo, se propone que la explotación no se limita a las relaciones laborales, abarca también la vida familiar; su rol como madres se ve en constante tensión por la precariedad del tiempo de convivencia, por los ingresos reducidos o porque la comunidad no les favorece, lo que deviene en cuidados precarios hacia sus descendientes. Así mismo, se vuelve un desafío romper con esa cadena infinita de precariedad cuando no se prestan las condiciones económicas y comunitarias.

El cumplimiento de mandatos tradicionales, especialmente de esposas y madres, tampoco desaparece con las responsabilidades laborales. Pero la responsabilidad financiera con sus familias favorece las dobles jornadas de trabajo y una mayor dependencia del ingreso proveniente del trabajo doméstico.

4 CAPÍTULO CUARTO

MECANISMOS DE OPRESIÓN Y AGENCIA

4.1 Introducción

Este capítulo analiza los mecanismos de opresión en el ejercicio del trabajo doméstico remunerado en Recife y la agencia de las trabajadoras. En él se complejizan las opresiones asociadas a la racialización como el género, la raza, la clase social entre otras. La pregunta central que guía el argumento es: ¿Cuáles mecanismos de opresión se manifiestan en las experiencias individuales para determinar el lugar racializado al que se confina a las trabajadoras domésticas y cómo, dentro de ese confinamiento, se gestan la agencia y la resistencia?

Partiendo de los elementos mostrados en capítulos anteriores –las desigualdades territoriales y las influencias en los cursos de vida–, en este capítulo se complejiza el análisis para mostrar la ocupación como dispositivo de la reproducción colonial. En contraparte se analiza la agencia en la gestión de la supervivencia, la reproducción familiar, los límites del trabajo y las rupturas intergeneracionales.

Con este análisis se sustenta que el trabajo llega a límites de la humillación y la subordinación, en ocasiones aceptados y normalizados. Las narrativas de las mujeres muestran desde el descontento hasta la resignación y la adaptación. A su vez, la agencia es el contrapeso, ya sea a través del confrontamiento directo o con acciones para reivindicar la autonomía personal y colectiva. En este análisis se evidencia que el trabajo de las mujeres racializadas es extraído por el sistema de explotación laboral, pero eso no significa que ellas sean sumisas o que lo acepten sin reparo.

Los testimonios ilustran los argumentos del capítulo. El análisis lleva a colocar las tensiones que las opresiones imponen a la autonomía, tanto en el sentido laboral como familiar, sin olvidar las acciones y formas de resistencia en esos procesos. Además, al estudiar el trabajo doméstico remunerado como un fenómeno de focalizado, planteamos que el control del comportamiento y la agencia, no se explican de forma aislada, sino que se desarrollan entre particularidades locales y estructuras de desigualdad específicas del territorio.

Resalta la relación con otros factores locales, como las dinámicas de segregación entre territorios rurales y urbanos, las raíces históricas de los procesos de esclavitud, la organización del cuidado desde los territorios segregados, la

informalidad del empleo, entre otros. Esto demuestra que el fenómeno social no está desvinculado de las realidades fragmentadas.

Las dinámicas familiares de las clases trabajadoras juegan un rol esencial en esta discusión. La historia de vida y de la familia se vincula a las desigualdades porque están afectadas por la organización familiar: ya sea por el tiempo que pasan lejos de sus familias, por las dobles jornadas de trabajo, por los bajos salarios o por la explotación infantil.

En resumen, este capítulo se enfoca en mecanismos como la explotación laboral, la desvalorización social, la precarización, las humillaciones y el servilismo; esto repercute en el sistema capitalista porque ancla la pobreza en sujetos oprimidos. Sin embargo, en nuestro análisis se discute cómo las mujeres, particularmente las mujeres racializadas, encuentran en su trabajo una fuente de subsistencia y un espacio de resistencia que limita su agencia, pero no la elimina.

4.2 La maquinaria de las opresiones: racialización y trabajo

Como vimos anteriormente, los contextos de familia y comunidad son determinantes en los cursos de vida de las trabajadoras. A partir de diferentes mecanismos como la pobreza y la segregación, las mujeres inician en el trabajo doméstico a temprana edad con desventajas estructurales que limitan su capital cultural para lidiar con el mundo laboral. Pero la ocupación tampoco favorece la movilidad o la autonomía. Al incorporarse al trabajo, se instrumentaliza la desigualdad para reafirmar su posición. No se puede decir que el trabajo doméstico las haya subordinado, porque ya lo estaban antes de entrar en él; pero el trabajo cristaliza su posición subalterna.

En esta sección se presentan las narrativas de las trabajadoras relacionadas con los mecanismos de opresión dentro del trabajo. Así, se revela que en esta ocupación ellas viven experiencias que reafirman su condición de desigualdad social, lo que legitima el lugar racializado al que son confinadas.

Yo sufrí mucho, ¿eh? Entonces, aprendí mucho. Trabajar en las casas de otros... empecé muy chiquita. Muy chiquita. Salí del interior para acá, para Recife, como una pequeña esclava. Un juguetito para ellos, ¿no? Para esos riquillos, ¿verdad? Era eso lo que hacían con nosotras, ¿entendiste? (Tania, 55 años, Migrante rural)

El testimonio de Tania ilustra tres elementos centrales: ella fue cosificada por una familia que la veía como "un juguetito"; la deshumanización es central para justificar el maltrato. El trabajo doméstico "educa" a las trabajadoras desde la

crueledad y la violencia; dice "Yo sufrí mucho... entonces aprendí mucho". Tania, como otras, aprendió a la fuerza que sobrevivir depende de su sumisión, lo que las lleva a internalizar la jerarquía. Finalmente, la colonialidad se muestra en la "pequeña esclava"; la referencia sobre la esclavitud es una lúcida metáfora de la estructura política detrás de su propia experiencia.

Asimismo, el testimonio ilustra el proceso de construcción de las mujeres racializadas. Las mujeres racializadas no nacen con condiciones inherentes de sometimiento, sino que se construyen a partir de procesos específicos y cotidianos. En otras palabras, su fenotipo o su lugar de origen no las convierte en objeto; por el contrario, esas condiciones se usan como justificación para tratarlas como tal. En ese proceso, el trabajo doméstico remunerado funciona como mecanismo de reproducción de la racialización.

4.2.1 El trabajo doméstico como dispositivo de control

El control de las trabajadoras ocurre en diferentes niveles; algunos son sutiles y otros directos, pero en general, las mujeres vivieron situaciones que las llevaron a moldear su conducta; como invalidar su esfuerzo o amenazar su trabajo. Estas actitudes provocan miedo a las humillaciones y a los empleadores. La impresión que les dejó su primera experiencia es clave para entender cómo lo fueron aprendiendo.

Yo sentí que mi experiencia trabajando como empleada doméstica... no tuve mucho éxito. ¿Por qué? No tuve una valoración de mis patrones, de mi trabajo. No tenía gratificación, ¿sabes? Era como si yo estuviera ahí... Ah, estás aquí porque estás obligada, 'estás aquí porque yo pago para que estés aquí'. Entonces, no mereces una valoración de tu trabajo. Yo no tenía eso de, tipo: 'felicidades, tu trabajo está muy bien hecho'. No, nunca tuve esa valoración. Entonces así, es medio que para mí, por experiencia propia, se me hace un poco asustador. (Edith, 22 años, Migrante rural)

Mucho. Muy difícil. Yo creía que no lo iba a lograr. Yo decía: "Dios mío, no voy a poder". Es muy difícil. Principalmente cuando eres folguista. Porque los niños son tremendos. Pero una va hallándole el modo, aprende aquí, mira allá, hace así, hace asá. Haces del modo que la persona quiere, que el patrón quiere. Y ahí las cosas van fluyendo y lo logras. Después te desenvuelves y quedas como un carrete desenrollado para el resto de la vida. Porque ya estás lista para lo que vas a enfrentar. (Rafaela, 34 años, Recife)

Fue bien difícil así, ¿no?, porque es bien distante, y yo, como no tenía así, a nadie de la familia, todo eso, ahí me quedaba medio... medio así; para mí era todo nuevo, pero de cualquier forma fui. Vas por las necesidades y las dificultades de lo que

uno vive. Tienes que pasar por eso, ¿no? por algunos momentos así. Sí es así.
(Selene, 38 años, Migrante rural)

En efecto, el control no es solamente una orden directa; también es anulación de la autoestima, como le ocurre a Edith, o explotación de una necesidad en el caso de Selene. El pago ofrecido a Edith no pretende cubrir sus necesidades humanas, sino comprar su obediencia. Por su parte, Rafaela aprendió que, mientras mejor se adapte a la voluntad de los empleadores, mejor logra amortiguar la violencia; y Selene tiene que aceptar situaciones denigrantes porque su propio contexto de precariedad funciona como yugo de sometimiento.

Algunas mujeres se observan como alguien que ocupa un lugar específico, un lugar diferente al del resto de los integrantes. "Yo siempre dormí con aire acondicionado, pero en mi casa. En la casa de ellos [los empleadores], debo recordar mi lugar. No voy a estar gastando los aires acondicionados de mis patrones si soy la empleada doméstica" (Viana, 48 años, Migrante de São Paulo). Este tipo de testimonios son muestra de cómo ellas son educadas para aceptar relaciones claras de jerarquías en lo que respecta a la convivencia.

Es que mira, allá en mi trabajo, yo priorizo a los niños, ¿entiendes? Yo sé cuál es mi lugar. Por ejemplo, ellos [los padres de los niños] están hablando entre sí — porque muchas veces ellas [otras trabajadoras domésticas] se quedan ahí, quieren escuchar, quieren meterse en la conversación y eso—. No, yo priorizo; yo sé que estoy ahí con mi función de niñera, de cuidar a los niños. Y punto. Así de simple. Yo llego enfocada en lo mío: 'Hola, ¿todo bien? Buenos días', y todo lo demás. Respondo lo que quieran que les responda. Y así sigo. Centrada en los niños.
(Laura, 30 años, Migrante rural)

Laura identifica que las trabajadoras, cuanto más logren contener su opinión o su subjetividad evitando afectar las rutinas de las y los empleadores, especialmente de los adultos, son más apreciadas; son premiadas por autoanularse. Así, su participación en eventos, como fiestas, cenas de Navidad e incluso salidas por vacaciones, es inclusión subordinada; se restringen las actividades en las que pueden estar y de qué modo. Esta relación y dinámica es, hasta cierto punto, poco cuestionada por las propias trabajadoras, quienes, si bien suelen tener diferentes reclamos hacia la práctica del trabajo doméstico remunerado, no es precisamente su posición diferenciada y jerárquica dentro de casa lo que más las incomoda.

Cuando Rafaela fue interrogada sobre cómo reacciona a las agresiones de los niños, ella respondió: "Ahí una tiene que tragarse el coraje y quedarse callada" (Rafaela, 34 años, Recife). Por su parte, Viana explicó que dentro de su trabajo ella adopta actitudes que marcan las jerarquías entre ella y quienes la emplean. "Nunca les falté al respeto a mis patrones. Siempre... Cualquiera que yo consiga

hoy es doctor o doctora. Siempre me refiero así porque una tiene que ponerse en su lugar, ¿no?" (Viana, 48 años, Migrante de São Paulo). De hecho, la propia Viana dice que ella no es la misma persona dentro y fuera del trabajo. "Yo soy muy, así, seria y penosa, así, cuando iba por algún trabajo, ¿sabes? Yo no soy esa persona extrovertida así; en mi casa sí lo soy. Pero en la casa del patrón no lo soy, no. Yo tengo límite" (Viana, 48 años, Migrante de São Paulo). Más allá de que Viana gestiona su identidad, siendo una en el trabajo y otra en casa, los comportamientos autorregulados a los que ellas hacen referencia obedecen al mandato jerárquico basado en rituales de diferencia y servidumbre.

Es porque yo no guardo eso en mi corazón, no me meto eso en la mente, pero no fue muy bueno no, trabajar en las casas de varias personas, no. Y también aprendí a tener cuidado con las personas, a observar más, a ver más el modo de las personas, ¿entendiste? Porque duele. Hay palabras que duelen, hay palabras que lastiman. Yo tengo que tener cuidado con lo que digo también. Tengo cuidado al llegar, ir a cuidar las cosas, ir para la cocina a quedarme callada, oír, solo oír. (Tania, 55 años, Migrante rural)

Tania presenta en este testimonio el proceso de aprendizaje a través del miedo, el cual se convierte en un método de disciplinamiento; al escuchar y callar, evidencia que su trabajo no está circunscrito únicamente a las actividades físicas, como limpiar y cocinar; ella tiene que aprender a amortiguar la violencia simbólica, producto de la posición subordinada, mientras su silencio es la trinchera desde la cual puede protegerse.

4.2.2 Colonialidad del espacio y humillación cotidiana

Recife, marcado por la historia colonial-esclavista, el crecimiento desordenado del área metropolitana, la dependencia económica con otras regiones, la segregación espacial y la desigualdad económica, configura las relaciones territoriales. Julieta Paredes (2015) considera que el territorio es una categoría que ayuda a estudiar las "decisiones y relaciones políticas" de los lugares.

Recife, entendido como territorio, es más que un espacio geográfico. Es la proyección doméstica de la segregación. La separación de las áreas de servicio del resto de la casa presente en los departamentos modernos emula la separación entre barrios de la ciudad. Las áreas sociales, en general, están cerradas para las trabajadoras; excepto para su limpieza, esos espacios no son concebidos para su disfrute, sino para el disfrute de otros.

La posibilidad de empleo en Recife depende en gran medida del nivel de escolaridad, pero la educación formal de la población racializada en buena parte del Estado ha sido escasa o nula; muchas personas de las zonas periféricas o rurales no cuentan con educación superior o media básica. Estos factores determinan las opciones de trabajo de las mujeres racializadas, es decir de las zonas rurales, negras, de la periferia, de baja escolaridad y con bajo poder adquisitivo.

Una pauta en Recife en el trabajo doméstico remunerado es que se espera la presencia de personal de servicio a tiempo completo, preferentemente las 24 horas del día y los 7 días de la semana. Dicha pauta tiene un impacto directo en las dinámicas al interior de los hogares de familias empleadoras y en la percepción de las trabajadoras. Ellas se incorporan a la rutina familiar como un integrante más del espacio doméstico, pero nunca en posición de igualdad. Una evidencia de ello es el famoso *quartinho da empregada* (cuarto de servicio), un espacio reconocido como legado de las tradiciones esclavistas, significativamente menor en tamaño que el resto de las habitaciones, a veces desprovisto de comodidades básicas, como una ventana. Su frecuencia en los departamentos de las clases medias y bajas tiene su origen en la "necesidad" de tener personal de servicio disponible que se ajuste a la rutina familiar todo el día (Trevisan y Viana, 2017).

Ya, ya pasé por eso. Hoy yo no quiero dormir más en el trabajo doméstico porque no se tiene una hora para comer, entonces se queda esa cosa... cada uno va a una hora y tú tienes que estar sirviendo mientras aquellas personas están despiertas. A veces te vas al cuarto, pero la persona llega, ¿verdad?, tocando. 'Fulanita, ¿puedes venir acá?' Ese pedidito así, ¿sabes?, que parece buenito, pero en verdad te está sacando de tu horario de descanso. Hay esas faltas de respeto, ¿sabes? Y siempre comes después de que todo el mundo come. Entonces, si alguien va a cenar temprano... Bueno, ¿y si no cena? Alguien está trabajando, espera a que llegue... tú solo vas a cenar después de que esas personas coman. Todavía hay mucho de eso. Todavía hay mucho de eso. (Mariana, 51 años, Recife)

El aumento en el número de diaristas no obedece nada más a una lógica económica; también debe leerse como estrategia de supervivencia frente a la disponibilidad total. Como relata Mariana, la vida de la trabajadora de planta no es vida propia, es anulación personal para ponerse al servicio ajeno.

Su relato devela la explotación en forma de pedidos cordiales y la coerción, pues la amabilidad es una trampa; dificulta el rechazo y la defensa de los derechos. Asimismo, la jerarquía se presenta en los hábitos de alimentación de unos y otros; para ellas no es permitido seguir sus propias necesidades biológicas; sin embargo,

los empleadores no solamente tienen ese derecho garantizado, también las tienen a ellas para evitarles el desgaste de la preparación.

4.2.3 La trampa de la ayuda y la experiencia capitalista

El sistema capitalista favorece la apropiación del trabajo de las personas: mientras más trabajo se obtenga de ellas y menos se les retribuya monetariamente, mayor es la acumulación. Sumado a ello, la jerarquización laboral favorece al trabajo productivo asociado a lo masculino, mientras que el trabajo del hogar en el espacio privado, asociado a las mujeres, es menospreciado. El trabajo doméstico remunerado no escapa de esa lógica, legitimando su baja retribución. La mayoría de las trabajadoras perciben bajos salarios, que son injustos para la cantidad de trabajo que se le asigna. Pero el problema no se queda en ello, también enfrentan problemas para recibir su pago a tiempo o que se les aumente el salario.

Yo vengo a trabajar y al final del día usted ya tiene que pagarme. Es difícil. Ha pasado. Pero yo cobro. ¿Yo no trabajé? ¿Él no me exigió? Entonces yo tengo que exigir que él me pague mi día. Porque si él me exigió, yo no tenía ni que estar cobrando. Él ya tenía que hacerme la transferencia o darme el dinero en la mano, como él quiera, sin que yo cobrara. Porque si él me exigió, tiene que pagar. Y a muchos ni les gusta cuando una cobra. Pero "¿tú no exiges?", condenado. "¿Tú no exiges que el servicio esté hecho?", bien hecho. Y por qué a la hora de pagarme, se te olvida. A veces pasa... pero toda la semana. La persona dice: "Lo hago mañana", pero toda la semana se le olvida. Solo no se le olvida exigirme. Solo no se le olvida dejar una hoja de este tamaño. "Haga esto, haga esto, haga esto." Cosas que hasta no me tocan hacer a mí, pero las hago. ¿Y por qué a la hora que me vas a pagar, condenada, se te olvida? Tú te olvidas. Ahí esas cosas son las que nos van dejando hartas, van haciendo que una vaya pensando en buscar ya otras cosas, porque desgasta. Es desgastante totalmente. Ellos no entienden. Pero nosotras tenemos que entenderlos a ellos. (Rafaela, 34 años, Recife)

Por otro lado, la alta oferta y demanda, "favorece" el bajo costo del trabajo. Aunque la demanda es alta, la alta oferta permite a los empleadores despedir a una persona que exija un salario alto, porque siempre hay mujeres dispuestas a aceptar un pago menor.

En el grupo mismo, en estos días, la muchacha puso que una persona estaba necesitando a alguien para cubrir descansos, sábado y domingo, pero solo pagaba 130 el día. Ya con el pasaje, dos días ¿son qué? 260, ¿no? Entonces si le quito 20 de pasaje, me quedo con 240. ¿Qué voy a hacer con ese dinero? Nada. Pero si voy la primera semana y a ella le gusta mi trabajo, a mí me gusta trabajar ahí o... voy a dar lo mejor de mí, porque estoy necesitada. Si hacemos las cuentas, cuatro fines de semana, tienes 240 todo el fin de semana garantizados. Entonces si lo juntas,

haces algo. Es mejor 220 en la mano que estar en tu casa con una cuenta por pagar, tener que hacer el mandado y no tener [con qué]. Entonces nos la vamos tragando. Ahí las muchachas del grupo dicen así: 'No, 220 es muy poco', más nada es poco, nosotras sabemos, pero hay madres que están solas, como yo. Yo estoy sola, yo para todo. Entonces, 240 en un fin de semana para mí me caen bien, porque voy a lograr hacer algo. Y si es otro fin de semana de nuevo, más 240, más 240. Ahí haces la suma, da un buen dinero, da una cantidad buena. Y da para que te organices y hagas tu vida. Pagar tu cuenta, sea lo que sea que vayas a hacer, porque todo el mundo necesita trabajar. Entonces hay ciertas situaciones en las que tenemos que aguantarnos porque necesitamos trabajar. (Rafaela, 34 años, Recife)

El testimonio de Rafaela expone lo que se puede llamar coerción de la necesidad: la precariedad económica disciplina las expectativas de las trabajadoras y reduce el valor del mercado del trabajo. En este sentido, se enfrenta la subsistencia a la crisis: "Es mejor 220 en la mano que estar en casa con una cuenta por pagar". Además, ser madres solas se vuelve un factor de vulnerabilidad que el mercado laboral aprovecha. La aceptación de condiciones que ellas mismas reconocen como injustas –"nos la vamos tragando"– se vuelve posible gracias a ello.

Así, a pesar de la alta demanda de trabajo doméstico remunerado, se crea una competencia donde la 'necesidad' es la herramienta más eficiente de disciplinamiento laboral. Como efecto, se perpetúan ciclos de pobreza bajo la apariencia de una oportunidad.

Este aspecto es central para entender por qué las mujeres se insertan y permanecen en la ocupación; siempre hay una oportunidad de empleo que ayuda a resolver las necesidades más apremiantes. Posteriormente, una vez que se ha ganado experiencia, reconocen cuáles son las mejores oportunidades, siendo ellas mismas oferta de mano de obra constantemente.

Al mismo tiempo, los desafíos para acabar con los círculos de pobreza y las brechas económicas entre las familias empleadoras y las familias empleadas no se han reducido; por ejemplo, con el aumento en el número de trabajadoras diaristas se reduce la dependencia, pero la explotación se mantiene. Se abren puertas para ejercer el trabajo según las reglas de las trabajadoras, quienes podrían tener mayor libertad para elegir horarios de trabajo, tareas que desean y no desean realizar, pero no se reduce la falta de seguridad social ni la fragilidad laboral frente a posibles crisis personales o sociales, como lo fue en su momento la pandemia por el COVID-19.

Por otro lado, la práctica del trabajo doméstico remunerado es extensa, abarca diferentes niveles sociales; no es exclusiva de polos totalmente opuestos de la

sociedad, como una familia rica blanca empleando a una mujer pobre negra; esto ocurre, pero no es exclusivo. En la práctica existe una amplia gama de empleadores; algunos, de hecho, tienen bajo poder adquisitivo también. Lo que posibilita su práctica es que la situación económica de la familia de la empleadora debe ser mejor que la de la persona empleada.

El número de trabajadoras domésticas en Brasil es muy alto; como se ha dicho, se estima que son cerca de 6 millones de personas las que se dedican a esta actividad en todo el país. A partir de las experiencias en campo, se explica que esta cifra no da cuenta de 6 millones de familias de alto ingreso con la capacidad económica para contratar a una trabajadora doméstica de planta, trabajando 6 días de la semana, sino que existen muchas variables de trabajo doméstico remunerado, incluyendo familias de clases medias y bajas que pagan por trabajo doméstico remunerado. El trabajo doméstico no es exclusivo de las élites, sino que está profundamente arraigado en la estructura social y económica del país, adaptándose a las necesidades y posibilidades de diversos estratos sociales. Recife es ejemplo de ello. Si bien he llegado a afirmar que la extensión y proporción del trabajo doméstico remunerado no se limita a una cuestión de clase, eso no significa que no existan relaciones o desigualdades de clase al interno de ella. De hecho, en el centro de muchas de las relaciones laborales que fueron documentadas, se observó una marcada diferencia económica entre las personas que emplean a las trabajadoras y las propias trabajadoras, a tal grado que podría pensarse como la norma. Por ello, más que una necesidad, la práctica del trabajo doméstico remunerado es parte de la cultura del país, lo que significa que su transformación depende en gran medida de cambios culturales, no solamente políticos.

Es porque este, no tengo contrato, ¿verdad? Ella me paga por semana. Ella me paga 120 a la semana. A veces 130, a veces 100. De modo que, como ella dice: 'yo la ayudo a ella y ella me ayuda'. Porque ella no tiene mucho, no tiene tanto dinero. Ahí así, es como que, una mano lavara la otra. Ella me ayudó en la hora máxima que yo necesité, que fue en la pandemia, que no tenía yo cómo hacer otras cosas. Y yo... y a ella... Cuando estaba embarazada, ¿no? Ahí siempre decimos que una se ayuda. (Ma. Bethania, 53 años, Recife)

En contextos de proximidad económica, como entre vecinos, y frente a las crisis compartidas, como la pandemia, el argumento de la "ayuda" matiza la presencia de explotación laboral. Como el vínculo está atravesado por las relaciones de reciprocidad entre pares, especialmente de una misma comunidad, no se percibe la arbitrariedad de un pago cambiante. Además, la relación es menos vertical que en los escenarios descritos anteriormente; sin embargo, estructuralmente, la

desigualdad entre ellas persiste. El empleo precario es un "favor" donde la exigencia de condiciones justas parece desubicada.

4.3 Cursos de vida y agencia

Hoy el trabajo doméstico remunerado en Recife está en proceso de transformación. A pesar del alto nivel de informalidad, cada vez son menos las mujeres dispuestas a dormir en la casa de las familias empleadoras. También, es menos proyectado como opción laboral para las hijas de las trabajadoras o como única alternativa para la supervivencia, son menos quienes están dispuestas a aceptar tratos humillantes, quienes tienen niveles de escolaridad tan bajos que sean totalmente excluidas de cualquier otro tipo de empleos.

En contraparte, son más las mujeres que separan las actividades, que establecen límites en funciones como niñeras, cuidadoras, faxineiras o cocineras. La separación de actividades obliga a los empleadores a repensarse y reconsiderar lo que ellos entienden por servicio doméstico, donde no es posible asumir que las trabajadoras harán todo lo que se les pida mientras se encuentren dentro de su casa.

A continuación, se divide el análisis de la agencia en las relaciones con sus familias, en lo que se nombra gestión de la supervivencia y la unidad doméstica; posteriormente, se abordan las acciones de agencia en el trabajo, donde se presentan las resistencias al sistema. Por último, se aborda el tema generacional, el cual pretende mostrar que, para quienes se dedican a este trabajo, la estructura de la familia ha jugado un papel central, que pasan de estructuras frágiles a estructuras que configuran la ruptura del ciclo.

Sin pretender romantizar su rol como madres, la mayoría de ellas ha buscado proporcionar más opciones de vida a sus hijos, ofreciendo un nivel de cuidados y de apoyo familiar que ellas mismas no tuvieron.

4.3.1 La gestión de la supervivencia y la unidad doméstica

Para afrontar la inestabilidad financiera inherente al trabajo informal, algunas trabajadoras generan agencia y empoderamiento financiero, distinto de la mera supervivencia. El término se refiere a la disciplina en el manejo de las finanzas personales, lo que permite no caer en las trampas del endeudamiento, que a largo

plazo otorga autonomía frente a un despido o una necesidad de cambio de trabajo.

Yo pienso así, que tengo que siempre, no... Yo sé mi valor y sé mi límite. Sé hasta dónde puedo ir. Yo soy la que tiene que ser mi propia guía. No puedo dejar que el dinero... Venga a mover mi mano, porque lo necesito, entonces... Por eso digo, yo busco administrar bien mi poquito. Si no tengo trabajo, no voy a comprar una televisión de 5 mil a plazos largos. Yo no sé qué va a pasar con el paso del tiempo, ¿sabes? No voy a comprar una ropa bellísima para ir a una fiesta para después quedarme solo en el estatus. Yo voy de acuerdo a lo que puedo. Entonces creo que en toda profesión uno tiene que tener ese control. Para que si alguien dice así: "No te quiero aquí, ya que no haces lo que yo quiero, no te quiero, te estoy corriendo". Tú miras y dices: 'Uff, no estoy debiendo nada, vámonos', ¿sabes? (Mariana, 51 años, Recife)

El discurso de Mariana resignifica la austeridad; evitar los gastos desmedidos o la deuda no es privación, es libertad. La adquisición de poder se manifiesta en la capacidad que tiene de abandonar un empleo desfavorable para ella, sin el miedo que impone una deuda. La gestión de las finanzas personales es un mecanismo de defensa frente al sometimiento institucional.

Frente a un contexto de tránsito entre trabajo doméstico y otros sectores precarios, ocurre que el retorno al servicio doméstico no siempre se vive como un fracaso. Puede ser una decisión pragmática que muestra la inestabilidad salarial en distintos sectores.

Yo regresé [como doméstica] porque, así, en esas dos empresas, yo no era fija, no estaba con contrato. Puro salario mínimo. No cambió nada en el salario mínimo, como ya dije, como soy una madre soltera, madre soltera, y trabajo así de... quiero un trabajo honesto, para mí lo que salga, yo le entro. Yo no tengo, digamos así... yo no le saco al trabajo, no. Es honesto, es digno. Yo quiero pasar por aquí con mi cabeza en alto. Digna. Hay personas que tienen restricciones, tienen vergüenza. Yo no tengo vergüenza, no. De ninguna forma. (Leni, 53 años, Recife)

El relato de Leni visibiliza la ética de la dignidad como forma de resistencia. Ella rechaza el prejuicio contra las trabajadoras, descarta el estigma sobre este tipo de trabajo y revalida su esfuerzo como madre sola que asume el sostén de sus hijos.

No, no, no. No. Nunca, gracias a Dios, nunca. Yo siempre los dejo en casa, siempre los dejo con alguien responsable. Mi hija de 17 años es muy responsable. Y ahí, listo, los fines de semana ella siempre me ayuda, yo me voy a trabajar, ella se queda con los otros. Así, el más chiquito es Matheus, que tiene dos años. La de doce también ayuda bastante, Murilo también ayuda, entonces somos un equipo. Y ahí logramos que fluya, que salga bien. Pero ahí entre semana le pago a una muchacha para que se quede con él, porque ella estudia todo el día, tiempo completo, y los otros también. [mi hija] estudia dos veces a la semana tiempo

completo. Pero nunca necesité llevarlos, no. Gracias a Dios, no. (Rafaela, 34 años, Recife)

Otra estrategia de resistencia se evidencia en el caso de Rafaela, quien siempre ha logrado configurar el cuidado de sus hijos sin que ella tenga que llevarlos al trabajo, esto permite cierta tranquilidad. Sin embargo, no deja de entrar en la cadena de cuidados en donde ella sale para hacer trabajo remunerado y delega tareas de cuidado en otras mujeres, sus hijas mayores aún adolescentes o bien en otra mujer racializada quien asume la responsabilidad de su hijo menor.

4.3.2 Agencia en el oficio: cuerpo y límites

En el trato con los empleadores la forma de defender su autonomía es muy variada. En el caso siguiente Leni lo hace por medio del respeto que ella misma impone en su horario de trabajo.

Yo tengo deberes, antes de tener derechos, como empleada doméstica; antes de tener derechos, tengo deberes. Mi deber es llegar a mi horario. Mi deber es cumplir con mi jornada de trabajo. Mi deber es cumplir con lo que usted me encargó. Cumplí con todo. Llegó mi hora de salida; yo me voy. Ahí, digamos, como pasó hoy, faltan 15 minutos para que yo salga. Estoy en mi horario. Usted llega de la calle; no importa lo que esté haciendo, usted es mi patrona. O mi patrón. Usted llegó de la calle atrasado. Si yo salgo a las cuatro... cuarto para las cuatro, si usted me pide algo, si usted me encarga hacer algo, lo voy a hacer, estoy en mi horario. Dieron las cuatro horas, me arreglo y me voy. Entonces así, no discuto. No discuto. Ahora, sí, por ejemplo, puedo hacer una excepción, puedo salir un poquito tarde, pongo atención. Yo solo no quiero que se haga costumbre. Si se hace costumbre, ahí no voy a discutir. Dando mi hora, yo voy a salir. (Leni, 53 años, Recife)

El trabajo con horario definido potencia que las trabajadoras sean menos explotadas. Leni pone estos límites porque tiene una ley que protege su actuar, y porque, subsecuentemente esto le permite manejar su tiempo fuera de ese horario; es decir tener una vida más allá del trabajo; algo que muchas trabajadoras domésticas históricamente no tuvieron.

Ellas interpretan que su trabajo es necesario, esto quiere decir que es indispensable en la vida de quienes las emplean. En una de las entrevistas surgió esta reflexión "Aunque yo sepa que yo necesite de aquel trabajo. Pero ellos también necesitan de mí" (Rafaela, 34 años, Recife).

Especialmente, en el se refuerza que ellas cumplen una función indispensable para esas familias, que determina en gran medida la calidad de vida de las familias empleadoras. Además de mostrar que eso significa que ellas pueden luchar por condiciones más dignas directamente con quienes las emplean.

Empecé a platicar con las otras domésticas y veíamos el sentimiento de angustia de ellas por no saber, por no tener estudios, por no saber su deber, por no saber las leyes que las protegían, y que yo sí sabía. A veces nos veíamos en el metro platicando, mostrándoles a ellas lo que era, lo que teníamos que hacer, cuáles eran sus derechos, y les fuimos mostrando poco a poco todo lo que había por hacer. Y ahí me sentí en el deber de mostrarles, de platicar con ellas y saber sus derechos y que ellas tenían deberes. Pero su deber tenía que ir, en este caso, a un sindicato que las apoyara, que muchas de ellas no sabían ni que el sindicato existía. Ahí le agarré el gusto a la causa. Ahí cuando me salí de mi trabajo, hace un año, que yo ya había venido aquí al sindicato para hacer su formación por el Foro de Mujeres de Pernambuco, yo ya había venido. Ahí después de que me salí del trabajo me vine para acá y ahí me quedé. Ahí fui, estoy hasta hoy haciendo trabajo voluntario. Pero ahí le fui agarrando el gusto, porque es una profesión muy desvalorizada, por desgracia. (Deyá, 58 años, Recife)

Deyá testimonia la pedagogía horizontal entre las trabajadoras. Ella asume un deber de compartir los conocimientos que ya tiene para que otras trabajadoras tengan herramientas para luchar por mejores condiciones. Además, construyó una identidad militante que se pudo desenvolver gracias al sindicato.

4.3.3 Rupturas intergeneracionales y producción de futuro

El trabajo doméstico remunerado, no acarrea solamente el desgaste físico, acarrea la separación de las familias, principalmente en el escenario del trabajo doméstico de planta. Antes de que las leyes fueran más estrictas, las trabajadoras no tenían ni 24 horas de la semana libres por semana, a veces, tenían descanso una vez cada quince días o una vez por mes, impidiendo una relación con sus familias.

Los hogares de esas mujeres, sus familias y sus relaciones estuvieron fuertemente marcados por la ausencia. Otras mujeres, hermanas mayores, tías, abuelas, entre otras, asumieron responsabilidades de trabajo reproductivo, lo cual determinó las dinámicas al interno de los hogares, entre ellas los vínculos maternos, la asunción de roles de adultos a temprana edad, la convivencia familiar, el aumento de las violencias entre otras. Todo ello ha dejado marcas en esta generación de trabajadoras, quienes, a pesar de todo, han tratado de transformar estos vínculos con las nuevas generaciones.

No sé si tú ya viste esa película, La vida es bella. Es más o menos eso, ¿sabes? Oh, todo está bien. Qué dolor, pero todo está bien. Es eso, ¿sabe? El trabajo doméstico es eso cuando tienes hijos... y gracias a Dios que el gobierno trajo esa ley, ¿verdad? Que tenemos nuestro horario. Si es para quedarse a dormir, es para dormir, pero tienen que pagar. Porque no tenemos tiempo para nuestros hijos, ¿verdad? La

empleada doméstica no tiene tiempo para su familia. Porque si una no atiende de esa forma, te corren. (Mariana, 51 años, Recife)

La mayor parte de las trabajadoras entrevistadas estaba en contra del modelo de planta, solamente tres lo siguen ejerciendo Laura, Edith y Angélica. Las últimas dos no la han abandonado porque están en proceso de concluir estudios superiores, así proyectan que en el futuro podrán no seguir en el trabajo de ese mismo modo. En el caso de Laura, ella está buscando la maternidad por lo que mientras ese momento llega prefiere seguir trabajando y seguir teniendo un ingreso que le otorga libertad económica, pero en caso de tener un hijo las cosas cambiarían. "Sandra: ¿Y después, ya con el niño, dejarías de trabajar o buscarías alguna otra cosa? Laura: Yo dejaría de trabajar; jamás iba a dejar a mi hijo así. Solo si tuviera a una mamá cerca, ¿verdad? Ahí todo bien. Pero yo quiero dedicarme al 100%" (Laura, 30 años, Migrante rural). En cuanto a sus familias, las trabajadoras hacen parte de una generación de mujeres que han roto con patrones y círculos de trabajo doméstico remunerado, no necesariamente en experiencia propia, pero sí en cuanto a las nuevas generaciones. De ello es reflejo la reducción de trabajadoras menores de 30 años, el aumento en la escolarización de hijos e hijas, la insistencia en que tengan otras oportunidades de trabajo y de vida.

4.4 Reflexiones del capítulo

El descontento generalizado de las mujeres no es por el trabajo en sí, sino por las inconformidades que surgen de las condiciones de explotación, humillación y desvalorización asociadas a él.

Primero, el trabajo doméstico remunerado es apropiado por el capitalismo; la desvalorización económica y simbólica es ejercida contra las mujeres ubicadas en las clases sociales bajas. El mismo reproduce las jerarquías porque se estructura en la dicotomía patrona (rica)/trabajadora (pobre). Aunque en la práctica no sea todo el tiempo así, ya que puede haber casos de empleadores no ricos y trabajadoras no pobres.

La explotación se ha transformado y se sigue transformando. Esto no quiere decir que necesariamente el trabajo doméstico remunerado apunte a un mayor equilibrio en su retribución o su distribución a nuevos grupos sociales. Pero sí ha habido cambios sociales impulsados por las propias trabajadoras que han abierto la puerta a transformaciones significativas.

A pesar de esas relaciones desiguales estructurales, en los casos analizados se encuentran hallazgos de cómo las mujeres están generando contrapeso a través de mecanismos propios de agencia. Por ejemplo, al no aceptar salarios por debajo de lo que ellas consideran mínimo, separar funciones o apoyarse en la ley. El fortalecimiento intergeneracional al priorizar la educación de sus hijos, otorgando herramientas para seguir una ruta profesional diferente a la que ellas tuvieron. Todos estos esfuerzos tienen un impacto en las relaciones familiares y en la dependencia de la trayectoria familiar al trabajo doméstico remunerado.

La ausencia de uno de los miembros de la familia es un punto de inflexión en la trayectoria de hijas aún en la niñez o la adolescencia, quienes son obligadas a acotar su niñez de un momento para otro y entrar a la lógica del trabajo doméstico informal.

En las trayectorias familiares de las mujeres entrevistadas se observa que la capacidad atribuida a niñas y adolescentes no estuvo determinada necesariamente por la madurez emocional, física ni por la preparación y educación que hayan recibido, sino que culturalmente las mujeres son expuestas al trabajo doméstico desde la infancia. El paso que dieron al trabajar fuera del hogar para aportar recursos monetarios fue asimilado como un paso natural y necesario, incluso si ellas no se encontraban preparadas para hacerlo.

La atribución de responsabilidades es una desigualdad que afecta más a las mujeres que a los hombres en la división sexual del trabajo y al interno de la unidad familiar. La presión en las mujeres por contribuir económicamente fue constante e imposibilitó la estabilidad dentro de la familia de origen; cabe recordar que los relatos donde las mujeres realizaron trabajo en la infancia y la adolescencia estaban fuertemente ligados a la precariedad del núcleo familiar.

La diferencia en la atribución de la capacidad de las mujeres en aportar recursos dentro de la familia también genera tensiones y resentimientos entre los propios miembros. En una de las entrevistas, María Betania explicaba que sentía más duramente la falta de “apoyo” de sus dos hijas que de su único hijo varón. A pesar de recalcar que ninguno de los tres estuvo con ella durante los momentos difíciles que vivió durante la pandemia, ella describió conflictos más fuertes con sus hijas. Justamente porque no sentía que la relación estuviera mediada ni por afectos ni por solidaridad.

CONCLUSIONES

La presente investigación se propuso como objetivo central analizar cómo el trabajo doméstico remunerado tiene una relación de interdependencia con las dinámicas y trayectorias familiares de las mujeres racializadas en Recife. Tras el análisis cualitativo de las 16 trayectorias recolectadas, se concluye que este sector laboral ha operado como un dispositivo de ordenamiento social. Es decir, que no solamente afecta las relaciones con las trabajadoras en el lugar de trabajo, sino fuera de él, de manera que cuando una mujer asume esa función, difícilmente llega a buscar otras opciones de trabajo. El abuso del tiempo de vida de las trabajadoras afecta sus decisiones familiares y cursos personales, mientras se mantienen en una constante lucha entre la supervivencia económica y el cuidado de sus vínculos afectivos.

Un ejemplo es cuando se incorporan, ya sean niñas o adolescentes, en estas labores de forma sistemática. Las mujeres entrevistadas en dicha situación no eligieron por vocación esta ocupación, sino que fueron orilladas ante un contexto personal de precariedad económica y la normalización de los empleadores a aceptar acuerdos paternalistas. Una vez iniciadas en la labor, el trabajo se mantiene por la responsabilidad económica y familiar, ya sea con los padres o los hijos; a su vez, la interrupción de un proceso de maduración emocional y profesional también limita otras posibilidades de trabajo.

La investigación presenta al trabajo doméstico remunerado como un dispositivo que condensa relaciones de opresión con continuidades históricas de jerarquización colonial. Esto lo convierte en un espacio de constante lucha de poder, particularmente para las mujeres racializadas. Aunque se trata de una ocupación igual a otras, las relaciones de dominación y paternalismo comprometen condiciones de trabajo justas, como la extensión de los horarios de trabajo, la asignación de funciones fuera de lo requerido, entre otros. Más allá de un problema laboral, esto afecta también las relaciones familiares de quienes se emplean, pues requieren la constante activación de la agencia para reducir el impacto de las jornadas de trabajo extenuantes en la separación familiar.

El abordaje sobre la precariedad estructural y la desigualdad sistémica estuvo basado en el contexto de Recife, ciudad capital del estado de Pernambuco, que pertenece a la región Nordeste de Brasil. En este lugar el trabajo doméstico es heterogéneo, yendo de la informalidad hasta el sector formal consolidado. Esto

se refleja en los ingresos de las personas que se emplean en él; mientras unas reciben un poco más del salario mínimo al mes, hay quienes no reciben ni uno, inclusive menos de la mitad de uno. Estas diferencias demuestran que la precariedad prevalece como condición general, propiciando ciclos de pobreza entre poblaciones ya desfavorecidas.

La investigación develó una estructura legal deficiente frente al mercado de trabajo dependiente de los intereses capitalistas. A pesar de la ley "PEC das Domésticas" de 2013, la garantía de derechos está limitada al trabajo por mes. De manera que las diaristas, quienes trabajan por aplicaciones o bajo otros modelos informales, están fuera de protección legal. Esta situación responde a que las políticas públicas no se han enfocado en atender al fenómeno en todas sus dimensiones, proyectando un modelo de trabajo que no necesariamente empata con la realidad. A esto se suma la carencia de fiscalización: violar los derechos de las trabajadoras es un delito, pero escasamente perseguido. En resumen, las políticas públicas están dirigidas a dignificar la ocupación, pero han sido deficientes.

Por ejemplo, persiste el trabajo de planta, que refuerza la colonialidad; sin embargo, hay quienes recurren a esta modalidad porque reduce los gastos de traslado y de manutención. Así que las mujeres provenientes de ciudades menores o rurales de Pernambuco, fuera de la metrópoli, suelen optar por el trabajo de planta. Por otro lado, las trabajadoras de entrada por salida ganan autonomía, pero su pobreza del tiempo crece por el tiempo que gastan en el traslado entre su casa y los lugares donde laboran.

Este panorama revela desigualdades territoriales. Las mujeres migrantes rurales constituyeron la mitad de las mujeres entrevistadas. Ellas relataron que hay menos opciones de trabajo en sus lugares de origen, por lo que la migración laboral les permite la supervivencia. Por otro lado, la otra mitad –mujeres de la periferia de Recife– dijo haber tenido experiencias de trabajo que no se limitan al ámbito doméstico; sin embargo, fueron tan informales o precarias como esta ocupación, mostrando un fenómeno de movilidad horizontal en la precariedad.

. La pobreza del tiempo se inscribe en la rutina y en su cuerpo. Aunque el trabajo se realiza en una ciudad conectada y diversa, las trabajadoras pasan la mayor parte de su tiempo en cautiverio. El tiempo libre es un lujo, quedando poco o nada para dedicar a su familia, el autocuidado o actividades recreativas. Esta carencia acarrea padecimientos físicos y emocionales.

La actualización de la colonialidad del poder también se manifiesta en la naturalización de las violencias y el privilegio de raza y clase. Estos elementos son transversales. La naturalización ocurre porque replican jerarquías de dominación en todos los niveles; se documentaron casos como el trabajo doméstico penitenciario o como el que se da entre personas de condiciones sociales próximas. Estas jerarquías fueron replicadas incluso por las propias mujeres racializadas, evidenciando la profundidad en la reproducción de la sumisión.

El privilegio de clase y raza se refleja en quienes tienen derecho a una infancia; la mayoría de las trabajadoras no lo tuvo, vivieron esa etapa desde la protección. Tania, a los 11 años, fue víctima de explotación infantil; Claudia, a los 9, asumió responsabilidades de adulto por la muerte de su madre; Erinilda y Leni asumieron la responsabilidad de crianza de sus hermanos y hermanas menores en la adolescencia. Las niñas racializadas se convierten prematuramente en fuerza de trabajo disponible. Los ejemplos revelan la continuidad de la colonialidad del poder. Recife, como territorio históricamente construido en relaciones esclavistas, se sigue rigiendo por un control paternalista y explotador sobre las trabajadoras: no es solo la fuerza de trabajo, es tiempo de vida y la biografía misma. Las ausencias de las mujeres en sus propios hogares afectan tanto la dinámica familiar como la estructura. Muchas de ellas no crecieron en núcleos familiares tradicionales y posteriormente encuentran dificultades para seguirlos. Han vivido la experiencia como hijas de madres ausentes y como madres ausentes por sí mismas.

La jerarquización social no es un elemento subyacente; es un mecanismo que sigue mediando y legitimando las relaciones desiguales. El valor cultural de este trabajo lo coloca como un marcador de clase y racialización. El cual legitima la separación entre personas que han heredado el "derecho" de mandar y quienes han heredado el "deber" de servir. Esto ha generado estigmas hacia las trabajadoras domésticas, quienes son vistas como servidumbre, o en posición denigrante dentro y fuera del lugar de trabajo; de hecho, algunas revelaron preferir no decir su ocupación en ciertas circunstancias sociales. Al ligar al empleador con un mayor estatus y jerarquía social, se perpetúa la opresión en contextos horizontales, incluso entre habitantes de un mismo territorio. Bajo el argumento de que es una necesidad en su vida, reproducen el modelo del amo/esclavo en sus propios hogares. Mientras el trabajo doméstico remunerado siga siendo precario y explotado, se mantiene vigente como ordenadora de la sociedad.

A su vez, el paternalismo y la violencia simbólica abonan a la precariedad. El paternalismo en ciertos momentos ha permitido la creación de vínculos de fraternidad; pero en la mayoría de los casos, justifica la explotación como "ayuda". Esta justificación lleva a que no se paguen derechos y se nieguen a mejorar condiciones, es decir, un eufemismo de precarización. Las buenas o malas condiciones de trabajo dependen fuertemente del nivel de conciencia de los empleadores.

Es cierto que el trabajo doméstico remunerado ha sido medular en la supervivencia de millones de personas; sin embargo, el hecho de que lo realicen predominantemente mujeres racializadas muestra la colonialidad como matriz de las relaciones, lo que perpetúa ciclos de pobreza y precariedad entre las trabajadoras. La colonialidad requiere de la existencia de desigualdades, primordialmente de género y clase, pero también raciales y territoriales, para operar. Sin estas desigualdades, la lógica de empleadores/trabajadores – adinerados/empobrecidos– no permitiría los altos niveles de explotación que persisten hoy en día. Durante las entrevistas, todas las entrevistadas afirmaron que su trabajo está desvalorizado, indicando baja retribución económica y bajo estatus social.

Las jerarquías están presentes; más de dos tercios de las mujeres entrevistadas reconocieron tener una identidad racializada, ya sea por ser mujeres negras, pretas y pardas o por el lugar de origen (rural o de la periferia). Esta posición subalterna también está ligada a la pobreza y la baja escolaridad, elementos presentes en las narrativas de todas las mujeres entrevistadas. Así, se construye un perfil de las trabajadoras basado en las desigualdades estructurales que articulan al trabajo doméstico remunerado como destino social predeterminado.

Este elemento es medular para entender la influencia del trabajo doméstico en la dinámica familiar. Aunque este fenómeno se ha transformado con el tiempo, el contexto social y económico es fundamental para entender la inserción laboral a temprana edad; no se trata de un evento casual, se consolida como una de las únicas opciones laborales de las mujeres racializadas sin acceso a educación. Asimismo, esta investigación revela que la dinámica familiar requiere de adaptabilidad frente a las ausencias. Por ejemplo, en la descendencia se replica el ciclo de autonomía temprana y cuidado delegado –en el contexto de ausencia materna por largas jornadas–; las nuevas generaciones asumen roles adultos prematuramente.

Por su parte, más de la mitad de las mujeres entrevistadas declararon ser jefas de familia, sustentando a tres integrantes en promedio. Esto habla de la exigencia personal y familiar de asumir el rol de proveedora sin perder su “tarea” naturalizada como cuidadoras al interior del hogar. Estas cargas de responsabilidad no necesariamente se subjetivan como explotación porque el sacrificio se naturaliza. Así, se asume que las mujeres racializadas son lo suficientemente fuertes para responder a esas cargas de trabajo.

La interseccionalidad se manifiesta entre las propias trabajadoras; las mujeres tienen perfiles que convergen en la precariedad, pero con matices diferenciados. La propia experiencia como trabajadoras, en salarios y autonomía, es muestra de ello. Así, se señala que la estructura familiar, la trayectoria y las dinámicas con la comunidad son cruciales para definir experiencias laborales menos opresoras, ganar autonomía al elegir empleadores o reducir la pobreza del tiempo en su rutina.

La idealización de la familia nuclear –donde el hombre es el principal proveedor– persiste entre las mujeres entrevistadas, aunque en realidad los ingresos tanto de sus padres como de sus parejas, en los casos en donde los había, eran secundarios. Este aspecto es central: la mayoría de los casos analizados muestran una presencia histórica de las mujeres en el mercado laboral, tanto en las generaciones que las antecedieron como en generaciones más jóvenes. El proceso es evolutivo: pasan de un aporte secundario de niñas a aumentar las responsabilidades con la maternidad, siendo, en muchos casos, las proveedoras principales.

De hecho, la investigación muestra que la organización familiar no encaja en la supuesta crisis de la familia de clase media; estas familias viven en crisis constantes. En las trayectorias de las mujeres entrevistadas, las funciones y los aportes en recursos de cada integrante mostraron que la prioridad era la supervivencia, no mantener el vínculo. Mariana, por ejemplo, tuvo que delegar el cuidado de sus hijos cuando ella era adolescente. Por su parte, las responsabilidades económicas no son exclusivas de los adultos. Las mujeres comenzaron a trabajar a edades muy tempranas, algunas en el trabajo doméstico remunerado, otras no, pero todas ellas han tenido una carga mayor de responsabilidad en la provisión de recursos.

Esto llevó a las familias a reconfigurarse constantemente por situaciones límite como la necesidad de migrar, la muerte de un familiar, el embarazo adolescente o la inserción laboral a temprana edad. Por ejemplo, las niñas y adolescentes que

fueron separadas de su núcleo familiar desde la infancia o las mujeres adultas o madres que pasan largos trayectos en el transporte público reducen significativamente el tiempo de convivencia familiar, con consecuencias para la familia y para ellas mismas.

Asimismo, persiste la explotación. En las diaristas, por ejemplo, debido a la forma en la cual realizan su función, podrían tener mayor autonomía: decidir en cuál horario llegar y salir según las actividades que van a realizar. Sin embargo, al condicionar el trabajo al seguimiento de un turno y no de una tarea, se intensifica la demanda de quienes las emplean; estando sujetas a que se les impongan actividades fuera de su alcance y a la acumulación de trabajo desmedida.

Entre las trabajadoras semanales, incluso aquellas que tienen sus derechos laborales garantizados, hay quienes siguen durmiendo en la casa de la familia empleadora; la situación tiene mayor efecto en sus propias relaciones de parentesco porque pasan más del noventa por ciento de la semana en otra casa. De manera que son ellas las que menos tiempo de convivencia familiar tienen, como en el caso de Laura, quien vivió alejada de su primer hijo durante la infancia; posteriormente, decidió renunciar a su trabajo para cuidar ella misma del segundo. Para ella fue necesario este ajuste al experimentar las consecuencias de la separación familiar en su vínculo con el primer hijo.

La dificultad para poner límites ocurre cuando las trabajadoras son contratadas para ejercer una única función, usualmente cuidadoras o niñeras; en ocasiones son presionadas para realizar tareas de limpieza, preparación de alimentos, entre otras labores ajenas a su contratación, bajo la apariencia de favores especiales. Esto demuestra la persistente conceptualización del trabajo doméstico como ayuda. Estas son prácticas contemporáneas de explotación a las que las trabajadoras se someten por la dependencia económica, especialmente para quienes solo han laborado en esta área, así como entre mujeres que están pasando por crisis familiares o personales.

Entre las estrategias de autonomía, las trabajadoras se han apropiado de las redes sociales para generar un espacio de apoyo donde pueden compartir sus experiencias y hablar sobre los problemas que enfrentan cotidianamente. Por ejemplo, el grupo de WhatsApp conformado totalmente por trabajadoras, donde intercambian consejos y mensajes de ayuda en situaciones relacionadas con su labor.

La generación de mujeres más jóvenes, como Angélica y Edith, resiste a través de la continuación con los estudios profesionales; al contar con oferta de

programas en línea, están trabajando y estudiando al mismo tiempo, incluso cuando las dos laboran en un modelo de trabajo de planta. El caso de Bibi ilustra el efecto de los beneficios de gobierno, como becas para estudiantes racializados, los cuales posibilitan el acceso a universidades públicas, anteriormente negadas para las trabajadoras domésticas y para su descendencia.

Otra resistencia está en negarse a sacrificar el beneficio familiar y personal por el trabajo remunerado. Eronilda, por ejemplo, prefiere apropiarse de su tiempo libre, pasar más tiempo con su hijo, salir a divertirse y cuidar de su red de apoyo familiar y comunitario que trabajar por semanas enteras sin descanso bajo la lógica de la productividad.

Hubo momentos de la historia en que los mecanismos de explotación estaban fuertemente arraigados a las relaciones patriarcales, herencias del sistema de organización de la casa grande ¹⁴ del periodo esclavista. Las familias empleadoras asumían que quienes hacían parte del personal de servicio no requerían de una retribución en salario, considerando que, al proveer alimentación y abrigo, se estaba dando un "intercambio justo". En la actualidad, esos mecanismos se han transformado; ahora opera el sentido laboral como eje articulador de la relación.

El estudio de este fenómeno revela procesos de transición. Los niveles de servidumbre tradicional están cambiando, trayendo consigo el rompimiento del ciclo de la precariedad. La existencia de un sindicato es evidencia de cambio estructural, pues la lucha de las mujeres por derechos laborales y por una justa remuneración provoca el cuestionamiento sobre cómo el trabajo debe ser ofrecido.

Esta nueva presión obliga a los empleadores a repensarse como tal y a asumir sus obligaciones. Elementos como el tiempo de trabajo, la definición de labores o el trato hacia las trabajadoras han tensionado su ejercicio, por lo que las trabajadoras han luchado con microbatallas por romper con la subordinación. Ganar libertad también repercute en las familias porque propicia el fortalecimiento de autonomía personal y familiar.

¹⁴ Casa grande era el término que se utilizaba para hacer referencia a la casa en donde vivían los hacendados dueños de personas esclavizadas; senzala eran los lugares donde los esclavos vivían. Uno de los autores más polémicos que romantizó las relaciones raciales en Brasil, Gilberto Freyre, llamó a uno de sus libros "Casa-grande y senzala": La formación de la familia brasileña en un régimen de economía patriarcal" (2010).

Finalmente, frente a la naturalización del trabajo doméstico como práctica feminizada, las mujeres desafiaron esta visión al reconocer su ocupación no como un área naturalmente dada a todas las mujeres, sino como un trabajo que implica habilidades aprendidas y desarrolladas con la experiencia y con el tiempo.

Cabe decir que el principal hallazgo del análisis fue la ruptura de ciclos; madres como Deyá o Rafaela actúan para posibilitar la interrupción del trabajo doméstico remunerado generacional. Ellas propiciaron las condiciones económicas necesarias para que las nuevas generaciones de su familia tengan acceso a mayores niveles educativos, permitiéndoles entrar al mercado de trabajo con mayor preparación. Es significativo el testimonio de Bibi, quien se apropia de la trayectoria de su familia para repensar su propio proyecto de vida. Mientras sabe que sus abuelos no tuvieron acceso a educación, ella heredó poder de elección sobre su futuro.

El trabajo doméstico remunerado ejercido en Recife mantiene una lógica de apropiación del trabajo de las mujeres para beneficio de los intereses capitalistas, lo cual ha históricamente fragilizado los vínculos familiares de las trabajadoras. Sin embargo, más que pensar en el trabajo doméstico desde la abolición, la investigación apunta a su regulación, donde su práctica se emancipe de las desigualdades que le acompañan, para redefinir la dignidad de su labor. En este sentido, la transformación surge como deber político urgente, especialmente la intervención social para erradicar la colonialidad y el paternalismo como prácticas que perpetúan la subordinación personal y familiar. Esto ayudaría a potenciar su rol como catalizador de la reorganización familiar: donde las trabajadoras dejan de generar fracturas en sus genealogías para convertirse en protagonistas por la defensa de sus trayectorias y de sus derechos.

Desde la perspectiva de las Humanidades y los Estudios Latinoamericanos, esta tesis aporta una mirada situada que se contrapone a las nociones universales y abstractas del trabajo. La investigación sugiere que la herencia colonial en este territorio sigue presente en el imaginario y se materializa en el trato deshumanizado hacia las trabajadoras y en la demanda estructural de su tiempo completo. Al rescatar las narrativas orales, este estudio contribuye a la genealogía del pensamiento feminista latinoamericano. De modo que muestra cómo la subordinación recae fuertemente en los vínculos familiares y en la vulneración de las trayectorias de vida. No obstante, también ha permitido cuestionar cómo es que la agencia se manifiesta en la precariedad, especialmente en el

reconocimiento de sus cursos de vida y familias como espacios fundamentales de agencia y transformación.

Desde mi posicionamiento como investigadora, como parte de las reflexiones finales, reconozco que la fuerza del territorio me permitió reconocer debilidades en mis premisas iniciales. Esta tesis comenzó queriendo evidenciar un problema de opresión racial y de género en Brasil. Sin embargo, mis primeros supuestos partían de lecturas y reflexiones surgidas de una corriente del pensamiento negro que no empataba con el territorio de estudio. Propuse una investigación centrada en una idea de mujer negra que no encontré en Recife; este fue uno de los mayores aprendizajes como investigadora, pues aunque las voces de unas mujeres sean fuertes, no son las voces de todas. Hoy reconozco que la discusión racial en Brasil es sin duda un tema más sensible de lo que imaginaba. La autoidentificación y la adhesión al movimiento negro, particularmente entre las mujeres de este estudio, no era tan evidente como lo era entre otros grupos de mujeres negras. Esto no significa falta de conciencia racial, sino que el territorio y el contexto definen su experiencia con el racismo; no así las afirmaciones de mujeres que les son ajenas. Esto me llevó a repensar el lenguaje propuesto, a reflexionar sobre el racismo acotado al trabajo doméstico remunerado y a asimilar el posicionamiento de las mujeres entrevistadas.

Asimismo, considero que esta investigación me permitió, o más bien me obligó, a reflexionar sobre la importancia del trabajo directo con personas y la responsabilidad que conlleva involucrarse en su vida. Considero que el mayor aporte de la investigación para ellas vino del proceso de conocernos y de las entrevistas, no tanto del resultado final plasmado en estas páginas. Quizá por la validación de su historia a través de un oído ajeno o por la reflexión que surge de contar las experiencias personales, pero resulta innegable que nuestra responsabilidad como investigadoras radica poderosamente en la huella que dejamos en las personas, así como ellas dejan huellas en nosotras. Esto no quiere decir que la palabra escrita no tenga impacto, sino que, para futuras ocasiones, me gustaría proponer estudios donde la propia metodología genere un mayor impacto para quienes conforman la investigación. La entrevista a profundidad no deja de ser un recurso valioso, pero considero que tengo mucho más por explorar en el mundo de la metodología cualitativa y en el trabajo con personas.

FUENTES CITADAS

- Agência Recife de Inovação e Estratégia. (2022). *Recife 500 anos: plano estratégico de longo prazo para o desenvolvimento da cidade*. Segunda edición. Recuperado el 14 de marzo de 2024, de https://recife500anos.org.br/wp-content/uploads/2022/03/Recife-500-Anos_2edicao.pdf
- Albuquerque, Maria de Fátima Pessoa Militão. (1993). Urbanização, favelas e endemias: a produção da filariose no Recife, Brasil. *Cadernos de Saúde Pública*, 9, 487–497. <https://doi.org/10.1590/S0102-311X1993000400009>
- Almeida Monticelli, Thays y Barbosa Fraga, Alexandre. (2021). "PEC das Domésticas": holofotes e bastidores. *Revista Estudos Feministas*, 29(3). <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2021v29n371312>
- Arruda, Kátia Magalhães. (2007). O trabalho infantil doméstico: rompendo com o conto da cinderela. *Revista de informação legislativa*, 45(178), pp. 285-291. Recuperado el 30 de octubre de 2025, de https://www12.senado.leg.br/ril/edicoes/45/178/ril_v45_n178_p285.pdf
- Arslan, Adem. (2023). Characteristics, types and functions of family concept. *African Educational Research Journal*, 11(1), 45–48. <https://doi.org/10.30918/AERJ.111.23.001>
- Ávila, Maria Betânia de Melo y Ferreira, Verônica. (2020). Trabalho doméstico remunerado: contradições estruturantes e emergentes nas relações sociais no Brasil. *Psicologia & Sociedade*, 32.
- Basanta López, Justo. (1997). El salario. *Instituciones de derecho del trabajo y de la seguridad social*. Instituto de investigaciones jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 445-470. Recuperado el 22 de mayo de 2024, de <https://biblio.juridicas.unam.mx/bjv/detalle-libro/139-instituciones-de-derecho-del-trabajo-y-de-la-seguridad-social>
- Benería, Lourdes; Berik, Günseli y Floro, Maria (2015). *Gender, development, and globalization: Economics as if all people mattered*. Routledge.
- Bernardino-Costa, Joaze. (2007). Colonialidade do poder e subalternidade: os sindicatos das trabalhadoras domésticas no Brasil. *Revista Brasileira do Caribe*, 7(14), 311-345.
- Bezanilla, J. José Manuel y Miranda, Ma. Amparo. (2013). La familia como grupo social: una re-conceptualización. *Alternativas en psicología*, 17(29), 58-73. Recuperado el 22 de mayo de 2024, de https://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-339X2013000200005

- Bezerra de Melo, Cecy. (2023). A diarização do trabalho doméstico e o processo de tornar-se diarista. *Encontro Anual da ANPOCS (47)*, pp. 1-18. SciELO Preprints. <https://doi.org/10.1590/SciELOPreprints.6842>
- Blanco, Mercedes (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de población*, 5(8), 5-31.
- Brites, Jurema. (2000). *Afeto, desigualdade, rebeldia: bastidores do serviço doméstico*. (Tesis Doctoral no publicada). Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Carneiro, Sueli. (2005). *A construção do outro como não-ser como fundamento do ser*. (Tesis doctoral no publicada). Universidade de São Paulo.
- ____ (2011). *Racismo, sexismo e desigualdade no Brasil*. [Libro digital]. Selo Negro.
- Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina y Torns, Teresa. (2011). Introducción. En *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas* (pp. 9-95). Catarata. Recuperado el 10 de septiembre de 2024, de https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Economia_critica/El-trabajo-de-cuidados_introduccion.pdf
- Carrasco, Cristina. (2006). La economía feminista: Una apuesta por otra economía. En *Estudios sobre género y economía*. Ediciones Akal. 29-62.
- Castaño, Pablo. (2018). Las movilizaciones de las trabajadoras del hogar bolivianas. *Nota de Organización de WIEGO* (10). Recuperado el 23 de enero de 2025, de https://www.wiego.org/wp-content/uploads/2019/09/Castano_Movilizaciones_trabajadoras_hogar-Bolivianas_WIEGO_OB10.pdf
- Casteel, Alisha y Bridier, Nancy L. (2021). Describing Populations and Samples in Doctoral Student Research. *International Journal of Doctoral Studies*, 16, 339-362. <https://doi.org/10.28945/4766>
- Cavalcanti-Bezerra, C. y Cavalcanti-Bezerra, V. (2015). *O Recife e suas ruas: se essas ruas fossem minhas*. Ed. Poço Cultural.
- Clegg, John J. (2015). Capitalism and slavery. *Critical Historical Studies*, 2(2), 281–304. <https://doi.org/10.1086/683036>
- Coelho, Henrique. (2023). Idosa de 90 anos é resgatada em condições análogas à escravidão em casa na zona norte do Rio. *Globo*. Recuperado el 14 de marzo de 2024, de <https://g1.globo.com/rj/rio-de-janeiro/noticia/2023/09/05/idosa-de-90-anos-e-resgatada-de-condicoes-analogas-a-escravidao-em-casa-na-zona-norte-do-rio.ghtml>
- Correia, Mariama. (2024, 26 de septiembre). No Recife, parques alagáveis para crise do clima ameaçam 40 comunidades de despejo. *Apublica*. Recuperado el 30 de octubre de 2025, de <https://apublica.org/2024/09/promorar-da-prefeitura-de-recife-ameaca-comunidades-de-despejo/#>

- Costa, Valéria Gomes. (2013). O Recife nas rotas do atlântico negro: tráfico, escravidão e identidades no oitocentos. *Revista de História Comparada*, 7(1), 186–217. <https://revistas.ufrj.br/index.php/RevistaHistoriaComparada/article/view/372>
- Da Silva, Gabriel. (2021). Evolução histórica dos empregados domésticos e seus direitos: Perspectivas da emenda constitucional nº 72/2013. *Revista Reflexão e Crítica do Direito*, 9(2), 165-178. <https://doi.org/10.47820/recima21.v2i4.228>
- Dalla Costa, Mariarosa. (1996). Capitalism and reproduction. En *Women's Unpaid Labour and the World System* (pp. 1-12). Recuperado de https://files.libcom.org/files/6_08dallacosta.pdf
- De Arquino, Wellen Oliveira y Dos Santos, Vitória Cezário Borges. (2019). Análise espacial da distribuição de renda e dos índices de alfabetização dos bairros do Recife-PE. *Revista Semana Pedagógica*, 1(1), 45-49. <https://periodicos.ufpe.br/revistas/index.php/revistasemanapedagogica/article/view/243237/33646>
- De Oliveira, Tássia Germano y Neto, Raul da Mota Silveira (2015). Segregação residencial na cidade do Recife: um estudo da sua configuração. *Revista Brasileira de Estudos Regionais e Urbanos*, 9(1), 71-92.
- Departamento Intersindical de Estatística e Estudos Socioeconômicos. [DIEESE]. (2025). *O trabalho doméstico no Brasil (Boletim Especial)*. Recuperado el 30 de diciembre de 2025, de <https://www.dieese.org.br/boletimespecial/2025/trabalhoDomestico.pdf>
- Do Nascimento, Girlan Moreira; Félix, Maria das Graças; Gomes, Patriciana Martins y Alves, Marisa De Oliveira. (2024). Raças e etnias brasileiras. *RCMOS*, 1(1). <https://doi.org/10.51473/rcmos.v1i1.2024.529>
- Durin, Séverine; de la O Martínez, María Eugenia y Bastos, Santiago. (2014). *Trabajadoras en la sombra: Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Elder, Glen (1991). Lives and social change. En Walter Heinz (ed.), *Theoretical Advances in Life Course Research. Status Passages and the Life Course* (Vol. I). Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Esteban, Mari Luz. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso. Temas contemporáneos*. Ediciones Bellaterra.
- Fasang, Anette E.; Gruijters, Rob J. y Van Winkle, Zachary. (2024). The life course boat: A theoretical framework for analyzing variation in family lives across time, place, and social location. *Journal of Marriage and Family*, 86(5), 1586-1606. <https://doi.org/10.1111/jomf.13012>
- Faur, Eleonor Carol y Jelin, Elizabeth. (2013). Cuidado, género y bienestar: una perspectiva de la desigualdad social. *Voces en el Fénix*, 4. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.

- Federici, Silvia. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños. [Libro electrónico]. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS_map49_federici_web_0.pdf
- Ferraris, Sabrina Alejandra y Martínez Salgado, Mario. (2023). Desigualdad de género, informalidad laboral y trabajo no remunerado en México. En Zavala M. y Pascal S. (Coords.), *La odisea de las generaciones en México: de las historias de vida a los territorios* (pp. 367–392). El Colegio de México.
- Fraga, Alexandre Barbosa. (2016). *O serviço doméstico sob os holofotes públicos: Alterações e articulações entre trabalho produtivo e reprodutivo no Brasil (estado, mercado e família)*. (Tesis Doctoral no publicada). Instituto de Filosofia e Ciências Sociais, Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Freyre, Gilberto. (2010). *Casa-grande y senzala: La formación de la familia brasileña en un régimen de economía patriarcal*. Marcial Pons.
- Gonçalves de Jesus, Josimar y Hoffmann, Rodolfo. (2020). De norte a sul, de leste a oeste: mudança na identificação racial no Brasil. *Revista Brasileira de Estudos de População*, 37, 1-25.
- González, Agustín Peña. (1984). Introducción a la dinámica familiar. *Revista de la Facultad de Medicina*, 27(3), 130-132. <https://revistas.unam.mx/index.php/rfm/article/view/74863>
- Gonzalez, Léila. (2020). *Por um feminismo afro-latinoamericano. Ensaios, intervenções e diálogos*. Editora Schwarcz-Companhia das Letras. [Libro digital]. Recuperado el 22 de mayo de 2024, de <https://mulherespaz.org.br/site/wp-content/uploads/2021/06/feminismo-afro-latino-americano.pdf>
- Gutiérrez Negrete, Francisco. (2019). El concepto de familia en Colombia: una reflexión basada en los aportes de la antropóloga Virginia Gutiérrez sobre la familia colombiana en el marco de la doctrina constitucional. *Temas Socio-Jurídicos*, 38(76), 130-154. <https://doi.org/10.29375/01208578.3589>
- G1 PE. (2025). Motos superam carros pela primeira vez em Pernambuco e frota ultrapassa 1,5 milhão de veículos. (9 de septiembre de 2025) Globo. Recuperado el 20 de enero de 2026, de <https://g1.globo.com/pe/pernambuco/noticia/2025/09/09/motos-superam-carros-pela-primeira-vez-em-pernambuco-e-frota-ultrapassa-15-milhao-de-veiculos.ghtml>
- Hernández Morales, Olga Camila. (2019). Propuesta teórico-metodológica decolonial de «lugares otros» para narrar el pasado y configurar una epistemología de frontera. *Revista Cuadernos del Caribe*, 26, 43–52. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ccaribe/article/view/98578>
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. (2007). *Doméstica: Immigrant workers cleaning and caring in the shadows of affluence*. University of California Press.

- Instituto Brasileiro de Geografia y Estadística [IBGE]. (2016). *Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios 2016*. Recuperado de <http://www.ibge.gov.br>
- Instituto Brasileiro de Geografia y Estadística [IBGE]. (2017). *Divisão Regional do Brasil*. Recuperado el 16 de abril de 2025, de <https://www.ibge.gov.br/geociencias/cartas-e-mapas/redes-geograficas/15778-divisoes-regionais-do-brasil.html>
- Instituto Brasileiro de Geografia y Estadística [IBGE]. (2023a). *Censo demográfico 2022*. Recuperado el 16 de abril de 2025, de <https://sidra.ibge.gov.br/tabela/9514#resultado>
- Instituto Brasileiro de Geografia y Estadística [IBGE]. (2023b). *Tábuas completas de mortalidade*. Recuperado el 18 de noviembre de 2024, de <https://www.ibge.gov.br/estatisticas/sociais/populacao/9126-tabuas-completas-de-mortalidade.html>
- Instituto Brasileiro de Geografia y Estadística [IBGE]. (2024). Brasil - Nosso Território. Vídeo: As Grandes Regiões do Brasil. Recuperado el 11 de noviembre de 2024, de <https://educa.ibge.gov.br/jovens/conheca-o-brasil/territorio/21469-as-grandes-regioes-do-brasil.html>
- Jabardo, Mercedes (2012). Introducción. Construyendo puentes: en diálogo desde/con el feminismo negro. En Jabardo, Mercedes (Ed.), *Feminismos negros: una antología* (pp. 27-56). Traficantes de Sueños.
- Jelin, Elizabeth. (2010). *Pan y afectos: La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica.
- Kind, Luciana; Furst, Brunna Rezende; Gálvez, Camila Garro y Ramos, Natália Almeida. (2023). Ouçam Mirtes, mãe de Miguel: precarização e resistência no emprego doméstico durante a pandemia. *Cadernos de Psicologia Social do Trabalho*. <https://doi.org/10.11606/issn.1981-0490.cpst.2023.19167>
- Lago, Mara Coelho de Souza; Montibeler, Débora Pinheiro da Silva y Miguel, Raquel de Barros Pinto (2023). Pardismo, Colorismo e "Mulher Brasileira": produção da identidade racial de mulheres negras de pele clara. *Revista Estudos Feministas*, 31(2). <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2023v31n283015>
- Lara, Silvia Hunold. (1998). Escravidão, cidadania e história do trabalho no Brasil. *Projeto História*, 16, 25-38. Recuperado de <https://www4.pucsp.br/projetohistoria/downloads/revista/PHistoria16.pdf>
- Lauderdale Graham, Sandra. (1989). *House and Street. The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century*. University of Texas Press.
- Lemos, Alinne de Souza. (2021). O que o trabalho doméstico me ensinou sobre identidade, autoestima e afetos. *Seminário Internacional Fazendo Gênero (12)*, pp. 1–11.

- Lorde, Audre. (1984). The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House. En *Sister Outsider: Essays and Speeches* (pp. 110-114). Crossing Press.
- Lozano Lerma, Betty Ruth (2010). El feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas. Aportes a un feminismo negro decolonial desde la experiencia de las mujeres negras del Pacífico colombiano. *La manzana de la discordia*, 5(2), 7-24.
- ____ (2019). *Aportes a un feminismo negro decolonial: Insurgencias epistémicas de mujeres negras-afrocolombianas tejidas con retazos de memoria* (Vol. 1). Editorial Abya-Yala.
- Machado, Rosana y Gil, Valeska. (2016). Economia Feminista: Desvalorização, trabalho doméstico e desigualdade. *Historiæ*, 7(1), 97-111. <https://periodicos.furg.br/hist/article/view/6714>
- Maruani, Margaret (2000). De la sociología del trabajo a la sociología del empleo. *Política y sociedad*, 34(9), 9-17.
- Mies, Maria. (2018). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de Sueños. [Libro electrónico]. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map53_mies_web_2.pdf
- Molyneux, Maxine. (2005). Más allá del debate sobre el trabajo doméstico. En *Debate sobre el trabajo doméstico: antología* (pp. 13-52). Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de <https://ru.iiec.unam.mx/1990/1/27ElDebateSobreTrabajoDomestico.pdf>
- Moreno, Eva Maria Lucumi y Carneiro, Rosamaria. (2025). Nuevos tránsitos en migrantes académicas: narrativas racializadas de nueve mujeres negras, brasileñas y colombianas en ocho ciudades estadounidenses (2010-2022). *Tramas y Redes*, 8, 207-223.
- Myrrha, Luana Junqueira Dias; Queiroz, Silvana Nunes de; Silva, Paula de Souza y Sales, Ana Paula Damasceno. (2020). As empregadas domésticas informais no Nordeste no contexto da Covid-19: vulnerabilidades acumuladas de um passado distante. En Gonzaga, R (Org.), *A pandemia em perspectiva regional: produções do observatório do nordeste para análise sociodemográfica da COVID-19*. EDUERN.
- Myrrha, Luana Junqueira Dias; Siviero, Pamila y Lima, Alisson. (2016). Os perfis das empregadas domésticas residentes no Nordeste. *Congresso da Associação Latino Americana de População* (Vol. 7). Recuperado de <https://files.alapop.org/congresso7/files/pdf/755-506.pdf>
- Nogueira, Oracy. (2007). Preconceito racial de marca e preconceito racial de origem: sugestão de um quadro de referência para a interpretação do material sobre relações raciais no Brasil. *Tempo Social*, 19, 287-308.
- O'Neill, Paul y Massini-Cagliari, Gladis. (2021). A discriminação e o preconceito linguísticos no português brasileiro e outras línguas: sugestões e recomendações.

Revista Diálogos, 9(3), 212-243. Recuperado de <https://periodicoscientificos.ufmt.br/ojs/index.php/revdia/article/view/13117/10172>

Olivera Bustamante, Mercedes; Bermúdez Urbina, Flor Marina y Arellano Nucamendi, Mauricio. (2014). *Subordinaciones estructurales de género. Las mujeres marginales de Chiapas frente a la crisis*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Recuperado de

<https://repositorio.cesmeca.mx/bitstream/handle/11595/911/L%20Olivera,%20Berm%C3%BAdez%20y%20Arellano%202014%20-%20Subordinaciones%20estructurales%20de%20g%C3%A9nero.pdf?sequence=1>

Paredes, Julieta. (2015). Despatriarcalización. Una respuesta categórica del feminismo comunitario (descolonizando la vida). *Revista de Estudios Bolivianos*, 21, 100-115. Recuperado de <https://bsj.pitt.edu/ojs/index.php/bsj/article/view/144>

Pinho, Patricia de Santana y Silva, Elizabeth B. (2010). Domestic Relations in Brazil: Legacies and Horizons. *Latin American Research Review*, 45(2), 90-113. Recuperado el 23 de enero de 2025, de <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/21188888>

Pontual, Virgínia. (2001). Tempos do Recife: representações culturais e configurações urbanas. *Revista Brasileira de História*, 21, 417-434. <https://doi.org/10.1590/S0102-01882001000300008>

Porfirio, Tamis. (2022). *A cor das empregadas: A invisibilidade racial no debate do trabalho doméstico remunerado*. Editora Letramento.

Portal de transparencia de Recife. (2023). *Datos de gestión 2023*. Recuperado el 18 de noviembre de 2024, de <https://transparencia.recife.pe.gov.br//codigos/web/estaticos/estaticos.php?nat=DDG&filhoNatureza=3464#filho>

Preta Rara. (2019). *Eu, empregada doméstica: a senzala moderna é o quartinho da empregada*. Editora Letramento. [Libro electrónico].

Programa das Nações Unidas para o Desenvolvimento (PNUD). (2016). *Desenvolvimento humano nas macrorregiões brasileiras: 2016*. Brasília: PNUD; IPEA; FJP. Recuperado el 23 de enero de 2025, de <http://repositorio.ipea.gov.br/bitstream/11058/6217/1/Desenvolvimento%20humano%20nas%20macrorregi%C3%B5es%20brasileiras.pdf>

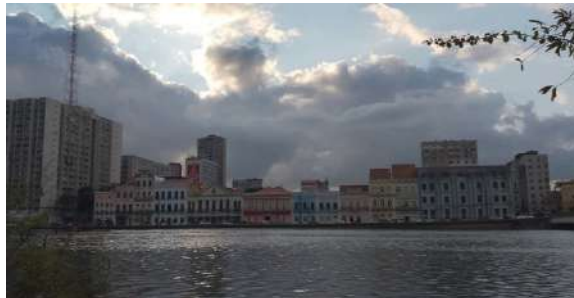
Rodríguez Abreu, Mauricio. (2017). *El trabajo del hogar remunerado* (Apuntes para la Equidad, N° 5). Seminario Trabajo y Desigualdades, El Colegio de México (COLMEX). Recuperado de <https://trades.colmex.mx/archivos/QXB1bnRIU2VzaW9uCiA3CmRvY3VtZW50bw==/apuntes-equidad-05.pdf>

- Rodriguez, Dinah y Cooper, Jennifer. (2005). Introducción. En *Debate sobre el trabajo doméstico: antología* (pp. 9-12). Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de <https://ru.iiec.unam.mx/1990/1/27ElDebateSobreTrabajoDomestico.pdf>
- Sabatini, Francisco. (2003). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Serie Azul, 35. Recuperado de <https://webimages.iadb.org/publications/spanish/document/La-segregaci%C3%B3n-social-del-espacio-en-las-ciudades-de-Am%C3%A9rica-Latina.pdf>
- Salata, André Ricardo y Ribeiro, Marcelo Gomes. (2022). *Boletim Desigualdade nas Metrôpoles*, 13. Porto Alegre/RS, n. 09. Observatorio de las metrópolis. Recuperado de https://www.observatoriodasmetropoles.net.br/wp-content/uploads/2022/08/BOLETIM_DESIGUALDADE-NAS-METROPOLES_09-1.pdf
- Secretaria Nacional de Cuidados e Família. (2023). *Trabalhadoras domésticas e políticas de cuidado*. [Nota informativa, (2)]. Recuperado de <https://www.gov.br/mds/pt-br/noticias-e-conteudos/desenvolvimento-social/noticias-desenvolvimento-social/ministerios-do-desenvolvimento-social-e-dos-direitos-humanos-abrem-seminario-pela-luta-contr-o-trabalho-escravo-domestico/nota-informativa-n2-publicada.pdf>
- Segato, Rita Laura. (2011). *Brechas descoloniales para una universidad nuestroamericana*. Observatório da Jurisdição Constitucional.
- _____. (2013). El Edipo Negro: colonialidad y forclusión de género y raza. En *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda* (pp. 179-210). Prometeo Libros. Recuperado de <https://www.lavaca.org/wp-content/uploads/2016/04/la-critica-de-la-colonialidad.pdf>
- Serpa, Verônica. (2025, 20 de marzo). Mulheres negras são quase 70% no serviço doméstico ou de cuidados no Brasil. *Alma Preta*. Recuperado el 18 de noviembre de 2024, de <https://almapreta.com.br/sessao/cotidiano/mulheres-negras-sao-quase-70-no-servico-domestico-ou-de-cuidados-no-brasil/>
- Serviço Brasileiro de Apoio às Micro e Pequenas Empresas [SEBRAE]. (2022). *Pernambuco*. Recuperado el 5 de noviembre de 2024, de <https://datampe.sebrae.com.br/profile/geo/pernambuco>
- Sollova, Vera y Baca, Norma. (1999). Enfoques teórico-metodológicos sobre el trabajo femenino. *Papeles de población*, 5(20), 69–88. Recuperado de <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53575>
- Sousa, Luana Passos de y Guedes, Dyeggo Rocha. (2016). A desigual divisão sexual do trabalho: um olhar sobre a última década. *Estudos avançados*, 30, 123–139.

- Souza, Pedro Herculano Ferreira de; Osorio, Rafael Guerreiro; Paiva, Luis Henrique y Soares, Sergei. (2019). *Os efeitos do programa bolsa família sobre a pobreza e a desigualdade: um balanço dos primeiros quinze anos*. Texto para discusión 2499. IPEA: Rio de Janeiro. Recuperado el 22 de mayo de 2024, de https://repositorio.ipea.gov.br/bitstream/11058/9356/1/td_2499.pdf
- Sunkel, Guillermo. (2006). *El papel de la familia en la protección social en América Latina* (95). CEPAL.
- Teixera, Juliana. (2021). *Trabalho doméstico*. Série Feminismos Plurais. Jandaíra.
- Trevisan, Rafaela y Viana, Mariana. (2017). O "quartinho de empregada" e o seu lugar na morada brasileira. *Encontro da Associação Nacional de Pesquisa e Pós-Graduação em Arquitetura e Urbanismo Porto Alegre*. Recuperado el 10 de septiembre de 2024, de https://www.researchgate.net/publication/314672110_O_quartinho_de_empregada_e_o_seu_lugar_na_morada_brasileira
- Tronto, Joan. (2020). *¿Riesgo o cuidado?* Fundación Medifé Edita.
- Turmena, Lucas; Lusieux, Aline; Sandholz, Simone; Guerra, Flávia y Roll, Michael. (2022). *Tuc city profile: Recife, Brazil*. UNU-EHS. Recuperado de https://collections.unu.edu/eserv/UNU:8993/Digi_230226_TUC_City_Profile_Recife_ES.pdf
- Valenzuela, María Elena y Vaca Trigo, Iliana. (2020). *Desigualdad, crisis de los cuidados y migración del trabajo doméstico remunerado en América Latina*. Serie Asuntos de Género, N° 158. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Vergès, Françoise. (2020). *Um feminismo decolonial*. Ubu Editora.

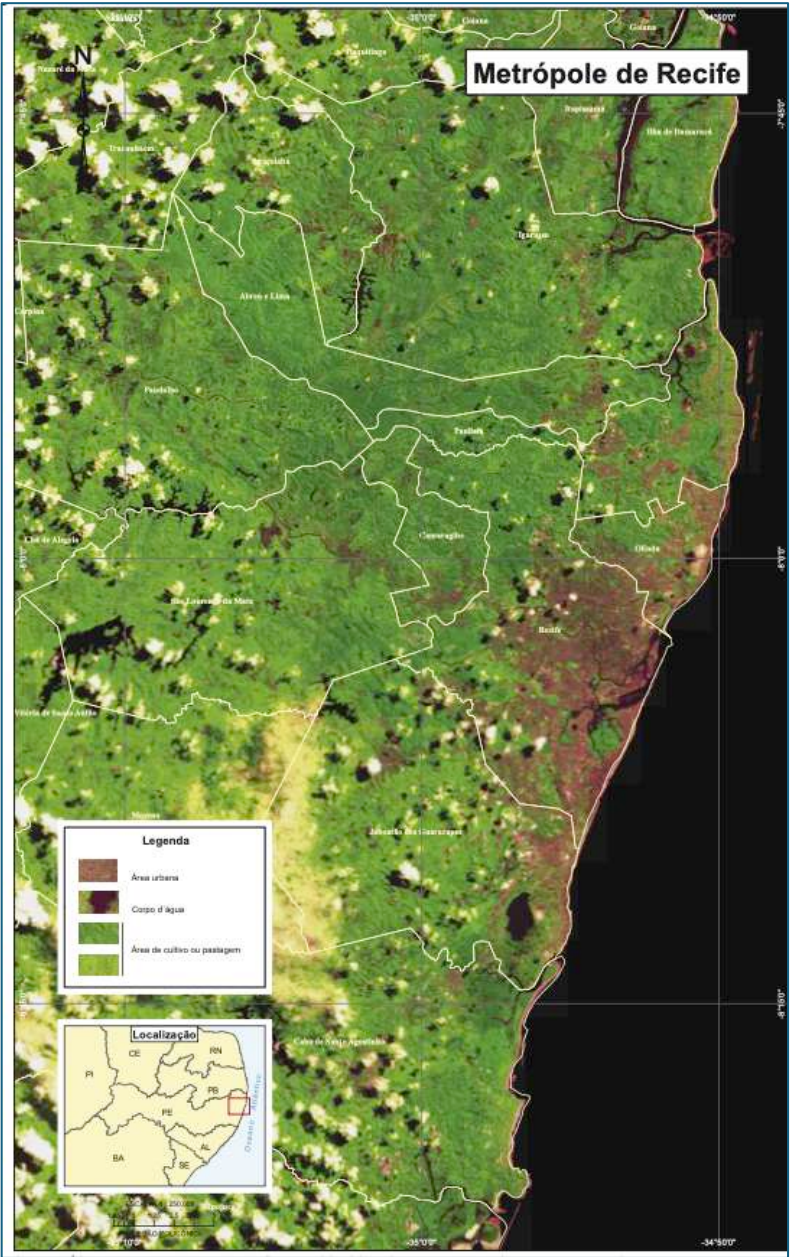
ANEXOS

Fotografías

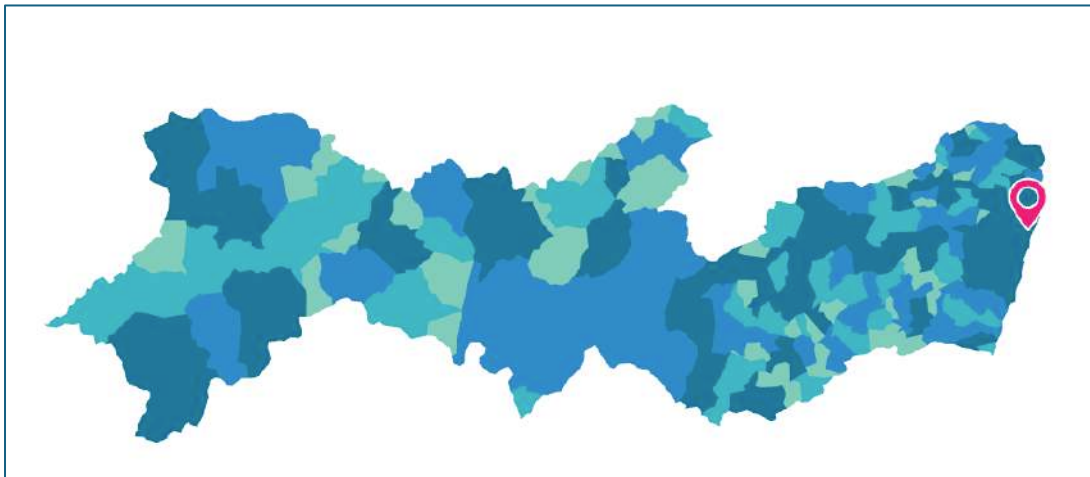


Fuente: Archivo personal, Recife 2024.

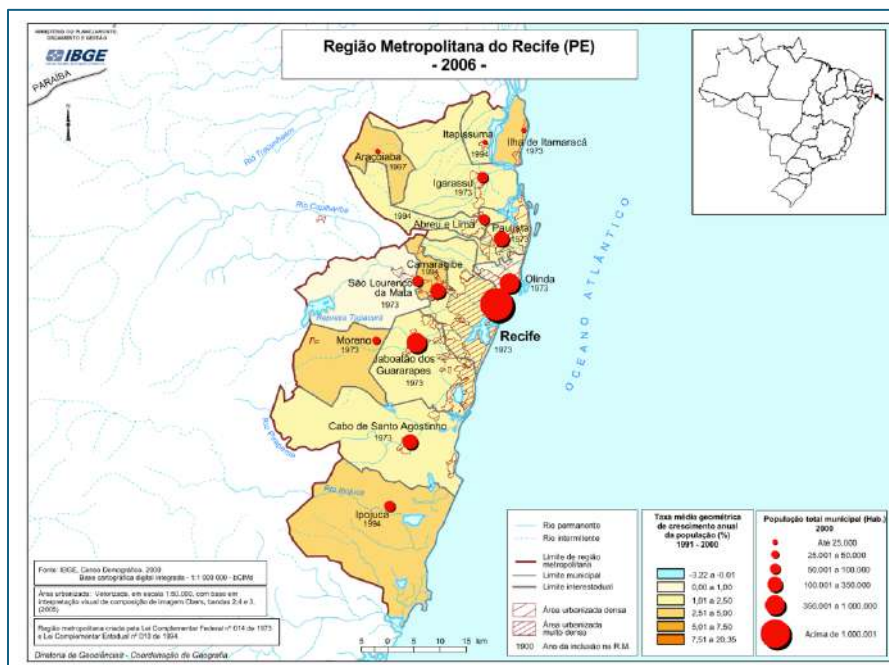
Mapa 1



Mapa 2



Mapa 3



Mapa 1: "Metrópole de Recife" Mapa obtenido del Portal de Mapas, por el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), 2022, <https://portaldemapas.ibge.gov.br/> Copyright 2022 por el IBGE.

Mapa 2: "Mapa de Recife dentro del Estado de Pernambuco" Mapa obtenido del Portal de Mapas, por el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), 2022, <https://portaldemapas.ibge.gov.br/> Copyright 2022 por el IBGE.

Mapa 3: "Região metropolitana de Recife" Mapa obtenido del Portal de Mapas, por el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), 2022, <https://portaldemapas.ibge.gov.br/> Copyright 2022 por el IBGE.